ME MONTO EN UN POTRO...

Alberto Rivas Bonilla

ALBERTO RIVAS BONILLA

ME MONTO EN UN POTRO...

(CUENTOS)

MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE PUBLICACIONES
San Salvador, El Salvador, Centro América.

NOTA EDITORIAL

Diecinueve años han transcurrido desde la tercera edición de "Me monto en un potro..." de Alberto Rivas Bonilla, cuya cuarta publicación ofrecemos ahora, con nuevas correcciones y tres historias más: "Cuentos de Hadas", "El último amor de Juan Pérez" y "Al rayar el día".

"Me monto en un potro..." son cuentos impregnados de colorido y sabor salvadoreños, que reflejan nuestro diario vivir e idiosincrasia, dentro de una forma expresiva de tendencia realista-costumbrista.

En los relatos de Rivas Bonilla se advierte la desenvoltura y agilidad con que puede expresar sus visiones de la realidad salvadoreña, manteniendo además, un peculiar y ágil humorismo en cada uno de sus cuentos.

Alberto Rivas Bonilla nació en Santa Tecla, el 4 de septiembre de 1891. Médico de profesión, ha cultivado las letras

en diferentes géneros. También ha sido catedrático en diversas asignaturas universitarias y Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de El Salvador. Es Secretario Perpetuo de la Academia Salvadoreña de la Lengua.

Rivas Bonilla obtuvo la Flor Natural en los Juegos Florales del Centenario del Primer Grito de Independencia de Centro América, el 5 de noviembre de 1911; durante la Administración del Presidente Alfonso Quiñónez Molina, recibe el Primer Premio al Canto a la Bandera; y en 1949, siendo Rector de la Universidad Nacional el Dr. Carlos Llerena, ganó el Premio Unico al Himno Universitario.

PROLOGO

Si no es de rigor, conviene, al menos, que todo nuevo libro aparezca con algunas palabras de introducción. ¿Y quién mejor capacitado para ello que el autor mismo?

Juzgándolo así, me senté esta mañana a mi escritorio y me armé de papel y lápiz dispuesto a la tarea...

La cual no resultó tan fácil. Por mucho que me exprimí el caletre, al principio con toda calma, luego con cierta nerviosidad rayana en despecho, no sabía ni siquiera cómo empezar.

Si yo me hubiera propuesto llanamente decir lo que en realidad pienso de mis cuentos, no hubiera habido dificultad; pero no se trataba de eso. Tenía que mostrarme excesivamente severo conmigo mismo, espetarme cosas desagradables y dejar caer los elogios aquí y allá con hábil disimulo, como al descuido, aparentando querer decir otra cosa. Y así, el asunto era peliagudo.

Veinte veces comencé a escribir, y otras tantas cuartillas fueron a parar rotas en cuatro a la cesta de papeles. Ninguna

forma de preámbulo me dejaba satisfecho. Cada uno me parecía peor que el anterior.

Acabé por desistir y arrojé el lápiz sobre el escritorio.

Ahora me explico —pensé— por qué los autores apelan a los buenos oficios de un amigo que les prologue sus obras.

¿Y había pensado yo seguir otra ruta? ¡Pues me había equivocado! Hay que seguir la corriente.

Y ya estaba haciendo una lista mental de las personas capacitadas para sacarme del atolladero, cuando tuve un sobresalto que en poco estuvo no me echara de espaldas con todo y silla. Porque sin yo saber cómo ni cuándo se había colado, estaba de pie frente a mí, del otro lado del escritorio, un individuo notoriamente estrafalario.

Era un cincuentón alto y rechoncho, vestido con un terno de jerga chapina color café tirando a rojo. Usaba una barba crespa y abundante que le brotaba hasta en el blanco de los ojos y tenía una sola ceja, ancha de media pulgada, que le corría de sien a sien. Por debajo de un sombrero de junco bastante más pequeño que una tienda de campaña, se escapaban ocultando las orejas unas crenchas tumultuosas, negras como la barba, con negruras de nitrato de plata.

A mí me parecía haberlo visto antes en alguna parte, pero no atinaba dónde.

El tal me apuntó al pecho con un índice que parecía una salchicha y me preguntó con un vozarrón que hizo trepidar los cristales.

—¿Me conoces?

Le contesté la verdad: que no tenía el gusto...

Sonrió incrédulo y desdeñoso.

—¿No conoces —insistió— a don Cástulo, el tío de Agapito?

Entonces caí en la cuenta de por qué, sin haberlo visto nunca, me estaba pareciendo persona conocida.

Respondí:

—Francamente, señor, el parecido ya me estaba chocando; pero don Cástulo es un ente ficticio, un parto de mi fantasía.

—Conque un ente ficticio ¿no? ¡Qué te estás creyendo tú!

—¿Qué quiere Ud. decir?

—Que ese parto de tu fantasía que tú dices, soy yo.

—Señor —dije perplejo— explíquese, por favor. Ud. se llama...

—¡Cástulo!

—Y tiene un sobrino...

—Un sobrino que es un alma de cántaro: Agapito Flatillos.

Yo no sabía qué pensar. Me figuré haber metido la pata y traté de disculparme lo mejor que pude:

—Ha sido una lamentable coincidencia que le ruego disimular. Jamás sospeché que había adjudicado a uno de mis personajes el nombre y atributos de alma viviente.

—No es eso, no me has comprendido —respondió— y procuraré ser más claro. Yo no existía antes de que escribieras tu malhadado cuento. *Existo desde que lo escribiste.*

—¡Bah! —dije— sería desatino creer que mis personajes, al ser fraguados por mí, adquieran vida propia. ¿O no es eso lo que quiere significar?

—Eso es, precisamente. Veo que ya vas llegando. No es que alcancemos a ser personas materiales; pero tampoco nos quedamos en meras figuraciones. Somos entes sin entidad, si quieres, pero absolutamente reales. Ahora mismo, si

te agarrara por el cogote —que no son ganas las que me faltan— quedarías convencido de la realidad de mi existencia.

—Lo que es esa, no es usted quien me la hará tragar —repliqué—. Mas suponiendo que así fuera, ¿a qué viene ese reprensible impulso de acogotarme?

—Al flaco servicio que me has hecho al encarnar en mí la personificación del desorbitamiento estrepitoso.

—¡Y yo! —dijo otra voz— ¿qué cuentas te pediré?

Un segundo personaje había aparecido como por encanto junto al primero. Era un pobre diablo —cuyo aire tímido contrastaba con su actitud agresiva— entre los cincuenta y los sesenta años, calvo, pálido, con un bigotillo entrecano recortado en forma de cepillo de dientes. No lo hubiera reconocido si no fuera porque llevaba en la diestra una carta franqueada.

—¡Has hecho de mí —dijo estirando los labios en forma de trompa y blandiendo la carta como si fuera un estoque— un marido a quien pega su mujer!

—¡Falso! —protesté—. ¡Yo no he dicho eso!

—¡Pero lo das a entender, imbécil! ¿Concibes nada tan lastimosamente ridículo como un marido que se deja pegar?

—Yo no tengo la culpa...

El hombrecillo iba a contestar algo, pero se lo impidió, adelantándose, otro recién llegado que se apoyaba en un viejísimo paraguas de algodón, sin contera y con mango de celuloide amarillo imitación de caña. Vestía un terno de color de pulga lleno de lamparones y remiendos, y un apabullado sombrero de fieltro.

—Claro que tú —dijo— no tienes la culpa de las debilidades y lacras humanas; pero tampoco tienes derecho a exhibirlas sin misericordia.

—Derecho, no, de acuerdo. Lo que tengo es obligación de ponerlas en evidencia para que se corrijan.

—Tiempo perdido. No se enmendarán jamás.

A todas éstas seguía llegando gente, y en poco tiempo se me llenó la pieza de intrusos. Chicos y grandes, ricos y pobres, hombres y mujeres... Creo que no faltó uno solo de los personajes que he hecho moverse en el tinglado.

Recuerdo con toda lucidez, entre el elemento femenino, a una jamona exuberante que lucía un bozo tirando a bigote y una blusa, camisa, o como quiera que se llame, con las faldas flotantes alrededor de las caderas. No supe si sería la mujer de Ponciano —el amigo de Inocente Cordero— o la del hombre de la carta franqueada. Recuerdo a Atalanta quien, al dar el paso, enseñaba, a través de las rasgaduras del kitón, la armoniosa curva de los muslos blancos y firmes como columnas de mármol pentélico.

Yo estaba completamente aturdido. Sentía que la cabeza se me iba.

Sacando fuerzas de flaquezas, grité con toda la energía que pude apañar:

—Pero, en fin de cuentas, señores, ¿a qué se debe esta reunión?

Respondió don Cástulo:

—Hemos sabido que quieres publicar tus cuentos en un libro.

—Es la pura verdad —afirmé—. Pronto entrará en cajas.

—Pues venimos a advertirte que no debes publicarlo —me conminó rechinando los dientes el pillastre de Angel Bueno.

—¿Se puede saber por qué? —inquirí.

—Porque no queremos seguir siendo el escarnio de la gente. ¡No faltaba más!

—¡Pero, señores, consideren!...

—¡Nada! ¡No debes publicarlo! —chilló Marcos Callejas.

—No hay pero que valga —apuntó don Bence—. Por lo demás, no te hagas ilusiones: mucho será si llegan a la media docena los desocupados que se avengan a leerlo.

—Es muy posible —concedí.

—Hay más —agregó don Cástulo—. ¡No venderás un solo ejemplar!

—De eso estoy seguro —confesé todo mohino.

—¡Entonces!...

—¡Lo haré a pesar de todo! —concluí con energía—. Lo tengo dispuesto así, por mis hijas. Será algo mío que me sobreviva para ellas. ¡Algo que les hablará de mí cuando yo ya no ande pateando el suelo!

—¡Eso es! Y a nosotros, que nos parta un rayo.

—¡Valiente majadero estás tú con tus graznidos sentimentales!

—¡Autorzuelo indecente!

—¡No lo publicarás!

Era un alboroto indescriptible. Hablaban todos a la vez. Me metían las manos por la cara...

La grieguita me increpaba hecha una arpía, con muchos gritos y gesticulaciones. Me debe de haber estado poniendo como chupa de dómine. Por fortuna no le entendí media palabra porque vociferaba en puro dialecto jónico.

Don Cástulo, al fin, hizo callar el tumulto dando una gran voz y un zapatazo que casi abrió hoyo en el piso.

—¡Calma, señores, calma! —rugió—. Es necesario introducir un poco de orden si queremos llegar a algo definitivo. Ya ves —continuó dirigiéndose a mí— que la opinión es unánime contra del librito ¿Insistes aún?

—¡Pues no había de insistir! Ninguno de ustedes es quién, para apearme de mi burro. En cuanto a su pretendida unanimidad de opinión, mucho me temo que se equivoque, Más de alguno ha de estar conmigo, que no todos salieron contrahechos de mi pluma.

Don Cástulo tuvo una sonrisa de conmiseración.

—Búscalo —me dijo.

Y con un ademán circular de su manaza de palma amarilla abarcó toda aquella abigarrada multitud.

Me puse de pie y los repasé con los ojos, uno por uno.

Allí estaban Machiche y Pijiriche. Gabriel con su librea de chofer y Genaro con un primoroso estuche de cuero en bandolera. Alicia, desgreñada y con manchas de mora en los labios. Allí estaban don Catarino Gámez y Juan Pérez y el maestro Calamidad...

¡Allí estaban todos!

Y sólo encontré en ellos miradas aviesas, ceños adustos, silencio hostil.

Y entonces descubrí en un rincón a una muchacha, casi una niña, ataviada con elegante sencillez. Llevaba un sombrerito de fieltro gris y un guardapolvo del mismo color perfectamente ajustado, que hacía resaltar una silueta eurítmica en plena floración; pero la fisonomía era francamente infantil. Infantil el candor de los ojos inverosímiles, infantil la timidez, el azoramiento que se retrataban en aquel semblante de óvalo perfecto y de rasgos impecables.

Reconocí en el acto a Margarita Reineras y el corazón me saltó de alegría.

—Tú, Margarita —dije—, tú, que no eres como los demás. Tú, que sin duda me comprendes... ¿Qué me dices?

Y tendí hacia ella mis dos manos, casi suplicante.

Pero Margarita hizo un mohín de disgusto y me volvió la espalda.

Mi chasco despertó risas malévolas en los circunstantes. Entre iracundo y turulato me desplomé sobre mi silla dejando colgar inerte mi mano izquierda.

Y entonces, en esa mano, sentí un lengüetazo tibio.

Le retiré con asco y vi que un perro flaco, tuerto y sarnoso, estaba allí, puesto en tierra el cuarto trasero y mirándome con expresión inteligente.

—¡Nerón!* —exclamé sorprendido y esperanzado—. ¡Tú!... Acaso tú... ¡Pero no! —me interrumpí con renovado desaliento—. ¿Cómo habrías de justificarme tú, el más desgraciado, el más doliente, el más miserable de todos?

Me contestó moviendo la cola y echando las orejas para atrás. En su ojo único brillaba una luz casi humana.

—¡Cómo! —dije con estupor—. ¿De manera que tú..., ¡tú!... ¿me darías tu aprobación?

Acentuó el chucho sus mímicas demostraciones de solidaridad y aún se atrevió a ponerme encima, delicadamente, las patas delanteras.

—¡Muy bien! —grité radiante y levantándome otra vez de la silla—. ¿Lo ven ustedes? Nerón está conmigo ¡y con eso me basta! ¿Qué se estaban creyendo, caterva de malagradecidos? ¡Fantasmones inverecundos! ¡Títeres! Aquí...

Creo que la filípica hubiera sido larga y caliente, a juzgar por la manera como se me agolpaban en el pensamiento, atropellándose, las imprecaciones y denuestos más

* Nerón: protagonista de *Andanzas y malandanzas* del mismo autor.

o menos subidos de tono; pero hube de parar en seco, porque advertí que mi inconsistente auditorio se estaba largando para la cuarta dimensión. Habían comenzado por inmovilizarse, lo cual no tenía por qué ponerme en cuidado, y ahora se estaban haciendo borrosos, confusos, semitransparentes. Y así se fueron desvaneciendo paulatinamente hasta desaparecer.

Miré al suelo, cerca de mí, y también Nerón había desaparecido.

Pero ya me había alentado con su generoso impulso, y me puse inmediatamente a escribir la relación de la absurda escena que acababa de desarrollarse; porque me pareció como hecha a medida para prólogo de mi libro de cuentos...

A. R. B.

EL SECRETO DEL TABANCO

Me ha salido un título pintiparado para un novelón inverniziano; pero ya lo escribí, y no lo cambio.

Unos treinta años hará que Carlos A. Llanos, entonces estudiante de los últimos cursos de Medicina, estuvo por una temporada de varios meses en Santa Tecla, en casa de su pariente el doctor Juan B. Magaña.

Yo adquirí la costumbre de visitarlo todas las noches, y mucho temo haberle fastidiado con mi asiduidad. De mí, sé decir que su grata conversación, salpicada de anécdotas y dichos agudos, me hacía pasar las horas en un soplo.

Entre todos los episodios que me relató, hay uno que me hizo reír mucho.

No sé si fue por Jujutla o por Guaymango. Tampoco podría decir si los culpables fueron unos fríos y calenturas o la cornada de un buey. Poco importan esos detalles. Lo esencial es que, en una finca inmediata al pueblo, un día de tantos dio la última boqueada un pobre indio cuyo nombre

no nos va a servir para nada; por lo cual me veo eximido de hurgar en los nebulosos antros de mi memoria.

Después de las copiosas libaciones y demás ceremonias con que se acostumbra celebrar tales acontecimientos, cuatro indios vivos cargaron con el muerto en unas improvisadas parihuelas y, seguidos de un regular cortejo de amigos y parientes, se encaminaron al pueblo para darle cristiana sepultura.

Lo malo era que se estaba a mediados de la estación lluviosa, y que en el cielo había grandes nubarrones plomizos que no presagiaban nada bueno; y lo peor, que a poco andar el fúnebre cortejo, empezaron a caer unos goterones grandes como escupidas, monitores de un chaparrón de los buenos.

Fue como si hubiera caído una pedrada en un gallinal. Los acompañantes se dispersaron corriendo a quien más, y los cargadores, sin advertir que los habían dejado solos, aceleraron la marcha buscando donde guarecerse.

A poco trecho dieron, por fortuna, con un rancho deshabitado a la vera del camino, y allí se metieron depositando su carga en el suelo.

Como si sólo eso hubieran esperado las nubes para descargarse con todo su rigor, comenzó a caer entonces un torrencial aguacero que parecía no acabar nunca.

Llovió toda la tarde. Cuando amainó el chubasco, ya había obscurecido y no era, por ende, hora de enterrar a nadie. ¿Qué hacer?

Los cuatro indios se vieron frente a un conflicto desconcertante, y se hacían un lío considerando todas las eventualidades. Pasar la noche con el difunto, sin guaro y sin luz, no había ni qué pensarlo. Abandonarlo y volver por él

muy de mañana, tampoco; no porque el interesado se fuera a resentir por semejante desatención, sino porque los coyotes se lo podían merendar en el ínterin. ¿Llevárselo de regreso? Engorrosísimo; pero, bien mirado, era la única solución posible.

Y ya estaban por ponerla en práctica a regañadientes, cuando el más listo de los cuatro exclamó:

—¡Achís! ¿Y por qué no lo dejamos en el *tabanco?*

En efecto, la casa tenía tabanco. El mocionante lo había presumido, había buscado a tientas, y había dado con él: Allí el extinto estaría requetebien, a salvo de coyotes y de todo bicho viviente.

No hubo reparo qué oponer. Ayudándose con ternos y malas palabras, levantaron el cadáver a puño, lo depositaron en el suelo del *tabanco,* lo empujaron bien al fondo y emprendieron el regreso encantados de la vida.

Semejante abandono denotaba una absoluta falta de espíritu cristiano; pero Dios, en su infinita misericordia, dispuso que el muerto no durmiera solo, y le deparó un compañero en la persona de un pedestre viandante de procedencia ignorada, a quien inspiró la idea de pernoctar en el rancho.

Penetró sin pedir permiso porque no encontró a quién, y para evitar molestias de alimañas, apeló al recurso, que le pareció ingeniosísimo, de encaramarse al *tabanco.* Allí se tumbó cuan largo era, riendo de su propia agudeza, y a poco roncaba como un bendito.

Durmió toda la noche de un tirón. Lo despertaron al amanecer las voces de unos hombres que hablaban abajo. Después de algunas frases que no entendió porque le llegaron entre dormido y despierto, oyó claramente que decía uno:

—Trépense ustedes dos y *apéyenlo.* Aquí lo vamos a coger nosotros.

Al dormilón se le puso la carne de gallina. ¿Qué se tramaba contra él? Haciendo el menor ruido posible, se puso a cuatro patas de cara a la entrada del *tabanco,* al atisbo de lo que pudiera sobrevenir. El corazón parecía querérsele salir por la boca.

Los de abajo ya ponían manos a la obra. Uno de ellos, seguido inmediatamente por otro, comenzó a subir la escalera, que en la especie generalmente es, como se sabe, un asta de madera de grosor suficiente, con muescas transversales para afianzar pies y manos.

Cuando hubo llegado con la cabeza a la densa penumbra del *tabanco,* sintió quedarse rígido de espanto; el muerto, en la cuadrúpeda postura de D. Alejo, lo estaba mirando con ojos desorbitados, en actitud de tirársele encima con salto de pantera. Lanzó un horrible y destemplado grito, se dejó caer para atrás, llevándose de encuentro a su compañero, y no bien dio en tierra, salió de estampía, dando alaridos y agitando los brazos descompasadamente.

Lo siguieron los demás como si les hubieran nacido alas en los pies, locos de miedo, adivinando que allí ocurría algo espantoso.

El de arriba no atinaba a explicarse tan raro proceder; pero sin meterse en averiguaciones más o menos inoportunas, antes de que otra cosa sucediera, se tiró al suelo de un salto y salió disparado a su vez con tal prisa, que no lo hubiera alcanzado una saeta.

En toda la región se divulgó por entonces no sé qué macabro rumor sobre el muerto que, cuando se cansaba de estar panza arriba, se ponía a cuatro patas para desentumirse. No había un valiente que se acercara al rancho ni a tres tiros de piedra.

Sólo los zopilotes acudieron guiados por el olfato, rompieron la paja del techo y se dieron el atracón famoso.

Y si Carlos A. Llanos, único poseedor del secreto no lo reveló en su debida oportunidad, es de creerse que allá por Jujutla o por Guaymango, en el *tabanco* de un rancho de paja medio destruido, todavía esté un mondo esqueleto humano, en espera de un alma caritativa que le dé sepultura como Dios manda.

GATO ESCALDADO

I

PASEABA don Bence su aburrimiento por un apartado barrio una tarde de domingo. No tenía nada que hacer, nadie a quien visitar. No se le ocurría nada para matar el hastío.

Pero no estaba completamente de malas; porque, cuando menos lo esperaba, acaeció algo que, como por ensalmo, acabó con las ganas de bostezar que le rebullían por todo el cuerpo. Y fue que, por el zaguán de uno que parecía entre mesón y casa de huéspedes, salió corriendo más que un galgo una mujer despavorida y desgreñada que pedía auxilio con voces de espanto. Persiguiéndola a pocos pasos de distancia, apareció un energúmeno con pantalón de mezclilla y elástica a rayas, rojo de ira y profiriendo denuestos espeluznantes, entre los cuales sobresalía una palabreja con *p* inicial y otras amenidades por el estilo.

La fugitiva, buscando amparo contra su perseguidor, no

encontró nada tan a propósito como don Bence, y a él se abrazó con toda su alma, cogiéndolo traicioneramente por la espalda e inmovilizándole los brazos sobre las costillas.

Un poco sorprendido y un mucho incomodado por semejante abuso de confianza, trató de recobrar su libertad de movimiento, pero fue en vano. La mujer, con las fuerzas centuplicadas por el terror, maniobró a manera de colocarlo como un reducto entre ella y el enemigo. Y, según las vueltas que éste daba para atraparla, así lo zangoloteaba ella para uno y otro lado como si fuera un simple muñeco, pese a todas sus protestas y sacudidas.

—¡Me mata! ¡Me mata! —gritaba la mujer.

—¡Señora! —protestaba don Bence, contorsionándose como un epiléptico—. ¡Que me va a saltar los botones de la camisa!

A su vez, el energúmeno rugía:

—¡Suéltela, si no quiere que le rompa la crisma!

Y hacía ademán de tirarle a la cara un ladrilllo de cemento que llevaba a prevención.

La situación se ponía crítica. Don Bence temblaba por su pellejo. ¿Cuándo se hubiera él figurado que un abrazo de mujer podría causarle tan honda desazón?

—¡Si no soy yo! —alegaba con voz entrecortada por el miedo y por los apretujones de la mujer—. ¡Fíjese bien! ¡Es ella la que me tiene agarrado!

Comenzaban a surgir de todas partes espectadores del improvisado espectáculo. Se oyeron risas, pullas, comentarios...

Y el lance, con gran regocijo de los circunstantes, no daba trazas de terminar. Por fortuna para nuestro amigo, Dios dispuso que la mujer tropezara. Y si bien rodaron ambos por el suelo hechos un nudo, él lo tuvo todo por bueno, a trueque de haberse encontrado repentinamente libre del agarrón, gracias a tan providencial circunstancia, y escapó a toda velocidad. A una velocidad increíble, si se toma en cuenta que corría a gatas.

Al reasumir su posición vertical, pudo ver que el ladrillo se hacía dos pedazos al chocar violentamente contra una pared en la cual la mujer se apoyaba de espaldas para ayudar a las temblorosas piernas que parecía se le iban a doblar por las rodillas.

Viendo fallar el ladrillazo, el energúmeno se fue sobre su víctima petrificada. A un paso de distancia, se detuvo. Se paró sobre el pie izquierdo y echó el derecho hacia atrás lo más alto que pudo inclinando el cuerpo hacia adelante, en la actitud de quien se apresta a dar un tremendo puntapié.

En tan incómoda postura lo vamos a dejar por un momento, pues juzgo de inaplazable oportunidad el relato de algunos hechos anteriores, con el fin de justificar por anticipado la conducta que dentro de poco veremos observar al inimitable don Bence.

II

Porque no es ésta la primera vez que le toca intervenir en un conflicto que haremos el favor de suponer conyugal. Ya va para cinco años que se vio metido en otro.

Y no contra su voluntad como en el caso presente, sino con toda intención y deliberación.

De camino para su trabajo, un día después del almuerzo, vio a cierta distancia, en una calle lateral, un grupo de gente que le pareció hablar y gesticular con visible animación.

Impulsado por la curiosidad, y considerando que [illegible]nía

tiempo de sobra, se desvió del camino recto para acercarse al grupo y encontró que eran dos individuos, marido y mujer —supongámoslo— que discutían acaloradamente y parecían próximos a llegar a las manos; bien que, por el momento, todo se reducía a un fuego graneado de palabrotas e indecencias de toda laya, en el cual habría sido difícil decidir quién llevaba la ventaja. Si alguna podía haber en favor del hombre, por lo que toca al vigor físico, la mujer la tenía convenientemente equiparada mediante una piedra de respetables dimensiones que blandía en la diestra amenazadora.

Don Bence, que era muy agudo, a la primera ojeada se hizo cargo de que aquel saludable equilibrio de fuerzas era transitorio; y que tan pronto como la mujer disparara su proyectil, si no conseguía herir una zona vital, se encontraría a merced de su contrario. Vio además, que los curiosos estaban presenciando la liza por puro recreo y sin intención de intervenir en ninguna forma.

Y se dispuso a intervenir él. Pensó que la mujer bendeciría su arranque como de inspiración divina. En cuanto al hombre...

Se comparó con él y se juzgó mucho más fuerte. Y de refresco, por añadidura. Un par de derechazos en la quijada; un directo en el plexo solar, si fuere preciso, lo pondrían fácilmente fuera de combate.

Y, sin más ni más, se plantó resueltamente entre ambos adversarios.

El público, viendo que se le aguaba la fiesta, comenzó a gritarle epítetos malsonantes y levantó una rechifla que lo aturdió por un momento.

Con ambas manos hizo en redondo reiterados signos de que se callaran, que quería hablar.

Cuando el tumulto disminuyó un tanto, levantó la mano derecha...

Su intención era señalar el cielo con aquella mano, ponerse la otra abierta sobre el corazón y proferir éstas o parecidas palabras:

—Pongo a Dios por testigo de que nunca, hasta la fecha, en presencia mía, le ha pegado un hombre a una mujer... ¡Y no ha de ser ésta la primera vez! ¡Qué demonios!

Pero no pudo pronunciar su solemne juramento. Tampoco logró tocarse la región precordial. Ni siquiera llegó a señalar el cielo. Todo lo más que pudo, fue levantar la mano en el inicio de su noble ademán.

Y no pasó de ahí, porque en aquel preciso instante sintió que su patrocinada, aprovechándose de un pequeño rasgón que se había hecho en el dorso de la americana aquel mismo día, a la altura de un omóplato, metía por ahí un dedo y se la rasgaba hasta el propio borde inferior, al tiempo que decía:

—Pero señor, ¡por Dios! y a usté, ¿quién lo mete?

Se volvió hacia ella indignado, para decirle cuatro cosas bien puestas, y sólo fue para recibir en la ceja izquierda un terrible pedrazo.

(Digo *pedrazo* y no *pedrada* porque me parece que así, doy a entender que aquella fiera con faldas le pegó sin soltar la piedra de la mano).

Por alguna razón que nunca ha podido adivinar, el golpe no le produjo dolor alguno. Sintió, eso sí, quedarse en tinieblas. Sintió como si le faltara el suelo bajo los pies. Extendió los brazos en busca de qué agarrarse, y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, estaba tendido sobre la mesa de

operaciones de una clínica de emergencia. Le habían afeitado la ceja, y un practicante le estaba echando unas puntadas con crin...

El lío, después de todo, no tuvo mayores consecuencias. Sólo perdió de trabajar la tarde de autos.

¡Ah!... y al pagarle el sueldo del mes, le descontaron el medio día. Detalle que, dígase lo que se quiera, reviste una gravedad indiscutible.

III

Reanudando ahora nuestra interrumpida narración, diremos que el puntapié que le dejamos pendiente al tío de la elástica, fue de los de padre y muy señor mío, y que alcanzó a la pobre señora en la cadera, obligándola a caer de rodillas. Y si no la echó de largo a largo sobre las baldosas, es porque anduvo lista en agarrarse a los barrotes de una ventana.

Volvióse acto seguido el bárbaro hacia don Bence para mirarlo con expresión feroz, como preguntándole si tenía algo que objetar.

En respuesta a la muda interpelación, se le acercó nuestro héroe, y le estrechó enérgicamente la diestra, diciéndole con voz campanuda:

—¡Bien hecho, amigo! ¡Ajústela sin compasión!

El otro, con ojos relampagueantes de coraje, le agradeció tan alentadora solidaridad mediante un estrujón de la mano que por un pelo no le hizo papilla el metacarpo.

—¿Verdá, señor —inquirió— que todas las mujeres son unas puercas?

¡Gran verdad! —asintió don Bence disimulando el dolor a puras penas—. La mejor de todas, lo menos que merece es cadena perpetua.

Y, despidiéndose con un ademán amistoso —no se atrevió a ofrecerle otra vez la mano— se alejó con paso mesurado.

Todavía pudo oír dos o tres golpes sordos y algo así como la caída de un cuerpo en tierra.

Pero no se dignó volver la cabeza a ver qué pasaba. ¿Qué podía importarle a él?

Y siguió su camino pasándose los dedos maquinalmente sobre la ceja izquierda...

QUIEN NO SE ARRIESGA...

El día primero de abril de uno de los primeros veinte años de este siglo, pudo ser inscrito con letras de oro en el libro de mi vida. Ya se verá cuál fue el impedimento.

En esa fecha después del almuerzo, precisamente a la hora de la siesta, fue introducido al cuarto que me hace de escritorio y sala de recibo un individuo que preguntaba por mí.

Entró sombrero en mano y haciendo reverencias un vejete barbudo, sucio, desharrapado, pequeño de cuerpo y de aire misterioso a quien, por cierto, no era la primera vez que veía. Era el tal un zapatero remendón cuyo nombre ignoraba en absoluto, pues nadie lo designaba en otra forma que por su remoquete de *Calamidad*. Hasta mucho después vine en conocimiento de que se llamaba López, o Cañénguez, o cosa así.

Rasgo muy digno de consignarse: el maestro Calamidad era descalzo. Y es posible que el superficial conocimiento que tenía del tipo, se debiera cabalmente a esa circunstan-

cia, porque no se me podrá negar que un zapatero descalzo es algo tan incongruente, por no decir inconcebible, como un sastre que anduviera en cueros.

Lo que pensé cuando le vi entrar es que me iba a atizar un sablazo. Nuestra falta de relaciones previas no me sugería otra cosa; pero estaba muy equivocado. A lo que el hombre iba, era a hacerme un favor.

Después del saludo y preámbulos de rúbrica, acentuó su aire de misterio, se me acercó dos o tres pasitos cortos y me dijo en tono confidencial:

—Le vengo a proponer un negocio.

—¿Un negocio?... ¿A mí?

—A Ud., sí. Un negocio redondo.

—Sepamos de qué se trata.

—Vea, señor —comenzó—. Me he inventado un sistema para vender zapatos, que es una pura maravilla. Lo llamo la *Venta Duplicante*. Pero para vender esos zapatos, antes necesito fabricarlos. Y resulta que no tengo taller.

—¿Ajá?

—Y para eso vengo. Para proponerle que establezcamos un taller en compañía. Es decir, el taller lo costeará Ud. y repartiremos las ganancias por partes iguales.

—Lo siento mucho, maestro Ca... ¡canastos! Llega Ud. en mala hora. Acabo de hacer algunos gastos extra, y me encuentro incapacitado para establecer ese negocio. ¿De dónde diablos voy a sacar el dinero indispensable para montar un taller de zapatería?

No se desanimó por la negativa mi interlocutor.

—Ud. desconfía —dijo— porque no conoce mi sistema de la Venta Duplicante. Vea: es muy sencillo...

Ante un movimiento mío de impaciencia pareció cohibirse. Hizo una pequeña pausa, y luego, tímidamente:

—¿Me deja que se lo explique?

Le tuve lástima. Le dije que me lo explicara.

—Es muy sencillo. Primero se vende un solo par de zapatos. Después dos. Después cuatro. En seguida ocho, y así sucesivamente. Por eso se llama la Venta Duplicante. Además (detalle importantísimo) el cliente sólo desembolsará cinco colones, siendo que nosotros recibiremos quince.

—No veo cómo.

—Ya lo verá. Para mayor claridad vamos a suponer que un cliente, a quien llamaremos A, nos compra el primer par. Nos pagará por él, quince colones; pero de éstos, sólo cinco saldrán de su bolsa, porque los otros diez los habrá obtenido por partes iguales de sus amigos los señores B y C, a cambio de un par de zapatos que cada uno de ellos recibirá en su oportunidad. ¿Me va entendiendo?

—Hasta ahora, sí.

—Bueno. Al cliente A, le daremos con sus zapatos dos contraseñas que él se encargará de poner en manos de sus amigos los señores B y C. El señor B, por su parte, pedirá cinco colones a cada uno de sus amigos D y E. Con estos diez colones más la contraseña de los cinco que nos tiene adelantados, obtendrá su par de calzado más dos contraseñas para los señores D y E. El señor C, hará la misma operación con los señores F y G, y así sucesivamente...

—¡Basta! —interrumpí casi con entusiasmo—. He comprendido y lo encuentro ingeniosísimo.

—¿Verdad que sí? ¡Y la venta loca que vamos a hacer! ¿Quién será el que se quede sin comprar su buen calzado de glasé por cinco colones?

—¡Naturalmente!

El maestro Calamidad también se iba entusiasmando.

—Toquemos ahora otro punto —continuó—. Supongamos que la emisión de cada serie de calzado se lleve una semana (que ya es mucho llevarse; pero hay que ponerse en lo peor). Quiere decir que la primera semana se venderá un par, el del cliente A. La segunda, serán dos, los de los clientes B y C. Cuatro la tercera, a los señores D, E, F y G. Ocho la cuarta, a los individuos H, I, J, K, L...

—¡No siga! —le atajé—. ¡Ya estoy al cabo de la calle!

—¿De qué calle me está hablando?

—No me haga caso. Quiero decir que entiendo perfectamente.

—Bueno, pues. Para que vea que tengo todos los cálculos hechos, le diré que a la décima semana estaremos expendiendo quinientos doce pares, y quinientos veinticuatro mil doscientos ocho a la vigésima. Y a la vigésima sexta, o sea a los seis meses justos de iniciado el negocio, treinta y tres millones, quinientos cuarenta y nueve mil trescientos doce.

Yo me estaba sintiendo mareado.

—Oigame —le dije—. Pero... ¿usted me está hablando en serio?

—¿Cómo, que si en serio? ¡Pues no faltaba más!

—¿Y usted cree que va a poder producir toda esa millonada de zapatos en una semana?

—¿Por qué no? Emplearemos todos los zapateros de la República. Traeremos otros del resto de Centro América, de México, de las Antillas. Construiremos fábricas inmensas. Haremos venir maquinaria...

—Admitamos que todo eso sea factible. ¿A quién vamos a calzar con tanto zapato?

—¡A quién! A todo el que los use en la República y fuera de ella, y aun a los que nunca los han usado. Además, considere que por un precio tan reducido, cada cual querrá poseer tres, cuatro, seis pares a la vez. Finalmente, los zapatos no son eternos.

Me sentía presa del vértigo. Comencé a ver lluvias de zapatos. Ríos, pirámides, montañas de zapatos.

—¿Qué me dice? —preguntó Calamidad tras largo silencio—. ¿Se decide?

—Hombre, maestro Ca... casi no puedo pensar. La empresa me parece demasiado buena para que sea verdad. Déjeme meditarlo.

—Muy justo. No quiero una decisión precipitada. ¿Quiere que vuelva mañana? ¿Dentro de tres días?

—Pongamos una semana...

—Entendido. Ahora estamos a viernes. El próximo viernes, a esta misma hora, volveré.

Sin fuerzas para más, por señas le dije que bueno.

Largado que se hubo Calamidad, corrí al lavamanos, abrí el chorro y metí la cabeza debajo. Me la sequé. Fui a la ventana y me puse a recibir el aire fresco de la calle respirando a pulmón lleno.

La sugestión se fue desvaneciendo poco a poco y acabé por decirme que aquel tío estaba chiflado, y que no había que pensar más en semejante desatino.

* * *

Pues no. Que el tal desatino tenía que quitarme el sueño.

Pasé la noche en claro, revolcándome en la cama y luchando por pensar en otra cosa que no fuera la maldita Venta Duplicante.

Me levanté resuelto a descubrir la falla del ajo (porque tenía que fallar por alguna parte) para lograr quitármelo de la cabeza definitivamente... o para soslayarla, si tenía soslayo.

Me armé de lápiz y papel y me puse a hacer números.

Y me convencí de que Calamidad no estaba equivocado en sus cálculos. A la vigésima sexta semana correspondían, en efecto, treinta y tres millones, quinientos cuarenta y nueve mil, trescientos doce pares de zapatos.

Hice más. Por una morbosa curiosidad me di a computar las utilidades. Partiendo del supuesto que cada par de zapatos nos costara a precio de fábrica seis colones, o mejor siete (había que ponerse en lo peor, según Calamidad), nos dejaría una ganancia líquida de ocho colones, lo cual significa que las utilidades de la décima semana alcanzarían la respetable suma de cuatro mil noventa y seis colones. Las de la vigésima, a cuatro millones, ciento noventa y tres mil seiscientos sesenta y cuatro. Y las de la vigésima sexta, a doscientos sesenta y ocho millones, trescientos noventa y cuatro mil cuatrocientos noventa y seis.

No sé por qué no me dio un síncope.

—¡No! —rugí arrojando el lápiz con toda mi alma contra la pared—. ¡Esto no puede ser verdad! ¡Tengo que encontrar la falla!

No la pude encontrar en todo el día ni en toda la noche. Pero al día siguiente, ya oscureciendo, di con ella.

Y... ¡tenía remedio!

Se desplegó ante mis ojos un horizonte de amplísimas perspectivas. ¡No más apreturas! ¡Se acabaron las pobrezas, las necesidades! ¡Eran llegados los tiempos de bonanza, de opulencia, de felicidad!

La falla estaba en el tiempo. La semana que proponía el maestro Calamidad, podría convenir para los principios, cuando no fuera cosa de vender más allá de ocho o diez y seis pares. Treinta y dos, a lo sumo. Después habría que prolongar el plazo convenientemente. Un mes, dos meses, cinco meses... Allá se vería en el terreno de la práctica. Yo estaría siempre ojo avizor, atemperando con mucho tino las impetuosidades de mi socio industrial, a manera de no escaparnos de la realidad para caer en números fantásticos.

Y entonces lamenté haber señalado a Calamidad un plazo tan largo, pues había por delante cinco interminables días de espera.

Los viví en una mortal impaciencia. Y el día prefijado tuve un berrinche muy grande, porque el remendón no se presentó. Tampoco al siguiente, ni al otro.

Yo estaba que me llevaban todos los demonios. ¿Habría conseguido otro socio el ingenioso maestro? Ya me figuraba ver aparecer en los periódicos, en grandes caracteres, el anuncio de la Venta Duplicante.

Después de varios días de infructuosa espera, me eché a la calle en busca de Calamidad. Lo busqué como aguja durante dos semanas. ¡Las vueltas que di! ¡Las leguas que anduve para arriba y para abajo! ¡Las pistas falsas que seguí durante esos quince días!

En correos y telégrafos —el supremo recurso para casos tales— no conocían zapatero alguno de alias Calamidad. Me puse a visitar metódicamente, calle por calle, todas las zapaterías de la capital. Y fue así como al cabo logré el dato de que mi invisible socio habitaba cierto mesón ubicado en el barrio de La Vega, para donde salí a rajatablas sin pérdida de momento.

El encargado del mesón, respondiendo a mi pregunta, puso cara compungida y dijo lanzando un suspiro:

—¿El maestro Calamidad? ¡Pobrecito! Se lo llevaron al manicomio...

—¡Al manicomio! ¿Y por qué? —inquirí, agarrándome desesperadamente a la posibilidad de que hubiera ido como empleado a aquel benéfico centro.

—¡Vaya! Porque está loco...

—¡Eso no puede ser!—protesté.

Sin hacer caso de la protesta, añadió el bandido:

—¡Pobrecito maestro! ¡Tan bueno que era! Hasta ahora que se lo han llevado me estoy dando cuenta de lo bien relacionado que estaba. Casi no pasa día sin que venga alguno como usted a preguntar por él.

Me fui dejándolo con la palabra en la boca.

Quien no se ponga en mi lugar, jamás comprenderá mi tragedia. ¡Haber tenido en mis manos la fortuna, y dejarla escapar de modo tan estúpido!

Si hubiera aceptado la generosa propuesta del maestro sin necias dilaciones, habríamos montado nuestro taller. Y, llegada para mi socio la hora de partir rumbo al manicomio, ya el negocio hubiera estado en marcha, y a la hora presente yo sería multimillonario.

En cambio de esto, gracias a mi incalificable irresolución, me veo condenado a terminar mis días como el infeliz que siempre he sido, ganando apenas, a veces honradamente, a veces con trampas (esto lo consigno bajo absoluta reserva) lo indispensable para ir pasando una miserable vida.

¡Y tener una prole de catorce comedores de semita, otros con visibles promesas de un próximo incremento!

¡No! ¡No me lo perdonaré jamás!

AMIGO SERVICIAL

En aquel tiempo no se conocía por acá el asfalto, y nuestras carreteras se recorrían por lo general a lomo de mula.

Y aconteció que hube de disponer un viaje a La Libertad, en pos de la dueña de mis malos pensamientos, que había ido allá a pasar una temporada con su familia, según costumbre de todos los años.

El problema era serio. Yo necesitaba una mala cabalgadura y no tenía un cuarto para pagar el alquiler.

Después de mucho discurrir, vine a dar con la solución. Una sencillez de solución, que consistía en pedir prestado el animal. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Pensarlo, y salir en busca de Marcos Callejas, todo fue uno.

Marcos Callejas era un antiguo amigo de mi padre. Por los años de mi cuento, andaría alrededor de los setenta. Era seco y nervioso, con puntas de chancero y ribetes de socarrón, y vivía del alquiler de unas cuantas bestias medio muertas de hambre.

Estaba de sobremesa cuando llegué a su casa. Me recibió con su amabilidad habitual, nos preguntamos por las respectivas familias y cambiamos algunos propósitos banales.

Yo no sabía cómo asestarle el golpe. A decir verdad, el asunto, visto así de cerca, ya no me parecía tan llano, y casi me estaba arrepintiendo...

Por fin, Marcos, viendo que no daba trazas de entrar en materia, y adivinando que por algo lo buscaba, me preguntó el objeto de mi visita.

Yo tragué saliva.

—Mira, Marcos —le dije—, necesito una bestia para unos días.

—Estoy a tus órdenes —me contestó.

—Pero —continué— existe una circunstancia especialísima...

—Tú dirás.

—Que... que no tengo con qué pagar el alquiler.

Marcos tamborileó con las uñas sobre la mesa y pegó el mentón al pecho en actitud meditativa; pero aquello no duró un segundo. Inmediatamente me estaba mirando otra vez cara a cara con benévola sonrisa.

—Vaya, hijo, no te apures —dijo con rara solicitud—. Todos mis animales están a tus apreciables órdenes.

—Uno solo, necesito.

—El que tú quieras. Vamos a escogerlo.

Marcos no usaba servilleta; pero yo me lo imaginé arrojándola con donairoso descuido sobre el mantel —que tampoco existía— en el momento de levantarse para guiarme a la cuadra.

Confieso que tanta munificencia me dejó maravillado y que me resistía a creer que fuera verdad lo que estaba ocurriendo. ¡No habría yo de conocer a Marcos!

No me cupo dentro la gratitud por mi bienhechor.

—¡Oh, Marcos! —empecé a decir—. No sabes en cuánto aprecio el favor que me haces...

Me interrumpió con un gesto magnífico:

—¿Quieres callar, hijo mío? ¡Si estoy encantado de poderte servir!

Lo repito: me costaba trabajo creerlo.

En la cuadra aparecieron ante mi vista, correctamente alineadas, las grupas de cinco animales más o menos presentables.

—Elige —me dijo el dueño.

—Hombre... yo no sé. El que tú me quieras dar.

—Vamos a ver. A Carbonero —y señalaba un macho prieto entradillo en años— no te lo puedo dar, y es lástima. No hay mejor cabalgadura que ésta para las largas jornadas; pero ahora tiene una chira en la cruz.

Era verdad. En el sitio indicado podía verse una matadura enorme, cubierta de moscas y bálsamo negro.

Al lado de Carbonero había una mula baya de bastante buen ver.

—¿Y ésta? —pregunté.

—¡Ah! Esta es la Bicicleta. La llamaron así, allá en los dorados tiempos de su juventud, por lo rápido y suave de su andar. Ahora se ha puesto un poco lerda a causa de la edad.

—Eso es lo de menos. En haciendo una legua por hora...

—Más hace, te lo garantizo. Y es mansa como un cordero. Donde te desmontas, no tienes que molestarte en a[illegible]

rrarla; si en una semana no la vas a buscar en una semana no se mueve de allí. ¿Te la mando ensillar?

—En este momento, no. Vendré por ella a las cuatro de la mañana.

—A las cuatro en punto estará lista.

—Nada: que mañana monto en bicicleta.

—Ahora, te he de advertir una cosa, para que estés prevenido. La Bicicleta tiene una maña.

—¡Demonio!

—No, no es nada de peligro. Lo que hay es que, si por desgracia llegas en tu camino a algún paraje que le agrade a la mula, va la Bicicleta y piensa:

—Aquí me quedo—. Y allí se queda, pues, sin que encuentres manera de hacerla dar un paso más. La maldita es testaruda como su padre, que era un burro.

—¡Tiene gracia!

—No lo sabes tú bien. Una vez perdí tres días y tres noches en mitad de un camino real, esperando que le volviera la gana de andar. No conseguí que se moviera, ni encendiéndole fuego entre las patas. Lo más que hacía era patear duro, como quien se sacude las hormigas.

—¿Y en qué pasó todo ese tiempo?

—En nada. Cuando se cansaba de estar parada, se tendía en decúbito supino, y así se estaba horas.

¡Una mula en decúbito supino! Una de dos: o Marcos no sabía lo que eso significa, o era un embustero de siete suelas.

Y él continuaba:

—Al fin y al cabo, tú no llevas prisa. Sin contar que, a lo mejor, la mula no se acuerda de la maña y te lleva a donde le vayas de un tirón.

—Bien, pero... ¿y si se acuerda?

—Entonces, paciencia ¡qué caramba! o haces las de mi compadre Nicho. Una vez le presté a mi compadre la Bicicleta, y tuvo que alquilar una yunta de bueyes para que se la remolcaran cinco leguas. Tú, claro está, no tienes dinero para alquilar la yunta; pero no faltaría quien te hiciera la caridad.

—No. Decididamente, no me conviene. Mejor veamos otra.

—Aquí tienes a Mandarín.

Mandarín era un caballejo retinto.

—¿Tendrá su maña, también?

—Claro que sí. Casi no hay bestia que no la tenga. Este, lo que hace, es desbocarse sin qué ni para qué. Cuando tú menos lo esperas, sale disparado en una carrera loca por donde mejor le place. Y si no te agarras como mico, con las cuatro manos, te estrella sin la menor duda. Menos mal que, si no se le antoja coger por donde tú no quieres ir, te lleva a tu destino diez veces más pronto de lo que te proponías.

—Sí, sí. O me lleva por otro rumbo.

—¡Ah! Esa es otra. Cuando no se desboca...

—¿Qué pasa cuando no se desboca?

—Tú quieres ir a Tamanique, supongamos. Pues eso, a Mandarín, lo tiene muy sin cuidado, y si se le mete entre ceja y ceja irse para Sensembra, pues a Sensembra te lleva, a pesar de los pesares. Es tan testarudo como la Bicicleta.

—¿A Sensembra?

—O a Guacotecti, o a Jujutla, según la ventolera que le sople.

—Demasiado aventurado. Prefiero otra. ¿Cómo se llama ésta?

—¿La primera de la fila? Esta es la Mijarra. Espléndida mula, hijo. Voluntaria, valiente, rápida. En tres horas cortas estarás en Santa Ana, si quieres. No necesita de espuela. ¿Te conviene?

—No sé. Antes necesito conocer su... especialidad.

—La Mijarra sería una bestia sin tacha, si no fuera que es algo asustadiza. Ella es la que mató al maestro Galdámez.

—¿Al maestro Galdámez?

—Sí. Camino de Guatemala, cuando iba pasando el Puente de los Esclavos, una lavandera que estaba abajo, golpeó sobre una piedra con un trapo mojado.

—¡Diantre!

—Fue tal el respingo del animal, que el pobre maestro salió despedido por encima del pretil. Con semejante altura ¡figúrate! se hizo pedazos contra las piedras.

Se me erizó el cabello al oír semejante diablura.

—Basta, Marcos —exclamé— no prosigas. ¿Para qué rayos? Está visto que, a pesar de toda tu buena voluntad, no me podrás complacer.

—Porque tú eres muy difícil, hijo.

—Por lo que sea...

—Aguarda, no seas impaciente. Todavía no has visto a la Panda.

—¿Esa? —pregunté señalando una yegua que estaba al final de la fila.

—No. Esa es la Coyota. No vale la pena. La Panda es otra cosa; pero no está aquí por el momento. Si la quieres esperar...

—¿Para qué? Mucho será que no resulte la peor de todas.

—¿Quién? ¿La Panda? Te equivocas. Si te digo que vas a quedar encantado. Mansa como una paloma, rápida como el viento, incansable, sobria, elegante... ¿La quieres esperar?

Sentí impulsos de abrazar a mi interlocutor.

—¿Me garantizas que no tiene maña?

Marcos se puso la mano en el pecho con gesto solemne.

—Te juro que es sencilla y buena como un ángel —dijo.

Le arranqué aquella mano del corazón y se la estreché con fuego en señal de estar cerrado el trato.

—¿Llegará pronto? —pregunté.

—Creo que sí. Cuestión de tres o cuatro semanas. Ahora anda por la Mosquitia Hondureña...

Por allí cerca estaba botado un azadón. También vi, como entre un vaho de sangre, al alcance de mi mano, el mazo de una piladera. En el primer momento, no supe cuál de aquellos dos objetos elegir para asesinar a Marcos Callejas.

A Dios gracias, me supe dominar a tiempo.

Después de todo, una amabilidad como la que aquel hombre desplegó en mi obsequio, es cosa que no se paga con todo el oro del mundo...

INOCENTE CORDERO

Esta mañana, así que hube tomado mi bicarbonato, me entregué a la lectura de los periódicos llegados la víspera de la capital.

Por ellos me enteré de la defunción de mi amigo Inocente Cordero.

La noticia me causó honda impresión, a pesar de que en los últimos tiempos no nos hubiéramos frecuentado mucho, reinando entre ambos bien escasa cordialidad.

El motivo de tal distanciamiento era doble: por una parte, Inocente, con todo y llamarse así, había sido el causante de mi dispepsia; y por otra, el susodicho, mediando un caso de fuerza mayor, se había visto en la necesidad de trasladar su residencia, desde hacía tres años, a una celda penitenciaria.

En ese discreto retiro había rendido su último tributo a la Naturaleza el ciudadano Inocente Cordero.

¡Que su gloria haya!

* * *

Inocente Cordero era un hombrecillo sin apariencia de nada. Anémico, tímido, raquítico, melosa la palabra, untuosos los ademanes, servicial y modesto; nunca alzaba la voz ni hablaba sin sonreír.

Por eso, cuando empezaron a circular sobre él ciertos rumores inquietantes, me negué en redondo a darles crédito.

Se decía que Inocente conspiraba contra el gobierno. Fueron al principio vagas habladurías que poco a poco llegaron a tomar cuerpo y consistencia. Se daban detalles, se señalaban fechas. Todos en el lugar hacían comentarios a hurtadillas y nadie ponía en duda la certeza de tan malévolos decires. Sólo yo permanecía inconmovible. Mi fe ciega en la inocencia de Inocente, no sufrió mengua. Y mis relaciones con él, siguieron sobre el mismo pie de siempre.

—Sin visitarnos —que nunca lo tuvimos por costumbre— hacíamos un rato de palique cuando a mano venía, o tomábamos juntos algún refrigerio.

Y así iban pasando los días.

* * *

Uno de tantos, mientras jugábamos una partida de damas en la barbería, mi amigo me dijo, a tiempo de coronar un peón.

—Te voy a pedir un pequeño favor.

—Tú dirás...

—Mañana salgo de viaje. Estaré ausente una semana, y necesito que me guardes en tu casa una caja cuyo contenido debo poner a cubierto de las indiscreciones de mi mujer.

Si alguna importancia hubiera concedido yo a los chismes circulantes, por lo menos habría titubeado antes de acceder. Pues no, señor. No tuve la menor desconfianza, y

en el acto di mi consentimiento, encantado de hacer un servicio a Cordero.

El, personalmente, me llevó su caja —que resultó ser bastante grande— a hombros de un mecapalero, aquella misma tarde, entre oscuro y claro.

La hora crepuscular que escogió para ello, tampoco despertó mi suspicacia, y la encomienda quedó acondicionada debajo de una mesa, en el mismísimo dormitorio.

No volví a pensar en el ajo hasta el día siguiente, regresando de la oficina a la hora de almuerzo, cuando mi mujer me preguntó:

—¿Qué contiene una caja que ha aparecido en el dormitorio esta mañana?

—No sé. Inocente me la trajo anoche para que se la guardara por unos días.

El espanto ribeteado de asombro que se pintó en el semblante de mi digna consorte, no es para describir.

—¿Inocente Cordero? —preguntó con voz trémula.

—El mismo.

—¡Te has vuelto loco!

—¿Pero por qué, hija mía?

—¡Y que lo preguntes! ¿Acaso no sabes la clase de conspirador peligroso que es el Cordero ese?

—¡Y dale!...

—Todo el mundo lo dice...

—Pues se equivoca todo el mundo ¡córcholis! ¿Conspirador, Inocente Cordero? ¡Vamos, hombre!

—Mira, Ponciano, que tu tozudez nos va dar un disgusto.

—Hija, por Dios... ¡no me fastidies!

—¡No! Si quien te va a fastidiar, es la policía. ¿De verdad, no sabes lo que encierra esa caja?

—Te repito que lo ignoro en absoluto.

—¡Claro! Si lo supieras, no la habrías traído a casa. Viniendo de quien viene, lo menos que debe haber ahí dentro, es dinamita.

—¡Mujer!

—Si no es algo peor. Tienes que ir a devolverla ahora mismo.

—Imposible. Cordero salió de viaje esta mañana. Por eso me la trajo anoche.

La conversación siguió por el mismo tenor una hora larga. Mi mujer se mostró intransigente rematada. Y yo, por mi parte, he de confesar que, al cabo, mi fe en la inocencia de Inocente, había disminuido de manera ostensible.

Movido por vaga inquietud, me fui a examinar la malhadada caja, que hasta el momento no me había merecido la más pequeña atención. Era bastante maciza, de madera tosca reforzada con cinchos de hierro y con la tapa sólidamente clavada. Quise pulsarla, y con dificultad pude medio alzar uno de los extremos. ¿Qué diablos habría ahí metido? ¿Explosivos?... ¡pamplinas! ¿Prendas de vestir? El peso excesivo estaba diciendo a gritos que nones. ¿Herramientas de carpintero? ¿Libros? ¿Minerales?...

Me devanaba los sesos discurriendo necedades. Y, lo único que sacaba en claro, era lo significativo y desconcertante del hecho de que Inocente no la hubiera querido dejar en su casa durante su ausencia.

Un pertinaz desasosiego, que me empeñaba en combatir con reflexiones más o menos espaciosas, se fue apoderando de mi espíritu en los días subsiguientes. Mi mujer, por su

cuenta, se tomó la tarea de acosarme a recriminaciones cada vez más agrias. Comencé a perder el apetito: era el primer síntoma de la dispepsia que se iniciaba.

Entre tanto, transcurrió redonda la semana que Inocente había dejado de plazo para regresar; y él, sin dar señales de vida. Pasó otra, y nada. Yo estaba echado a perder.

Tanto, que todavía no me explico cómo es que estoy en mis cabales, después de la catástrofe.

Ello fue que, después de días interminables, los periódicos de la capital trajeron con grandes titulares y minucioso lujo de detalles, la relación del último complot descubierto para derrocar al gobierno constituido, quien no permitió que el pastel trascendiera al público hasta no tener todos los hilos en la mano. Así, la redada había sido abundante. Los detenidos pasaban de sesenta.

Y entre ellos figuraba, como uno de los más peligrosos... ¿adivinan ustedes quién?... Mi desleal amigo, Inocente Cordero.

* * *

Un volcán reventado bajo mis plantas, no me hubiera producido una conmoción mayor. ¡Cualquiera hubiera creído que la noticia me pillaba de sorpresa!

Me acometió una crisis de vómitos biliosos y otras cosas que me callo por decencia. Cuando estos incidentes digestivos me daban tregua, me ponía a vagar de cuarto en cuarto como un autómata, sin saber qué hacer ni qué pensar. Hubo un momento en que me encontré arrastrando penosamente la maldita caja, con la sensación subconsciente de que había que esconderla en alguna parte.

—¡Imbécil! —me dijo mi mujer—. ¿Dónde podrás meterla, que no la encuentre la policía?

Reconocí la exactitud de su observación, y desistí de mi propósito.

Vinieron luego días aún más amargos. Mi vida era un perpetuo sobresalto, una inacabable zozobra. Cada vez que llamaban a la puerta, me ponía a temblar y a bañarme en sudor frío, pensando que eran los agentes del gobierno. Me atormentaban periódicamente horribles dolores de cabeza y vómitos endiabladamente ácidos. Era la gastroxia, la hiperclorhidria, o no sé qué...

El proceso de los indiciados se desarrollaba con lentitud desesperante. Yo seguía su curso desde lejos, imaginándome cosas tremebundas: la caja de Inocente guardaba armas, explosivos, máquinas infernales... Alguna indiscreción del culpable, alguna imprudencia de su mujer, un día u otro pondrían fatalmente a la policía en autos de mi complicidad. Y entonces... ¡Brrr!

Bien es verdad que, a ratos, también solía mecerme en alas de la ilusión: mi amigo saldría del atolladero más blanco que el armiño y vendría a reclamarme su preciado depósito, que resultaría repleto —digamos— de hormas de zapatero, o de buriles de pedernal, o de cualquier otra cosa pesada pero anodina.

¡Cómo no! Después de siete meses infernales, se pronunció sentencia en el juicio de los revoltosos. Tres o cuatro salieron libres, fueron fusilados diez y nueve, y los demás sacaron diferentes condenas. A Inocente le tocaron catorce años y cinco meses de prisión mayor.

* * *

¡Lucido estaba yo, guardando el arsenal de un anarquista en mi propia casa! ¿Cómo salir de él?

El clorato de potasa, la glicerina, la nitrocelulosa, podía dejarlos ir poquito a poco por el inodoro; pero... ¿y las armas? ¿y las bombas?

Día y noche vivía en cavilaciones absurdas. Perdí el sueño. Acabé de perder el estómago. Estuve a punto de perder la vida...

Y estas líneas las estaría escribiendo un difunto, si no fuera que Dios, al cabo, se apiadó de mí y me sugirió la idea de que podría serme de alguna utilidad conocer a ciencia cierta el contenido de la caja. Una vez en posesión de ese dato importante de suyo, ya podría marchar sobre terreno seguro disponiendo lo que mejor conviniera a mi integridad personal.

Con morbosa inquietud esperé la noche. Cuando el mundo estuvo sumido en el más profundo sueño, fui a la cocina y traje un leño y el machete de picar carne.

Sirviéndome de aquellos chismes y ante la congojosa expectación de mi mujer, me puse a levantar la tapa, extremando las precauciones como es de suponerse.

No sufrí pocos sudores y trabajos. Cuando logré separar la condenada tabla, que se resistía a lo desesperado, se ofreció a nuestras ansiosas miradas una fila de libros manifiestamente inofensiva.

¡No era mal tuno el tal Cordero! Lo gordo saldría después...

Aparté, conteniendo la respiración, la fila encubridora y debajo apareció otra igual. Y después otra. Y otra. Y otra más. Y así, hasta quedar visible, mondo y lirondo, el fondo de la caja.

Mi mujer estalló en improperios. Me puso como hoja de perejil y se fue rabiando a la cama, desde donde continuó acumulando incongruencias sobre mi cabeza. Ella, que hacía un momento temblaba de pavor pensando en el horripilante material nihilista que íbamos a descubrir, ahora estaba fuera de quicio porque no había un triste grano de pólvora. ¡Quién entiende a las mujeres!

Yo sentí como si me hubieran quitado de los hombros el peso de una montaña y me puse a correr de un lado para otro, saltando muebles y dando zapatetas en el aire, loco de alegría.

Calmadas aquellas justas expansiones de mi espíritu, me llegué con mano temblorosa a examinar mi nueva biblioteca.

Estaban allí todo Pitigrilli y casi todo da Verona. Allí estaban el Decamerón y el Satiricón, y algo del Aretino, y mucho de Joaquín Belda, y no poco de Alvaro Retana, y cien autores más, tan conspicuos como ellos...

¡De entonces arranca mi pasión por la literatura!

LA ESTUPENDA AVENTURA

Toda la vida he sido yo un infeliz, un pobre maestro de escuela que ha vivido de milagro; pues nunca me he podido explicar cómo hace mi mujer para que mi exiguo sueldo llene las necesidades de nosotros dos, más siete rapaces a quienes vestir y alimentar.

Muy excusable, pues, la sorpresa de mi digna consorte aquella vez, cuando me vio llegar de afuera con un paraguas que no era el mío, que *no podía* ser el mío.

—¿Y ese paraguas? —me preguntó suspendiendo su labor de costura y poniendo cara de pasmo.

Algo extrañado por la pregunta y por el tono, busqué con los ojos el artefacto mencionado. Y mi sorpresa fue tan grande como la suya, si no mayor; porque ahí, colgando de mi brazo izquierdo flexionado, en vez de mi abominable paraguas de algodón, sin contera, con mango de celuloide amarillo imitación de caña, y con cinco o seis inviernos a cuestas, había otro, nuevecito, de seda pura, con mango de madera negra. Ebano, seguramente.

Quedé aturdido por tan misteriosa transformación. Sin contestar a mi mujer, tomé a dos manos mi nuevo paraguas para examinarlo a mi sabor. Tenía incrustadas en el mango tres iniciales de plata, que no divulgo por no pecar de indiscreto. Al abrirlo, pude admirar la armazón metálica, negra y brillante, que distendía una impecable comba de tela sin poro visible. Al golpear el extremo de las varillas con la yema del dedo, se producía un grato sonido de timbal, revelador del perfecto ajuste y coherencia de todas sus partes. Era, en suma, todo un señor paraguas de gran precio, con el cual, menguado consorcio podía hacer mi pobre indumento, apabullado en el fieltro del sombrero, juanetudo en los botines del becerro, deshilachado en la camisa, cundido de lamparones y remiendos en el terno color de pulga...

Durante el largo tiempo que invertí en el examen de la octava maravilla, mi mujer estuvo esperando que le aclarara el enigma de su procedencia. Impaciente, al cabo, repitió su pregunta:

—¿De dónde has sacado ese paraguas?

—Hija, yo qué sé —le respondí turulato.

Lo cerré con mucho tiento. Lo coloqué delicadamente sobre la mesa después de limpiar el polvo con la manga, y me hundí en mar de confusiones. Y como la mirada inquisitorial de la señora me estaba poniendo nervioso más de lo conveniente, opté por encerrarme en mi cuarto bajo llave para meditar sobre tan inusitado acaecimiento.

No creí aceptable la hipótesis de una broma de mal género como la de las babuchas de Abu-Casem. Esas cosas no se ven en la vida real. Son puras fantasías hilvanadas para entretener a los desocupados.

Descartada esa eventualidad y otras semejantes por absurdas, era de toda evidencia que yo, sin quererlo ni pensarlo, había despojado de aquel adminículo a su legítimo dueño; pero ¿dónde? ¿a quién?

Después de reconstruir y analizar con todo detenimiento mis pasos de aquella tarde, vine a concluir que el atraco había ocurrido en el Ministerio de Instrucción Pública. En ningún otro de los lugares que había visitado era probable, ni siquiera verosímil, que hubiera podido estar el propietario de una prenda como la que yo detentaba; había estado en el mercado a tomarme una taza de chilate; donde un zapatero remendón, a ver por cuánto me les echaba medias suelas a los zapatos. También había comprado una caja de fósforos en un tenducho de barrio. Y nada más. Dueño de mis fósforos, me había encaminado al Ministerio a una audiencia que el señor Ministro me había concedido, y de la cual esperaba lograr un aumento de sueldo.

Y, pensando en frío cómo habían pasado las cosas me convencí de que yo había sido el despojado y no el despojador. La víctima y no el victimario. Pues siendo yo un ente sin importancia, el más insignificante de cuantos llegaron a hablar en esa fecha con el señor Ministro, fui el último en penetrar a su despacho.

Por cierto que, sin darme lugar a que lo saludara, el alto funcionario se puso a echarme una filípica tremenda por el hecho inconcebible, de que yo, maestro de escuela, en la carta que le escribí solicitándole audiencia, me hubiera atrevido a deslizar no sé qué herejía ortográfica.

No puedo ni quiero recordar todo lo que me dijo. Por supuesto que no me preguntó para qué lo buscaba, ni yo me hallé en valor de decírselo. En cuanto pude me despedí de él con mil profundas reverencias y escapé con el corazón

metido en un puño. Tan hondo era mi desconcierto, que no paré mientes en que me era desconocido el paraguas que acompañaba a mi sombrero en la percha de la antesala y cargué con él. Es claro como el agua que, a aquellas horas, mi verdadero paraguas andaba ya en manos de un nuevo dueño, sólo Dios sabe por dónde.

Bueno. Pero esta circunstancia no me autorizaba para quedarme con el ajeno; entre otras razones, porque todo el que me viera llevarlo, haría malos juicios sobre mi honradez, y con sobrada razón. Había que proceder a una restitución inmediata.

Fue tarea sencillísima dar con el propietario. Acudí al Ministerio al día siguiente muy de mañana; tanto, que encontré a los ordenanzas a medio hacer la limpieza. Conseguí que el portero me permitiera ver la lista de las personas que la víspera habían visitado al señor Ministro. Y allí, entre otros setenta y dos nombres, encontré uno cuyas iniciales coincidían con las de *mi* paraguas. Se trataba nada menos que de un magnate de la banca. Ya esperaba yo algo semejante.

Volví a casa. Envolví el famoso chisme en unos periódicos, y me dirigí al domicilio del potentado.

Lo encontré en bata y pantuflas fumando y leyendo los periódicos de la mañana. Aunque el sillón en que descansaba era de respetables dimensiones, sus reservas adiposas rebosaban por todos lados.

Correspondió a mi saludo con leve inclinación de cabeza. Se puso el periódico abierto sobre el abdomen, se encaramó los anteojos sobre la frente y, sin hablar palabra ni invitarme a tomar asiento, me asestó una mirada interrogante.

—Señor —le dije— perdone que venga a importunarlo tan de mañana...

Como no respondiera, renuncié a espetarle el discursito que llevaba prevenido... y que había olvidado por completo. Me limité, pues, a actuar, y desenvolví el cuerpo del delito.

Tan pronto como lo vio, se puso en pie de un salto, con una agilidad increíble, dado su volumen.

—¡Mi paraguas! —exclamó.

—Sí, señor —asentí con algo de susto.

—¿Y cómo ha llegado mi paraguas a su poder?

—Señor, usted lo cambió por el mío ayer en el Ministerio de Instrucción Pública.

—¡No puede ser! ¿Con qué objeto iba yo a cambiar mi paraguas por el suyo?

—Una distracción, señor, cualquiera la tiene.

—Sí, pero cuando es en provecho propio. De manera que fue usted el equivocado, y no yo.

—Me temo que no, porque cuando salí del despacho del señor Ministro, ya no había nadie en la antesala. Creo, pues, tener derecho a afirmar y sostener —concluí audazmente— que es usted quien había tomado mi paraguas mucho rato antes.

Mi hombre se había vuelto a sentar.

—Es absurdo —dijo— todo eso que me está contando. Y dando por hecho que fuera verdad, usted estaba obligado a advertir que no era suyo el paraguas que se llevaba.

Pude haberle contestado que en la misma obligación estuvo él cuando se alzó con el mío; pero me lo callé, limitándome a decir:

—Sea como haya sido, esta discusión, en fin de cuentas

está de sobra, puesto que he venido aquí nada más que a restituirle lo que le pertenece.

—De acuerdo —respondió—. ¡Y gracias a que lo trajo envuelto! Que si no...

—¿Si no, qué?

—¡Hombre! que ya lo habrían capturado. Porque ha de saber que desde anoche andan en su busca todos los polizontes de la República.

—¡Pero, señor!...

De pronto mi interlocutor se dio una palmada en la frente.

—¡Canastos! —dijo—. Ahora que caigo...

—¿Qué pasa?

No me respondió. Se había quedado pensativo mirándose la punta de una chancleta y levantándose la punta de la nariz con la punta del índice. Tocó un timbre. Fue a encontrar al criado hasta la puerta, sin duda para que yo no me enterara de la orden que iba a darle, y volvió a su sillón. Y empezó a preguntarme mil cosas que maldito si le importaban, y a contarme otras tantas que así me importaban a mí como el paralaje de Venus.

Alrededor de quince minutos habrían pasado en estas y las otras, cuando el fámulo se presentó de nuevo a la puerta. Y como si ello fuera una consigna para despedirme, el ricachón me tendió la mano.

—Espero que nos volveremos a ver pronto— me dijo.

—Tendré mucho placer —contestéle—; pero quisiera... si no le es molesto...

—¿Qué cosa?

—...que me devolviera mi paraguas...

—¡Ah, sí, su paraguas!... ¡Hombre!, le diré... su

paraguas quedó ayer en el recipiente de la basura del Casino y, a la hora que es, ya estará reducido a cenizas en el crematorio, o le andará muy cerca; pero no se apure. Todo se arreglará mejor de lo que usted piensa. No se apure, y hasta pronto.

Y me echó suavemente afuera.

Salí intrigado. Nadie me quitaría de la cabeza que toda aquella vacua conversación entablada conmigo, no tenía otras miras que retenerme mientras el sirviente volvía de evacuar alguna orden. ¿Cuál podría ser?

No hube de tardar en saberlo: a la puerta de la calle me esperaba un agente del orden que me echó el guante sin contemplaciones y me llevó preso...

La indigna felonía de aquel hombre, sublevó todos mis sentimientos de probidad y de justicia. ¿Conque así pagaba mi honradez? Yo mismo lo reintegraba en la posesión de su paraguas abandonado, y ni siquiera me daba las gracias. Le reclamaba el mío, y lo daba cínicamente por perdido. ¡Y de ribete me mandaba a la cárcel como a un vulgar ratero! ¡Ah, canalla!

En la estrecha celda donde me encerraron, no escandalicé con mis gritos de protesta, no arranqué las rejas de hierro ni demolí las paredes —que para eso y mucho más me sentía con alientos, tal era la rabia que me embargaba— por no empeorar mi situación. Eso sí: me paseaba a grandes trancos, vomitando como un poseído blasfemias y maldiciones, que espero no me tomará Dios en cuenta.

Pasado aquel paroxismo nervioso, quedé derrengado. Me tiré al suelo de barriga y, apoyando la frente sobre los brazos cruzados, lloré silenciosamente.

Por suerte, mi reclusión no fue larga. Todavía lloraba,

cuatro o cinco horas después, cuando me abrieron las puertas poniéndome en libertad. Me levanté sonándome las narices y salí.

* * *

Todo lo narrado anteriormente podrá parecer raro, creo yo. No apurarse, que lo gordo viene después.

Ello fue que, frente a mi dura cárcel, había estacionado un lujoso automóvil, y en su interior...

No, no se vaya a creer nada extraordinario. En su interior no había nadie más que mi verdugo, cómodamente repantigado.

Sentí renacer mis iras centuplicadas. Ya buscaba con la mirada un palo, una piedra, algo con qué romperle la cara o el parabrisas.

Pero él ya estaba abriendo por su propia mano la portezuela y me invitaba, sonriente, a subir.

Y sucedió lo que no se me querrá creer: que obedecí como un autómata; que me senté a su lado, inconsciente. Cuando me vine a dar cuenta de ello, no supe si tenía que bañarlo de insultos o cogerlo a puñadas.

Pero él no me dio tiempo de escoger. Me pasó familiarmente un brazo sobre los hombros, y me dijo:

—Usted ha sufrido un rato largo de encierro y ha perdido su paraguas, todo por culpa mía. Le ruego perdonarme y aceptar esto en justa compensación.

Y puso en mis manos unos papeles.

Los examiné maquinalmente. Eran unos billetes de banco y unos cheques extendidos a su favor y debidamente endosados por él a mi nombre.

Quise devolvérselos, preguntando:

—¿Qué significa esto?

—Esto quiere decir —contestó rechazando el dinero— que mis amigotes del Casino se quisieron burlar de mí, y les salió el tiro por la culata.

—Sigo en ayunas, señor. Si no es usted más explícito...

—¡Vaya! —respondió—. Comencemos por el principio. Ha de estar usted en que ayer llegué al Casino como a las once de la mañana, hora en que acostumbro reunirme allí con algunos amigos para charlar un rato y tomar el aperitivo. Entrar yo con el adefesio de paraguas que usted sabe, y ponerse ellos a echarme pullas con la sana intención de tomarme el pelo, todo fue uno. Me reí al principio tanto como ellos; pero las cosas subieron de punto. La guasa aumentaba sin dar trazas de concluir, y me hicieron perder los estribos. Acabé diciendo pestes contra usted, es decir, contra el supuesto ladrón. Para no cansarlo, a tal grado llegaron a exasperarme, que los reté a concertar una apuesta temeraria: cien colones con cada uno de ellos a que, en un plazo máximo de veinte y cuatro horas, habría recuperado mi paraguas y tendría al ladrón en la cárcel. Aceptaron encantados, creyendo que me ganarían infaliblemente; pero usted tuvo a bien devolverme el tan traído y llevado paraguas. Gracias a usted se cumplía la primera condición de mi apuesta...

—Y gracias a mí tenía que cumplirse la segunda. ¡Comprendo!

—¡Qué caramba! Yo no iba a perder así como así mi dinero tan imprudentemente comprometido en una apuesta descabellada. Por eso, muy a mi pesar, tuve que mandarlo preso. ¡No había remedio!

—Por eso dispuso usted de mí como de un trasto viejo.

—Vamos, hombre, no me guarde rencor. El fin justifica los medios ¿verdad? Nueve eran mis compinches, y los novecientos pesos que pagaron religiosamente, están en sus manos. Son suyos.

—Bueno —dije por guardar las formas— pero no sé si debo...

—Claro que debe, querido. A usted le cuesta ese dinero, y a mí me sale sobrando. ¿Para qué diablos iba yo a querer novecientos pesos cochinos?

Me declaré convencido. Metí en mi cartera el dinero. Me eché para atrás en los mullidos colchones del asiento, crucé una pierna sobre la otra y, para corresponder a la caricia de su brazo que todavía pasaba sobre mis espaldas le pasé el mío por los riñones.

—¡Al café más aristocrático de la capital! —ordené al chofer con mucho énfasis.

—Vamos al Casino—puntualizó mi nuevo amigo con suave entonación.

En el Casino conocí a tres o cuatro de sus compinches. Buenos chicos todos ellos. Me festejaron. Me zangolotearon de lo lindo. Se interesaron por mi familia. Quisieron conocer mis impresiones de la cárcel. Quisieron saber en qué invertiría mis novecientos pesos. Y se reían como descosidos por cuanto yo dijera. No parecían estar muy afectados por la pérdida de la apuesta.

Ya obscureciendo, bastante pasaditos de licor, mi opulento amigo me llevó a casa en su automóvil.

Quedé parado en la acera viéndolo partir. Al arrancar el auto, se despidió con la mano y me dijo algo que no pude entender por el ruido del motor.

—¡Au revoir, mon chéri! —le contesté, en inglés, para darme tono.

Y, por si me iba viendo a través del vidrio trasero, di un manotazo en el aire que por poco me hace perder el equilibrio.

Flotaba en el ambiente un delicioso olor a gasolina quemada...

Y así terminó la estupenda aventura.

MI PRIMO BASILIO

Hace un momento se ha despedido de mí... digo mal: se ha largado hecho una fiera, sin despedirse, mi primo Basilio.

Va echando lumbre solamente porque me he negado a aceptar su invitación de acompañarlo en su temporada de baños en La Libertad.

Tal berrinche por parte de Basilio me ha causado una impresión penosísima; mas, si me he atrevido a desairarlo, es porque creo tener para ello razones muy atendibles.

El haber aceptado por una vez su amable invitación hace un año, a raíz de la pérdida de su empleo, puede pasar. Repetir ahora el lance, siendo que lo sigue abrumando la cesantía, no hubiera tenido perdón de Dios.

Apelo al juicio imparcial de amigos y enemigos, sin complacencias que me estarían flojas ni severidades que me vendrían más flojas todavía. Y para ese fin, quiero hacer una exposición, bien que resumida, de los hechos. Hela aquí:

El año pasado, por esta misma época, se presentó en mi casa mi primo Basilio, campechano y alegre según su modo habitual.

—Vengo a convidarte —me dijo sin preámbulo— para que nos acompañes al Puerto una semana.

Es costumbre inveterada en Basilio ir a darse unos baños de mar por Semana Santa. Y era ésta la primera vez que se le antojaba llevarme consigo.

—¡Hombre! —balbucí— no sé si deba...

—¡No me vayas a desairar! —me previno.

—Pero...

—Dime una cosa —me interrumpió—. En tus sesenta y cinco años de vida...

—Sesenta y cuatro —apunté yo.

—Es lo mismo. En esos sesenta y cuatro años ¿cuántas veces te has tomado unas vacaciones?

Abrí la boca como para decir algo. En realidad, no tenía nada qué decir.

—¡Ya ves! —concluyó él—. ¿No es justo que, por lo menos una vez, te resuelvas a echar una cana al aire? ¡Nada! Mañana cierras la casa y te vienes con nosotros.

Como puede notarse, el asunto, para Basilio, no podía ser más llano. Para mí, empero, tenía sus bemoles. Mi primo, he de repetirlo, acababa de perder su empleo. Y si bien de su actitud podía deducirse que debía tener algunos ahorrillos de qué echar mano, a mí se me hacía descabellado que se dispusiera a dilapidarlos en aquella forma, incluso tomándose una nueva obligación sin necesidad, al cargar con mi persona.

Además, recelaba de su familia integrada por la señora y cuatro retoños, todos éstos del género masculino y todos

cuatro de la mismísima piel de Barrabás, ya se les considerara en conjunto o por individuo. Tenía plena evidencia de que iba a ser de lo más incómodo meterse con toda la tribu dentro de una sola habitación que haría a la vez, según costumbre, de dormitorio, sala de recibo, comedor, fumadero y despensa. Y eso, por toda una semana.

Por vía de compensación, convengamos en que el cariño, la solicitud, las atenciones de los parientes, son cosas enternecedoras para un solterón a los sesenta y cuatro. Sobre que la idea de los baños en el mar y los paseos por la playa a la luz de la luna...

Total, que después de una débil resistencia de puro camuflaje, me dejé convencer.

—¡Magnífico! —terminó Basilio al despedirse—. Procura estar listo mañana a las cuatro de la tarde. Pasaremos por ti en el automóvil.

Salí al día siguiente muy temprano a comprar lo imprescindible para el viaje: el vestido y la bata de baño, un par de chinelas, un sombrero de alas anchas. Y, sintiéndome obligado a corresponder siquiera en parte a la amabilidad de mi primo, me proveí de una gran cantidad de vinos y conservas alimenticias en forma que, aun cuando nos hartáramos allá, todavía sobraran en buen número que Basilio se pudiera traer al regreso.

Y ya próxima la hora señalada hice cerrar las puertas que había que cerrar, di a la servidumbre mis últimas instrucciones y me senté en el corredor al lado de mis valijas leyendo una revista atrasada.

Mi invitante fue exacto como un inglés. Sonando las cuatro en el reloj del comedor, se oyó un confuso rumor de voces y un tropel de gente que invadía la casa por el zaguán

y vi aparecer a la familia entera, todos ellos cargados con utensilios diversos y numerosos líos de todas formas y tamaños.

—¡Mira qué contrariedad! —gritó Basilio depositando su impedimenta en el suelo para poder accionar—. El automóvil que había contratado para el viaje chocó anoche y ahora está en reparación.

Agregó la mujer, ya desembarazada como él, de su carga:

—Y a *éste* le ha sido imposible conseguir otro.

—De todo punto imposible —corroboró Basilio—. Como es la época de baños, todos los de alquiler andan afuera.

—Pues sí, que es una contrariedad —convine—. Y ahora ¿qué hacemos?

—¡Hombre! —dijo Basilio—. No veo más que una solución: que nos proporciones tú el auto.

Y yo:

—Por mí, no hay inconveniente; pero creo que no vamos a caber con tanto equipaje.

—Claro que en el *Ford* no cabríamos; mas si lleváramos el *Lincoln*...

Eché en mi fuero interno un taco bastante indecente. ¿Cómo diablos había averiguado Basilio que, desde la víspera, tenía en el garaje un *Lincoln* sin estrenar? Lo había adquirido para uso urbano exclusivamente, relegando el *Ford* para las carreteras.

—Es que el *Lincoln* —tartamudeé— no está ensayado todavía. Sería aventurado ocuparlo sin estar seguros de...

—¡Quita allá! —arguyó él—. ¿Qué nos puede pasar con un auto nuevecito?

No quise insistir por no parecer tacaño. Hubo que sacar el *Lincoln*.

Ya acomodados en él, resultó que había que pasar por los almacenes a comprar los trajes de baño, cosa que se había olvidado hasta entonces.

Fuimos allá. Se compró para toda la familia trusas de baño, y además, batas, chanclos de hule y un gorro de lo mismo para la señora. El todo, ya empaquetado, formó un nuevo lío bastante grandecito.

Desde el primer momento había comprendido que todo aquello tenía que pesar sobre mí. Y ya que el sacrificio era ineludible, quise, al menos, que apareciera como espontáneo y no obligado por las maquinaciones de Basilio. Así, cuando éste hizo como que iba a sacar la cartera, ya estaba yo contando los billetes sobre el mostrador, sin atender al coro de protestas que en toda la familia provocó mi munificencia.

Una hora después llegábamos a nuestro destino; mas no a un cuarto estrecho como me temía. Estaba a nuestra disposición una casa entera con cuatro habitaciones, corredores, servicios sanitarios a la última y una calzadilla de cemento que llegaba hasta la playa misma.

Nada de objetable podría verse en todo aquello en el supuesto de que fueran una realidad los ahorros que sospechaba en Basilio; mas si el muy fresco proyectaba sacar de mi bolsillo los alquileres de semejante palacete, estaba sufriendo una lamentable equivocación. ¡Todo era de permitirse menos una nueva dentellada a mi hacienda!

Más aún me afirmé en tal propósito a la vista de la primera cena que nos llevaron —como siguió sucediendo con el conquibus hasta el último día— de un hotel vecino.

Los platos eran de una calidad muy aceptable y venían en tanta profusión, que ni una sola vez hubo de acudirse a las provisiones en lata o en botella que había aportado yo.

Lo dicho: ¡no más atracos! No vacilaría ante la misma fuga para librarme de aquella ventosa que pretendía dejarme seco. Estaría ojo avizor en todo momento y, al menor indicio alarmante, a la más sutil indirecta de mi primo, saldría de la casa con descuidada indiferencia, sin sombrero y con las manos en los bolsillos, como quien va a matar la pereza ahí no más a la próxima esquina... y no me volverían a ver el pelo.

Viví con la barba sobre el hombro durante aquellos siete días y confieso que no ocurrió nada que pudiera reavivar mis temores. Absolutamente nada. Y acabé por reprocharme mi ofensiva suspicacia tildándola de enfermiza. ¿Habría estado viendo visiones?

Es verdad que algunos gastos menudos no los pude evitar. Por ejemplo, cuando íbamos de paseo y se nos ocurría tomar unos helados o atiborrarnos de fruta, indefectiblemente Basilio había olvidado el portamonedas y yo tenía que sacar el mío; pero esas son minucias que ni siquiera deben mencionarse.

Y así se llegó el día del regreso, En el interior del ancho zaguán que hacía el papel de garaje, cargamos nuestros efectos en el auto. Ya respiraba yo ampliamente, libre al fin de toda sombra de inquietud. Ya nos disponíamos todos a ocupar nuestros asientos, cuando se presentó a la puerta de entrada, como cortándonos el paso, un individuo gigantesco, feo de cara, rojo de cutis, ralo de barba, cargando en el hombro un garrote más grande que el de Pepe el Tranquilo.

—¡Cómo es eso, don Basilio! —exclamó torciendo el gesto—. ¿Ya de regreso?

—Sí, don César, nos vamos —respondió el interpelado.

—¡Y sin despedirse de mí! —reprochó con sorna el de la cara fea.

—¡Cómo va a creer, don César! Ibamos a pasar en el auto a decirle adiós. Además, en cuanto lleguemos a casa le voy a escribir.

—Eso es lo que usted cree. ¡Falta que ver lo que dispongo yo! —dijo el don César.

Y me asestó ¡a mí! una mirada fulmínea.

—¡Pero, don César! —imploró Basilio.

—¡Qué don César ni qué don César! —vociferó el muy bestia—. ¿Sabe usted lo que hay? ¡Que de esta casa no sale una rata mientras no se me pague lo que se me debe!

Y dejó caer sobre las baldosas la punta del trinquete que andaba cargando, que sonó a culata de máuser.

—¡Pero esto es un verdadero secuestro! —observó Basilio con voz débil.

—¡Puede usted llamarlo como quiera! —bramó el caníbal lanzando en mi dirección un escupitazo nauseabundo, lo cual, como es bien sabido, equivale a arrojar un guante para los entes de su calaña.

¡El muy bruto! Yo hice como que no había visto nada.

—¿Y ahora qué hacemos? —me preguntó mi primo encaramando los hombros hasta las orejas y extendiendo lateralmente las manos abiertas con las palmas hacia arriba.

Le contesté por señas que no tenía la menor idea.

En tanto, el energúmeno había vuelto a izar su mástil y se estaba paseando de largo a largo sobre el umbral repitiendo a cada paso:

—¡Ni una rata! ¿Me han entendido? ¡Ni una rata!

No me cabe la menor duda de que lo de rata lo decía por mí, pues es a mí a quien dirigía la mirada proterva cada vez que mencionaba al animalito.

Muchas veces después me he preguntado si todo aquello no sería más que una comedia urdida por Basilio en complicidad con don César. Me hace pensar así un detalle observado entonces, al parecer insignificante: que detrás del de la cara fea y casi pisándole los talones, apareció el mayor de mis sobrinitos, cuya ausencia no había advertido; y que permanecía ahí afuera contemplando la dramática escena con envidiable tranquilidad. Con la misma tranquilidad con que la contemplaban los de adentro.

Estas apreciaciones, empero, no me fueron posibles sino después, contemplando los hechos a distancia y con todo sosiego; que por el momento no estaba mi espíritu para filigranas. Por el momento lo que privaba en mí era un miedo cerval. Estaba sudando helado y sentía que los huesos de la cabeza se me habían puesto frágiles como cascarones de huevo.

Los buenos propósitos de velar por mi hacienda, abrigados, alimentados y acariciados por una semana entera ¿qué se ficieron?

¡Sólo Dios lo sabe! Yo, lo único que sé es que, haciendo de tripas corazón, le pedí a don César el monto de la deuda, y que él accedió a dármelo; *tanto* por alquiler de casa; *tanto* por alimentación. Total, una suma exorbitante.

Saqué mi libreta de cheques y pagué sin chistar.

—Tan pronto como lleguemos allá te reembolso —me ofrecía mi primo a media voz.

¿Habré de consignar aquí que mintió como un bellaco?

Pues bien, sí. Así andan las cosas. Un año entero ha transcurrido ya, y hasta la fecha se ha olvidado de hacer honor a su palabra.

De tal modo lo ha olvidado, que viene ahora a invitarme por segunda vez. Y tengo para mí que tan grande ha sido su disgusto por mi negativa que este año no hará su temporada de costumbre.

¡Allá él!

Por mí, si en mí ha de consistir, no volverá a hacer otra por los siglos de los siglos. Amén.

LOS CAMINOS DE DIOS

SERIAN las once de la noche cuando Angel Bueno regresaba, encantado de la vida, haciendo proyectos de color de rosa. Temprano, había habido junta general de asociados y reparto de utilidades. Y, como últimamente los negocios habían marchado como sobre ruedas, llevaba los bolsillos repletos de billetes de banco.

Su trabajo era nocturno, por lo cual era raro que pudiera irse a la cama antes de las tres o cuatro de la mañana; pero ahora, por lo apuntado, bien podía permitirse el lujo de una noche casi completa de sueño. Y a eso iba.

Mas no contaba con que en una calleja oscura iba a dar con una casa en el fondo de un jardincillo, y que en la casa iba a haber una ventana abierta. Los moradores, evidentemente, andaban fuera, puesto que las persianas exteriores de la dicha ventana, movidas por el viento, se abrían y cerraban una y otra vez dando batacazos contra el muro.

Estuvo dudando por un momento entre si se ponía a

trabajar o se iba a dormir, como lo tenía pensado; pero después de una corta lucha, pudo más el amor al trabajo y se dispuso a poner manos a la obra inmediatamente. Lanzó miradas rápidas a uno y otro lado y aguzó el oído. Silencio profundo, quietud absoluta por todas partes. Nada que pudiera interrumpirlo.

Ni siquiera buscó la puerta. Apoyó la mano izquierda sobre el remate de la verja y saltó por encima con agilidad extraordinaria. Se encaminó con paso resuelto a la ventana. Previa una nueva ojeada circular, se alzó a puño hasta quedar montado en el alféizar y se deslizó al interior.

Se encontró envuelto en tinieblas. Cerró la ventana para no ser visto de la calle. Echó mano de su linterna eléctrica, y procedió al examen del campo de operaciones.

Era un cuarto pequeño. En el ángulo, a la derecha de la ventana, una cama de madera bastante ancha, ataviada con un cobertor raído. A los pies de la misma, una esterilla deshilachada, y sobre ésta, un par de babuchas contemporáneas de Santín, por lo menos. A continuación de la cama, contra la pared derecha, una mesa, ni grande ni chica, cubierta con una carpeta rota y que presumía de biblioteca y escritorio a la vez, a juzgar por lo que sobre ella se veía; una estantería de dos tramos de libros viejos y manoseados, más un frasco que parecía tintero por contener tinta hasta la mitad. En el ángulo siguiente, cortándolo en diagonal, una cortinilla de cretona sucia que ocultaba ropas de hombre y de mujer colgadas de la pared. En el fondo, haciendo frente a la ventana, una puerta cerrada con llave. Doblando el ángulo próximo, había otra puerta entornada, y después, un armario que, con toda seguridad, no guardaría los tesoros del Rey Midas. En el centro del cuarto, una mesa de

pino sin tapete, con media candela en un candelero de metal amarillo que brillaba de limpio. Había en fin, tres o cuatro sillas más o menos desvencijadas.

Angel Bueno que, dicho sea de paso, era todo un señor bandido de mandíbulas mussolinescas mal afeitadas, de camiseta de punto de media y gorra sobre la oreja, zapatudo, musculoso y siniestro, respiraba todo él indignación y desprecio por toda aquella miseria que lo rodeaba.

Lanzó un escupitajo desdeñoso sin reparar dónde caía, y ya intentaba inspeccionar otras dependencias de la casa pasando por la puerta entornada, cuando oyó que en la cerradura de la otra metían una llave.

Apenas tuvo tiempo de ocultarse tras la cortina de cretona y apagar la linterna. Se abrió la puerta y un paso fatigado, entró en la habitación.

Angel Bueno palpó maquinalmente sus armas: una cachiporra en la bolsa trasera del pantalón y un puñal enorme metido en el cinto. Siempre había sido enemigo jurado del revólver. Un puñal es más barato, mucho más discreto y muchísimo más seguro.

Habló una voz temblona de viejo al mismo tiempo que se oía un mover de fósforos dentro de su caja:

—Creí que había dejado abierta la ventana. ¿O es que la cerraste tú?

Contestó la voz de una mujer que sin ruido había entrado detrás:

—No. Yo no la cerré.

Ardió un fósforo con ligero chasquido, y con él en la diestra, avanzó hacia la vela, arrastrando los pies, un viejo setentón vestido de negro y aplicó la llama a la mecha.

—Debo de haberla cerrado yo... —dijo—. Tengo la cabeza perdida...

La mujer echó llave a la puerta y se acercó al viejo. Era una muchacha, ni bonita ni fea, vestida sencillamente, cuya flacura y pequeñez la harían parecer, seguramente, más joven de lo que era en realidad.

Su acompañante apagó el fósforo soplándolo, lo tiró a cualquier parte y se volvió hacia ella haciendo con ambas manos un ademán de resignación.

—¡Ya ves! —le dijo—. Era nuestra última esperanza...

—No, papá —contestó la muchacha avanzando un paso y mirándolo intensamente, con ternura y ansiedad—. No te desalientes. Todavía es tiempo de que ocurra algo. Ya verás. Dios se apiadará de nosotros.

El viejo se encogió de hombros.

—Mañana —dijo— es el vencimiento de la hipoteca. Ello significa que mañana caeremos en el último grado de la miseria. Porque Dios, infinitamente misericordioso, no se acordará de nosotros.

—¡No hables así, papá! —protestó la hija con vehemencia—. No hay que desesperar nunca ¡nunca! de la misericordia divina.

Angel Bueno, que era un facineroso de siete suelas; que rajaba en canal a un cristiano con el mismo talante que se abre un melón, se sentía vivamente interesado por la escena que presenciaba y no perdía palabra.

Continuaba el viejo:

—Y si al menos no te hubieras empeñado ahora en acompañarme...

—Papá, perdóname —suplicó ella con lágrimas en la voz—. No te quise dejar solo en ese trance.

El padre que se había sentado en una silla y tenía un codo apoyado sobre la mesa del centro, atrajo a su hija por una mano, la hizo inclinarse para besarla en la frente, y explicó:

—No es que te reproche, hija, pero fíjate: si te hubieras quedado en casa, dos cosas hubiéramos ganado: evitarte la humillación de la negativa, y disponer del dinero invertido en tu pasaje, para comer mañana.

—La humillación no me importa. Y yo te aseguro que mañana comeremos. No sé cómo, ni de dónde; pero comeremos.

Angel Bueno, que era un bribón de tomo y lomo tal vez sólo por la parte de afuera, sentía que el corazón se le estaba derritiendo de lástima. —¡Pobres diablos! —pensaba—. ¿Qué les pasará?

Con todo, las ganas de irse a dormir se le habían exacerbado, y aquellos dimes y diretes se le estaban haciendo largos. Si se prolongaran más de lo conveniente...

Y, sin propósito bien definido, se palpaba la cachiporra en la bolsa trasera del pantalón.

Por suerte, la chica pareció adivinarlo.

—Por ahora —dijo a su padre —es necesario que descanses; pero antes de que te acuestes, te voy a calentar la leche que no quisiste tomar esta mañana.

Fue a abrir el armario, que resultó ser un aparador honoris causa y sacó una taza y un jarro de loza que puso sobre la mesa.

—En un momentito enciendo el fuego —dijo.

—No, hija —protestó el viejo—. Tampoco ahora tengo apetito.

—Pero te la vas a tomar aunque sea a la fuerza, porque si te acuestas con el estómago vacío, no vas a poder dormir.

—¡Vaya! ¡Si me estoy cayendo de sueño! Me dormiré tan luego como ponga la cabeza en la almohada. Esa leche, guárdala para tu desayuno, tú que tienes que ir a trabajar.

—¡No, señor! Si no me quiere ver enojada, se la tomará usted.

—Bueno. Ya que te empeñas... pero no me la calientes. A mí me gusta la leche fría—. Tomó el jarro y se sirvió escurriendo hasta la última gota sin que la taza se llenara. —Ahora, vete a acostar.

La hija estaba dudosa.

—Pero... ¿te la tomarás?

Dijo él, casi con severidad:

—Hija mía! Cuando yo te ofrezco una cosa...

Convencida o no, fue ella al otro cuarto a traer una candela que encendió en la llama de la otra. Dio las buenas noches a su padre y se retiró definitivamente cerrando la puerta.

Pocos momentos después, el viejo volvió a echar la leche en el jarro, inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó inmóvil, pensativo.

Angel Bueno, con todo y ser un pillo de cabo a rabo, estaba derramando unos lagrimones como tapones de garrafa que le rebotaban en la barriga y se iban a estrellar —*¡plash, plash!*— contra los ladrillos. ¡Pero, Señor! —pensaba—. ¿Es posible que haya gente que pase por semejantes miserias, habiendo tanta casa qué limpiar, y un majadero a quien despanzurrar a la vuelta de cada esquina?

Pasó largo rato. El viejo no se movía. ¿Estaba dormido? Angel Bueno lo ignoraba; pero, ya fastidiado por el plantón, salió resueltamente de su escondite. ¡Peor para el muy imbécil si no dormía! En tal caso, lo procedente sería un puñetazo bien plantado en el ojo. Cierto que casi siempre la ceja se raja de punta a punta, y que la hemorragia es abundante; pero es efectivo. No se vuelve a la vida en media hora.

Acercóse a la mesa sin precaución alguna. El viejo no se movió. Respiraba acompasadamente.

Angel Bueno se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y extrajo un puñado de billetes de banco que colocó sobre la mesa. Luego, otro y otro, hasta dejarlo vacío, salvo la cachiporra. Hizo otro tanto con los bolsillos laterales. El todo, formaba ante el viejo un estrujado montón multicolor.

Angel Bueno se dirigió a la ventana, haciendo pucheros. A medio camino se detuvo, dudó un momento, regresó a la mesa, cogió un papelito de los marcados con un número cinco y se lo guardó. Se llegó después a examinar el pestillo de la ventana, que era una simple aldaba de las que giran sobre un tornillo en una de las hojas para caer enganchadas en una argolla de la opuesta. Hizo girar el gancho hacia arriba hasta dejarlo en equilibrio inestable, en posición vertical. Se plantó en el alféizar, por la parte de afuera y atrajo suavemente de las dos hojas hasta tenerlas bien ajustadas y las sacudió ligeramente. Repitió la maniobra dos o tres veces porque la aldaba se empeñaba en caer hacia atrás. Cuando acertó a hacerla quedar en su sitio, saltó a la arena del jardín y se alejó, diluyéndose en las sombras de la noche.

* * *

Al despertar el viejo por la mañana y ver aquel revuel-

lo montón de billetes, creyó estar soñando. Se restregó los ojos, se pellizcó las carnes y, como la visión no desapareciera, se levantó, súbito, de la silla haciéndola rodar, y retrocedió como si el mismísimo demonio estuviera enroscado sobre la mesa.

—¡Hija! —gritó—. ¿Qué es esto?

Había tal pánico en su voz, que la pobre chica acudió en volandas, despavorida, medio desnuda y no despierta del todo.

—¿Qué ocurre, papá?

—¡Mira, hija! ¿Qué es esto?

La muchacha tampoco podía dar crédito a sus ojos.

—¡Billetes! —dijo como soñando—. ¡Dinero!

—Sí, ya lo veo. Pero... ¿de dónde ha salido ese dinero?

Temblaba ella, poseída de una emoción incontenible. Movía los labios, abría la boca como queriendo hablar sin conseguirlo. Al fin logró articular una sola palabra:

—¡Milagro!

—¡Qué milagro ni qué... chorizos! Tú me vas a explicar...

Pero ella no le oía. Dueña otra vez de sí, llorando y riendo a la vez, puso ambas manos abiertas sobre su tesoro, y sin saber por qué ni para qué, lo fue aplastando cuanto pudo sobre la mesa, ante las miradas extraviadas de su padre.

* * *

Han pasado varios meses. La señorita —que hasta la fecha no sé cómo se llama—ha engordado y parece haber

crecido. La felicidad le rebosa por todos los poros. Está casi guapa.

Nadie la convence de que aquello no fue un milagro.

Pero el viejo —cuyo nombre también ignoro— es bastante tozudo y no apechuga con lo de la intervención divina. Para él, el hecho debe tener una explicación humana. La dificultad está en encontrarla...

Y, por más trabajo que le da al magín, no logra dar con ella.

Ni creo que lo conseguirá jamás.

EL HOMBRE DE LA CARTA FRANQUEADA

Llegó el tren a la estación de Yuluayquín arrastrando pesadamente su larga fila de carros, y se detuvo entre chorros de vapor y bulla de campanas. Tres o cuatro pasajeros bajaron sin apresurarse. Otros tantos, que habían esperado pacientemente charlando y fumando, subieron a los carros de segunda. En las ventanillas aparecieron las caras aburridas de algunos viajeros.

Y entre el modesto ajetreo de aquella estación de ínfimo orden, se vio atravesar un hombrecillo sin sombrero y en pechos de camisa, que venía de la calle trayendo en la mano una carta franqueada.

Era un pobre diablo de aire tímido, entre los cincuenta y los sesenta años, calvo, pálido, con un bigotillo entrecano recortado en forma de cepillo de dientes. Azorado como un conejo sorprendido lejos de su madriguera, se llegó a uno de los carros y dejó caer su carta en el buzón correspondiente, hecho lo cual se disponía a retirarse por donde había llegado.

Entonces oyó que alguien le llamaba a gritos:

—¡Benito!... ¡Eh, Benito!...

Se volvió hacia donde sonaba la voz y pudo ver que, sacando medio cuerpo afuera por una de las ventanillas de segunda, un pasajero regordete y de rostro ancho y plácido, como él en pechos de camisa y con las mangas arrolladas arriba de los codos, le estaba haciendo señas de que se acercara.

No lo reconoció de momento. Avanzó un corto trecho, indeciso, y de pronto lanzó una exclamación de sorpresa, corriendo con los brazos en alto hacia su amigo.

—¡Manuel, hombre! —dijo—, ¿Conque eres tú?

A través de la ventanilla, con muestras de gran contento, se estrecharon las manos una y otra vez, sacudiéndoselas llenos de entusiasmo.

—¡Caramba, Benito, tantos años sin verte! ¿Qué haces aquí?

—Aquí vivo desde que me casé. Tengo mi casa a dos pasos de la estación. ¿Y tú? ¿Qué es de tu vida? ¿Adónde vas?

—Voy a la capital. Pero sube un momento, hombre, mientras no sale el tren. No me voy sin darte un abrazo.

Si acaso el llamado Benito tuvo un momento de vacilación, fue cosa tan rápida, que nadie pudo advertirlo. Y a poco, en el interior del carro, ante las miradas indiferentes de los demás pasajeros, ambos amigos estaban hechos un nudo, confundidos en un abrazo con acompañamiento de sonoras palmadas en la espalda.

Acezando y sonriendo, se sentaron frente a frente y entablaron un fuego graneado de preguntas y respuestas por ambas partes, imposibles de transcribir por su rapidez

y desorden, como conviene para dos amigos que no se han visto en mucho tiempo y que procuran aprovechar de la mejor manera los pocos minutos de que disponen.

Hacían bien en apresurarse, pues muy pronto el silbato dio la señal de partida. Cambiaron las últimas palabras atropelladamente. Se dieron el postrer apretón de manos. Y ya empezaba a moverse el tren, cuando Benito se levantó de su asiento para ir a buscar la salida... con tan poca fortuna, que fue a dar con la frente contra la esquina de un fonógrafo que traía en el hombro un pasajero acabado de entrar. Le sonó la cabeza a calabaza huera, agitó los brazos en el aire tambaleándose, y habría caído al suelo como un costal de arena si su amigo, para impedirlo, no lo hubiera sostenido por debajo de los brazos, llevándolo a trompicones al mismo sitio que acababa de dejar.

El pobrecillo, pálido como un difunto, cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el hombro. Había perdido el conocimiento.

El Manuel sin duda lo creyó muerto y se puso a pedir auxilio a gritos, lanzando a todas partes miradas de angustia.

Se hizo en el carro un tumulto indescriptible. Con excepción del dueño del fonógrafo, que no volvió a aparecer ni vivo ni muerto por todo aquello, los viajeros, olvidando su modorra, rodearon al accidentado. Uno le desabotonó el cuello de la camisa. Otro, los pantalones. Lo sacudían por los hombros, le daban aire con periódicos, hablaban todos a la vez, sin conseguir que diera señales de vida. Por fin apareció, como de milagro, una botella de aguardiente. Abrieron la boca del cuasi cadáver con ayuda de un peine de aluminio que le metieron entre los dientes, y le hicieron tragar un buen chorro del maravilloso elíxir.

Sin esperar otro, lanzó un profundo suspiro, abrió los ojos y pronunció la frase sacramental que debe pronunciar al volver en sí todo desmayado que se estime.

—¿Dónde estoy?

Contestóle uno de tantos:

—En un carro del tren de Oriente, corriendo entre las estaciones de Yuluayquín y Porontique.

Tal revelación le hizo despabilarse por completo.

—¡Canastos! —dijo levantándose—. ¡Y yo no he pagado el pasaje!

Como intentara largarse, su amigo lo detuvo por un brazo.

—¿A dónde vas? —le preguntó.

¡Déjame! —contestó forcejando—. Te digo que ando sin tiquete. Me voy a bajar.

—¡Majadero! ¿Quieres matarte? ¿No sabes que vamos a ochenta kilómetros por hora, lo menos?

Benito se dejó caer de nuevo en el asiento, anonadado, extraviados los ojos, temblorosos los labios, sudorosa la frente, que empezaba a echar un chichón violáceo.

—¡A ochenta kilómetros por hora! —tartamudeó—. ¿Que hago yo ahora?

Y miraba a todas las caras con estupor, como pidiendo misericordia.

Los circunstantes no sabían explicarse por qué un incidente sin gravedad alguna le había producido tan honda pena.

—Hombre, Benito —dijo Manuel— no veo motivo para que te alteres de ese modo. El tiquete hasta Porontique, si no tienes dinero, te lo pagaré yo. Te daré también para que alquiles un auto, si no quieres esperar el tren de

regreso. Total, un paseíto forzoso en grata compañía, que no te caerá mal, salvo el chichón de la frente.

—¡A ochenta kilómetros por hora! —repetía Benito hecho un guiñapo, sin atender razones y sobándose maquinalmente la protuberancia mencionada—. ¡Y la señora que me espera!

—¿La señora? ¿Qué señora? —preguntó Manuel.

—La mía, hombre. ¡Mi mujer!

—Pues que espere ¡demonches! ¿Qué le va a pasar?

—A ella, nada; ¡pero a mí me va a armar la de San Quintín!

Estaba tan ridículo el infeliz con su miedo a la señora, que daba más risa que lástima, y cuantos presenciaban la escena, se reían más o menos disimuladamente.

Se adelantó uno de los pasajeros con la botella de marras en una mano y un vaso en la otra. Era un viejo calvo y gordo con barba de una semana, que llevaba los pantalones sujetos por el cinche a la altura de las ingles, sin duda para dejar en libertad de expansión la exuberancia abdominal. Se abrió paso a codazos, tomó asiento al lado de Manuel, frente a Benito, y ofreció a éste una dosis de elíxir bastante liberal. Le hizo ingerir casi a viva fuerza, y le preguntó:

—¿De modo, amigo mío, que usted permite a la señora armarle líos?

—¡A ver si sabe usted cómo se logra callar a una mujer, cuando se pone a gritar para que la servidumbre se entere de que hay bronca!

—Muy fácil —dijo el otro con sencillez—. Se le rompe un par de muelas o se le revienta un ojo de un moquete. Yo le garantizo que no lo vuelve a hacer.

—Eso no —intervino uno de los circunstantes—. Pegar a una mujer es una cobardía inexcusable.

Era un hombre ni joven ni viejo, moreno subido, de enormes bigotes negros, vestido de kaki, con sombrero tejano y sobrebotas, con revólver al cinto y canana repleta de cartuchos. Avanzó un paso con las manos en los bolsillos, miró en redondo con aire provocativo y repitió:

—¡Pegar a una mujer es cobardía!

—Según y conforme —concedió el preopinante.

—Siempre, en todo lugar y en todo tiempo— reiteró el del bigote.

—Sí, sí —corroboraba tímidamente Benito—. Si yo le pegara a mi señora, sería un cobarde.

—No, señores, no —insistía el gordo—. Están ustedes equivocados. Hay que hacer distingos. Vamos a ver: ¿por qué se considera cobardía pegar a una mujer?

—¡Toma! Porque es físicamente más débil que nosotros.

¡Eso es! ¡Muy bien dicho! —Clamaba Benito frotándose las manos.

¡Bueno! —prosiguió el gordo—. Y si la mujer, para atacar a su marido, recurre a armas que éste no puede usar porque irían en desdoro de su sexo ¿qué calificativo merece?

—¡Hombre! Eso es diferente.

—Es el mismo caso. Si la mujer arma a su marido un zipizape de gritos y ataques de nervios, a sabiendas de que él no podrá responderle en los mismos términos...

—Se equivoca usted —interrumpió el del bigote—. Un hombre puede gritar más que una mujer.

—De poder, puede, no digo yo que no; pero...

—No hay pero que valga. ¿Qué ella grita para que se enteren los criados? Pues que grite él, de manera que todo el barrio se entere.

—¡Lucido papel haría! —comentó el gordo.

Benito aprovechó un respiro para presentar a éste el vaso:

—¿Quiere hacerme el favor de servirme otro trago?

—De mil amores. Y su opinión, don Benito, como directamente interesado ¿cuál es?

Benito se echó al coleto el trago servido, se limpió la boca con el dorso de la mano, y respondió con aire de suficiencia:

—No niego yo que un hombre... eeee... en ciertas y determinadas circunstancias, se puede ver obligado a usar de ciertos y determinados... eeee... procedimientos drásticos; pero antes de llegar a tales extremos, ciertas y determinadas consideraciones... eeeee...

—¡Bien hablado! —dijo el del bigote—. Para el caso concreto que se discute, yo aconsejaría al señor que ensayara primero el procedimiento de los gritos que preconizo. Y solamente en la remota eventualidad de que le fallara, apelar a la reventadura del ojo.

—Estoy de acuerdo —dijo Benito con voz pastosa—. Es lo más justo y lo más equi... equitativo.

Se formaron dos bandos entre los presentes. Todos a un tiempo querían emitir su opinión, aduciendo cada cual sus razones.

El gordo, que seguía en sus trece, se encaró con sus oponentes:

—¡Les digo que es perder el tiempo!

—¡Nada se pierde con ensayar!

—¡No hay que abusar de la fu... fuerza bruta! —expresó Benito, magnánimo.

—¡No hay que abusar! —apoyólo el del bigote.

—Ahora, cuando yo entre a mi casa...

—Como medida preliminar —le apuntó su ocasional asesor— para preparar el terreno, dará usted un portazo tremendo.

—¡Claro que lo daré! Y, al no más verme, mi mujer me preguntará con gesto de vinagre: "¿Por qué vienes tan tarde?"

—Y usted le contestará con energía: "¡Vengo tarde, porque me da la gana!"

—¡Eso! —repitió Benito ahuecando la voz: —¡Vengo tarde porque me da la gana!

Abría desmesuradamente los ojos. Alargaba los labios en forma de trompa. Tenía una expresión verdaderamente terrorífica.

—Al mismo tiempo —agregaba el del bigote— tirará usted contra el suelo algo rompible, procurando que se haga mil pedazos y que meta mucho ruido. Es de gran efecto.

—¡Abajo el despotismo! —vociferaba Benito blandiendo el vaso como un tigre—. ¡Ahora mismo se acaba la ti... tiranía! ¡Mi mujer no sabe con quién se ha metido!

El entusiasmo de aquella víctima que se emancipaba, se propagó a los demás. Hubo batahola, patadas, gritos. "¡Abajo los tiranos!"... "¡viva la libertad!"

Así ingresó el tren a la estación de Porontique, entre la sorpresa de los viajeros que lo estaban esperando.

* * *

A bordo del automóvil que lo conducía de regreso a la

máxima velocidad, Benito iba poseído de una impaciencia frenética porque se llegara la hora de reivindicar sus derechos vilmente conculcados por una mujer. Se veía por anticipado en el momento crítico. Entraría gritando: "¡Yo vuelvo a mi casa a la hora que me da la gana! ¿Qué hay por eso?" Al mismo tiempo haría añicos un objeto cualquiera. Sería de gran efecto. ¿Qué podría romper, que no valiera mucho? De encontrar a la señora en el dormitorio, el camarín con Santa Rita pagaría el pato. En la sala, sería uno de los jarrones de loza. En la cocina, en el comedor, los cacharros no faltaban. Ya vería él.

—¡Más aprisa, más aprisa! —apremiaba al chofer.

A la entrada del pueblo, se detuvo en una cantina para tomarse el último trago.

* * *

Ya en su domicilio, dio el consabido portazo con furia tal, que hizo tambalear la casa entera, y corrió en busca de la señora ciego de ira.

La encontró en la sala leyendo un periódico. Y, cosa rara, no lo recibió con la pregunta que él esperaba. Se limitó a asestarle una mirada fulmínea.

Además, los jarrones de loza no aparecían en su lugar de costumbre. Aquel día había sido de limpieza, y andarían todavía por el corredor.

Estas dos circunstancias imprevistas lo desconcertaron por un momento. ¿Abortaría por falta de base su diabólico plan?

¡No! ¡De ninguna manera!

Su indecisión no había durado más allá de un décimo

de segundo. Sacó el pecho hacia adelante. Abrió los ojos cuanto pudo. Estiró los labios en forma de trompa, erizando agresivamente el bigote gris, y gritó con voz de trueno:

—¡Vuelvo a mi casa a la hora que se me antoja! ¿A ver qué pasa?

Se dirigió a una pared lateral, descolgó de un tirón un retrato de su suegra y lo estrelló con gran estrépito contra los ladrillos.

Parecía haber crecido un jeme. Estaba espantoso y magnífico.

* * *

¿Cómo terminó aquella escena tremenda? ¿Pudo Benito, o no pudo libertarse del yugo de su señora?

En caso afirmativo ¿tuvo o no tuvo que recurrir al medio infalible de entuertecer a aquella fiera?

Lo ignoro en absoluto. Cuantas indagaciones he emprendido para averiguarlo, han resultado infructuosas. Los datos que he logrado reunir aquí y allá, son imprecisos, confusos, contradictorios.

Hay, sin embargo, un hecho de autenticidad indiscutible, entre los que más luz parecen arrojar sobre la materia pero aun éste no me deja plenamente satisfecho, por no haberse llegado a establecer de manera inconcusa la identidad de los personajes.

Con todo, helo aquí:

Está fuera de duda que, unos cuatro meses después de los sucesos que acabo de relatar, en el momento de parar el tren en la estación de Yuluayquín, atravesó por ésta, viniendo de la calle, un hombrecillo en pechos de camisa, con una carta franqueada en la mano derecha. Luego que la

hubo depositado en el buzón de uno de los carros, se disponía a retirarse, cuando oyó que alguien lo llamaba por su nombre:

—¡Eh, Fulano, óyeme!

Desde una de las ventanillas de segunda clase, un pasajero, en camisa como él, y con las mangas arrolladas arriba de los codos, le hacía señas de que se acercara.

—¡Ven, hombre —le decía—. Te quiero dar un abrazo!

En los ojos del hombre de la carta brilló un relámpago de alegría; pero no acudió al reclamo de su amigo. Se limitó a hacerle un saludo amistoso con la mano, al tiempo que se disculpaba con insegura voz:

—Perdona chico. No me puedo demorar. Tengo a medias un quehacer urgente...

Y, sin más, se escabulló de la estación todo azorado, como un conejo que corre en busca de su madriguera...

HISTORIA DE UN CEDAZO

Recien doctorado un servidor de ustedes, me tuve que ir por espacio de dos meses, con una misión del Consejo Superior de Salubridad, a cierto pueblo de la Costa del Bálsamo.

Entre las muchas relaciones que hice entonces, recuerdo con particular agrado a don Catarino Gámez, el Alcalde.

Este buen señor, imbuido como estaba de la importancia de sus funciones edilicias, era, en su aspecto oficial, sencillamente inaguantable; pero, una vez fuera de la Casa Consistorial, su trato resultaba campechano y ameno.

Bajo y regordete, alrededor de los doce lustros, decidor y ocurrente, usaba de un lenguaje pintoresco y fácil dentro de su incorrección. Sabía las mil y una anécdotas, y siempre tenía alguna que traer a colación de cualquier incidente. Yo lo visitaba todas las tardes sin excepción, y me pasaba las horas muertas en sabroso palique con él, hasta que las estrellas comenzaban a apuntar en el cielo lechoso.

Cómodamente sentados en sendos taburetes de cuero,

hacíamos nuestra tertulia en el empedrado corredor de la casa, embarazado siempre de aperos de labranza y productos agrícolas.

Una tarde, en lo mejor de charlar, se nos acercó atravesando el patio, un rapaz de unos diez años, vestido a lo campesino, que había entrado por el portalón de la calle. Sin quitarse el sombrero ni saludar en forma alguna, dijo a don Catarino:

—Mi tía Pilar, que si tiene devanadera, que se la empreste un rato, por vida suya.

Don Catarino miró de pies a cabeza a su interlocutor y, con toda pachorra, sin quitarse el puro de la boca, le contestó:

—Decile a tu tía que, a menos de haber perdido el juicio yo, se quedará ella sin usar la más pequeña devanadera del mundo, si esa devanadera ha de salir de mi casa—. Y se volvió hacia mí para reanudar la interrumpida conversación.

El indiezuelo, que ya de por sí tenía una cara de bobo que daba lástima, abrió la boca en señal de no haber comprendido ni jota de tan alambicada respuesta. Se paró sobre un pie, luego sobre el otro, se rascó la barriga por debajo de la flotante falda de la camisa, y al fin pudo articular, balbuciente:

—Entonces... ¿qué le digo?

—No tenés más que repetirle, palabra por palabra, lo que te acabo de manifestar.

El muchacho, renunció a nuevos trámites y se largó sin despedirse.

La señora Engracia, esposa del Alcalde, pasaba por ahí a la sazón, y se detuvo, puesta en jarras, frente a su marido.

—¡Pero, hombre de Dios! —le dijo—. ¡Qué gana de quedar mal con la Pilar! ¿Por qué no le dijiste, no más que no tenés devanadera?

—Es para curarme en salud, mujer —contestó él—. Hoy es la devanadera, que por suerte no tengo. Mañana sería la romana, o el almirez, o una mancuerna de matates. Y muy bien sabés que, desde la aventura del cedazo, no presto una hilacha de nada, ni al Padre Santo que me la solicite.

—¡Ah, Catarino éste! —dijo la señora Engracia por todo comentario, y se alejó girando la cabeza para uno y otro lado.

Don Catarino se había quedado pensativo, contemplando la pestilente humareda de su puro barato. Yo veía venir la historia del cedazo, y callaba esperándola.

—Ha de estar usted, señor doctor —comenzó— que una vez necesité servirme de mi cedazo, y no lo encontré en su lugar de costumbre ni, después de minuciosa búsqueda, en toda la casa. Pregunté por él a todo el mundo, y nadie me supo dar el menor indicio de su paradero.

Eché tacos y maldiciones en profusión, pero el perdido no apareció. Y, urgido por la necesidad, recurrí a los buenos oficios del señor Agapito Sibrián, mi vecino de la derecha, quien, con la amabilidad que lo caracteriza, me proporcionó en calidad de prestado un hermoso cedazo... que resultó ser el mío propio.

—¡Tiene gracia!

—Sí, ¿eh? Pues a mí no me la hizo. Todo lo contrario: me acabó de poner de punta los nervios, ya bastante soliviantados. Claro que ni di las gracias a Sibrián, ni mucho menos le devolví el utensilio. Una vez utilizado, lo guardé,

y a otra cosa. Mas no se vaya a creer que mi vecino quedó conforme.

—¿Que no?

—Ni por pienso. No habían pasado tres días, cuando se plantificó en mi casa con aire solemne. "—Aquí vengo —me dijo— a ver si ya desocupó el cedazo". "—¿Cuál cedazo?" le pregunté haciéndome el sueco. "—El que le presté el otro día". "—¡Ah! —le respondí—. Si se refiere a ese, váyase convenciendo de que jamás lo volverá a ver en sus manos". "—¿Por qué?" "—Porque es mío". "—¿Suyo?" "—Mío, y muy mío". "—No puede ser". "—¿Por qué no?" "—Porque es de la señora Tránsito, la pastelera. Ella me lo ha prestado". "—Esa señora hace muy mal en andar disponiendo de lo ajeno. El cedazo no es de nadie, sino mío, y se lo voy a demostrar". Dicho eso, fui a traer el famoso chisme para mostrarle mis iniciales que tenía grabadas a punta de navaja. No quiso ni verlas. Así como tuvo el cedazo a su alcance, echó mano de él y comenzó a tirar con tanta fuerza, que se lo tuve que soltar para impedir que lo partiera en dos. Pero no era cosa de dejarle salirse con la suya. Le agarré por las faldas de la chaqueta y, mal de su grado, me hubo de acompañar donde la pastelera para ver de poner las cosas en su punto. Confirmó ella lo dicho por Sibrián; pero agregó que el cedazo no era suyo. Que a ella se lo había prestado otro Agapito, éste, de apellido Salgado, su vecino. Dejé en libertad al Agapito número uno, y me fui con la pastelera y el cedazo en busca del número dos. Resultó que a éste se lo había prestado una tal Pola Guardado. Y heme con el Salgado en casa de la Guardado. La Guardado juró y perjuró que el cedazo era del pirotécnico de la esquina.

—¡Cristo, qué enredo!

—Venían después en la serie, ño Policarpo Santana, la viuda de un alguacil... ¿para qué lo voy a cansar? Con lo que le llevo dicho, ya se habrá usted dado cuenta del mecanismo de tan burda maquinación.

—Ya, ya me hago cargo.

—Anduve de Ceca en Meca toda la mañana. A la hora de almuerzo me encontraba con un boticario y el cedazo en la casa del Cura.

—¡En la casa del Cura!

—Sí, señor doctor. ¡El Cura también estaba en el ajo!

—Hay que ver...

—Sí... y no hay que admirarse por nada. Al hablar de la hora del almuerzo, me refería a la mía, pues la del Cura ya había pasado, y el santo varón estaba durmiendo la siesta. Hubo que esperarlo. El boticario se me quería ir, con el pretexto de que tenía hambre. Yo estaba que echaba chispas. Antes me hubiera dejado desollar que soltarlo. Las dos de la tarde serían cuando se presentó el Cura, cegatón y encorvado, arrastrando los pies. Enterélo del motivo de nuestra visita. Con mucho tiento, como si temiera puyarse un ojo, se colocó en el entrecejo la punta del índice temblón, y quedóse largo rato pensativo, mirando ya las vigas, ya los ladrillos. Acabó por decir que no tenía la menor idea del negocio. Empezó a porfiar el bóticario con que era cierto, y que se acordara, y que lo uno, y que lo otro... Y el Cura, erre que erre, con que no era verdad, y que mal podría él haber prestado una cosa que en su vida había visto. Total, que aquí parecía romperse el ciclo. Yo los dejaba hacerse un lío y saboreaba de antemano mi venganza, fulminando al boticario con miradas oblicuas y sintiendo

que los puños se me cerraban solos. Mi carrera en pos del fugitivo cedazo, había iniciado poco después de desayunarme, y era ya tiempo de que terminara ¿verdad? Pues no, que todavía faltaba el rabo, y aun la rabadilla, por desollar. Harto de neciar y discutir, el Cura optó por llamar en su auxilio a su factótum doméstico, una fantasma no tan vieja como él, aunque sí, mucho más fea. Por ella se vino a saber que, en realidad, el Cura había prestado el cedazo al boticario. Hizo constar, otrosí, que, para hacer el favor, mandó en solicitud del chisme donde la mujer del sacristán. La misma deponente había hecho el mandado. ¡Y vuelta a empezar! El de los morteros y copas graduadas, quedó libre de largarse adonde mejor le plugiere, y yo me fui con la fantasma y el cedazo en busca de la mujer del sacristán. Mi cólera, como es de suponerse, iba en aumento. Casi rugía, casi bramaba. No me detenían ni la fatiga ni el hambre, antes bien, me afirmaban en mi propósito de no parar antes de haber desenredado el ovillo hasta el fin. ¡Y ay de aquel en cuyas manos encontrara la punta! Más o menos a las cuatro de la tarde, me encontraba nuevamente en casa de la pastelera.

—¿Otra vez?

—Sí, amigo mío, otra vez. Y, al verme, me preguntó con la mayor frescura: "—¿De modo que *también* éste es suyo?" "—¿Cómo, que *también* éste?" "—Sí, porque aquél me lo prestó mi compadre Agapito, y éste es de la señora Hilaria". "—¿Qué señora Hilaria?" "—La de la venta de ropa hecha en la plaza". "—Pues me hará el favor de venirse conmigo inmediatamente donde la señora Hilaria". "—Don Catarino, que estoy ocupada" "—No me importa". "—Que es la segunda vez que me saca usted hoy de

mi casa". "—Y la sacaré cien veces, si es preciso". Y en esta forma seguí, de Herodes a Pilatos, sin un momento de respiro, sintiéndome a punto de estallar como una bomba. Dadas ya las siete en la torre de la iglesia, iba a gran velocidad, con el cedazo en una mano y remolcando con la otra a un pintor de rótulos, en dirección a la casa de Margarito Naves. Ahora sí, llevaba la seguridad de estar tocando en el fondo del misterioso asunto, y ello, por dos razones: primero, porque, siguiendo una intrincadísima trayectoria, había visitado, en definitiva, todas o casi todas las casas del pueblo; y, segundo, porque Margarito, como usted sabe, es mi vecino de la izquierda, cuya vivienda tiene una pared común con la mía. Era para mí evidente que el muy ladrón, y no otro, se había apropiado de mi cedazo en un descuido, y lo había echado a rodar como suyo. Le encontré cenando. Creo que se atragantó al verme entrar como una tromba. "—Quiero que me expliqués —vociferé— cómo llegó a tus manos este cedazo—" Tomó el utensilio y lo examinó por todos lados con visible perplejidad. "—Hombre —me dijo—. ¡Pues si es tuyo! Me lo prestó tu mujer hará cosa de unos cinco o seis meses". De un empellón en el pecho, eché a rodar calle afuera al sobrino de Apeles, como para indicarle que se podía retirar. "—Esto —dije a Margarito— me lo vas a repetir delante de la Engracia". "—A la hora que querrás". "—Inmediatamente ¡qué demontres!" "—Vamos, hombre, no te sulfurés". Mi mujer nos recibió aparentando extrañeza por no haberme visto en todo el día. "—¿De dónde salís?" —me preguntó—. "Aquí te traigo a este tipo —le dije sin responder a su pregunta— para que lo desmintás en su cara". "—¿Desmentirlo por qué?" "—Porque dice que este cedazo se lo has prestado vos". "—¡Pues si es la pura verdad! Se lo presté, hace no sé cuanto tiempo"

"—¡Pero no es eso lo que me dijiste hoy en la mañana cuando te pregunté por él!" "—¡Hombre! ¿Qué querías que hiciera, si no me acordé? No es posible que uno se acuerde de todo lo que pasa".

Don Catarino hizo una pausa para encender el puro, que no humeaba desde hacía un buen rato.

Dijo terminada la operación:

—En un tris estuvo, señor doctor, que no me enviudeciera por mi propia mano ahí mismo, en presencia de Margarito. No sé cómo me pude contener. ¡Y dígame usted si no hubiera tenido razón!

Yo sentía que me retozaba la risa por todo el cuerpo. Pude, no obstante, componerme una cara de circunstancias y convine con mi excelente amigo en que, lo más indicado, en efecto, hubiera sido levantarle la tapa de los sesos de un leñazo a la señora Engracia.

Y me despedí de él sin pérdida de momento, porque no juzgué prudente soltar el trapo a reír en sus propias barbas.

UNA NOCHE DE INSOMNIO

No sé qué mal espíritu me llevó cierta noche a visitar a Juanita Cascanueces, muy antigua amiga mía que, con el dolor inherente a todas las confesiones, confiesa ocho bien contaditos lustros.

Después de los comentarios de rúbrica sobre el tiempo que hacía, vino a girar la conversación alrededor del tema obligado desde hace dos años.

Juanita es germanófila rematada; yo me muero por Francia e, interinamente, por todos sus aliados. Y entre si se rinde o no se rinde Verdún, a toda velocidad se nos echó encima la medianoche, hora en que juzgué prudente despedirme.

Como quiera que se habían cruzado entre nosotros palabras y miradas hostiles en el curso de la discusión, quiso mi buena amiga, que antes de partir, tomara con ella unos sorbos de café, en prueba de imperecedera amistad.

Yo le tengo al café un miedo cerval, pues han de saber

ustedes que cuando por desgracia lo llego a probar antes de acostarme, no logro dormir una gota en toda la noche.

Naturalmente, me negué en redondo a complacerla. Insistió ella. Me volví a negar. Llamó a la criada y le pidió lo necesario para preparar el maldito bebistrajo. Seguí yo protestando con toda mi alma, y hasta llegué a levantarme de la silla. ¡Que si quieres! Me agarró la porfiada por las faldas del saco y me obligó a sentarme de nuevo.

Esta porfía me recuerda lo que me sucedió una vez que...

Dispensen ustedes esta ligera digresión; pero viene tan al pelo, que no resisto al deseo de evocar el memorable lance.

Me afeitaba una vez en una barbería. El maestro peluquero, que ya había pasado una vez la navaja por sobre mi paciente cutis, me enjabonó de nuevo para *repasarme* y puso a calentar en un mechero de alcohol las tenacillas de rizar; viendo lo cual, le rendí mis agradecimientos y le hice saber que no acostumbro rizarme el bigote.

—¿Y por qué? —me preguntó del modo más indiscreto, con todo y que el asunto no le importaba ni poco ni mucho.

—Porque no me gusta —condescendí a explicarle—. Y además, no quiero correr el riesgo de una quemadura.

—¡Oh! Yo no he quemado nunca a nadie. Ya verá usted—. Y tomó la navaja.

Entre tanto, las tenacillas iban enrojeciendo.

Me repasó el valiente Fígaro, me echó crema y polvos, y por último se apoderó del temido instrumento.

—Vea, joven —le advertí—, será mejor que deje ese chisme en paz, porque no le va a servir para nada.

—¿Cómo, que no? ¡Si le voy a rizar el bigote!

Y probaba la temperatura del instrumento agarrando entre sus ramas un pedazo de papel estrujado. Se levantaba una columnilla de humo y el papel se retorcía achicharrado.

Yo comenzaba a perder la paciencia, y si no me escabullía, era porque me faltaba la loción en la cabeza.

—Le ruego que no me fastidie —le dije persuasivo—. Deje esa porquería y écheme perfume.

—Ya verá cómo no se fastidia —dijo—. Es cuestión de un momento.

Y seguía quemando papel.

Yo sentía un despeluzamiento por toda la columna vertebral, signo seguro de que con poco tendría para estar fuera de mí.

Cuando calculó el barbero que ya estaba a punto su aparato, intentó acercárseme. Yo alargué la pierna derecha y lo mantuve a distancia. El, con una perseverancia digna de mejor causa, describió un semicírculo para atacarme por el otro flanco.

Era mucho más de lo que yo necesitaba para perder los estribos. Sin proferir palabra, me alcé hecho un energúmeno, y le descargué tan tremendo puñetazo en la boca del estómago, que lo hice rodar por el suelo, llevándose de encuentro la silla inmediata, con parroquiano y todo.

Yo fui a parar... a la cárcel; pero no me rizaron el bigote.

¡Oh, si yo hubiera podido usar de los mismos procedimientos con Juanita Cascanueces! Pero mi interesante amiga es muy diferente de un barbero, y se salió con la suya.

—¡Juanita, Juanita! —exclamaba yo mientras ella pre-

paraba la infernal bebida—. No se tome la pena, porque no me lo bebo.

—¡Que no se lo bebe! Me enojaría...

—¡Así se enojaran las once mil vírgenes, no me lo bebería!

Juanita, por toda respuesta, me presentó una taza llena de café, y como yo me negara a cogerla, me la acercó a los labios con sus manitas regordetas. Apreté la boca con obstinación; mas ¡ay! mi amiga tiene recursos para todo. Me apretó blandamente las narices, sentí que me sofocaba, y hube de rendirme con armas y bagajes. El sacrificio fue consumado.

Salí de aquella casa echando pestes, y a la vuelta de la primera esquina me metí el dedo hasta la campanilla...

* * *

Ni por esas.

Estaba escrito que el señor Morfeo reñiría conmigo aquella noche.

Hay quienes no duerman por una deuda o por un panadizo. Yo soy menos exigente: yo me desvelo por una taza de café que me beba.

Todo aquel que haya pasado una noche de insomnio, sabrá de sobra los sufrimientos morales y materiales que tal cosa acarrea. Ese cambio de postura incesante; esos sudores que se vienen y se van; esos dolores en todos los huesos; ese vacío en el estómago; ese devanar de ideas sin motivo y sin causa; esas actitudes imposibles; esa colerilla que, al fin y al cabo, se llega a apoderar de nosotros, y los puñetazos en la almohada, y los saltos sobre la cama y fuera de ella...

todo eso está sobre toda ponderación. El que lo ha experimentado una vez, no lo olvida jamás.

De mí sé decirles que en mi vida he pasado una noche peor que la que me proporcionó Juanita Cascanueces, que Dios confunda. Empecé con una paciencia y una resignación ejemplares, guardando una misma postura hasta que me era materialmente imposible conservarla. Entonces adoptaba otra y me quedaba de nuevo quietecito, sin mover un dedo, y así sucesivamente. ¿Cuánto tiempo transcurrió? Lo ignoro. Es cierto que en mi vecindad hay un reloj público; pero nadie le hace caso, porque camina como le da la gana y da las campanadas que quiere a la hora que se le antoja. A veces camina para atrás; otras, las agujas se mueven en sentido encontrado; otras, da las horas por pares, o no las da, o da las veinte y cinco. Total, que nadie lo entiende.

Esto, naturalmente, constituyó un suplicio más para mí, porque el que no duerme es como el que va de camino, que se consuela sabiendo lo que ha recorrido y lo que le queda por recorrer.

Sin embargo, mi perseverancia por quedarme dormido, tal vez se hubiera visto premiada con el éxito a pesar del café de Juanita Cascanueces. Puede que no haya sido café auténtico. (¡Se falsifican tantas cosas hoy día!). Lo cierto es que comencé a sentir un cierto letargo de buen agüero. Ya me felicitaba por ello, cuando un *rac rac* de lo más inoportuno que he oído, me hizo despabilar de nuevo.

En mi cuarto vive una legión de ratones, y alguno de ellos, al parecer, había dispuesto trabajar de noche, sin ponerse a considerar que la noche se hizo para el descanso. Es de imaginarse la pena que me causaría el roedor con su desatinado propósito.

Lo menos una hora transcurrió sin que mi incómodo huésped diera trazas de terminar. Muy por el contrario. Parecía redoblar por momentos sus energías, y cada vez se hacía más intenso el monótono ruido. Sin duda estaba empeñado en perforar de parte a parte alguna gruesa tabla; pero yo no podía consentir semejante desaguisado, y me apercibí para poner pronto remedio. Levantéme a tientas y con el mayor cuidado, aunque no tanto que mi cama no traqueteara de una manera insólita, como si quisiera advertir a mi enemigo el peligro que corría su persona.

Efectivamente, suspendió su trabajo. Y yo, descalzo, al lado del catre, conteniendo hasta la respiración, separando los brazos del cuerpo para evitar todo rozamiento, esperé con paciencia benedictina que volviera a empezar, para orientarme.

Esperé no sé cuánto tiempo. Los brazos, agotados por la fatiga, cayeron inertes a lo largo de mi cuerpo; se me acalambraban las pantorrillas, y la frialdad de los ladrillos se me infiltraba hasta los huesos. ¡Catarro en perspectiva!

De pronto... *¡rac!* Pero tan discretamente, con tanta dulzura, que casi no se oía. Mas ¿en qué dirección? Parecía haber sido a mi izquierda. Alargué el cuello a babor y volví a esperar. ¡Sí, a la izquierda! Acababa de sonar otra vez. Adelanté hacia aquel lado un pie y una mano... con tan mal tino, que una silla rodó por el suelo produciendo un estrépito infernal. ¡Todo mi trabajo había sido en vano! ¿Esperaría de nuevo? De ninguna manera. Si con el ruido de la cama había callado el bandido por tanto tiempo ¿cómo no sería con aquel cataclismo? Lo mejor sería encender luz y buscarlo por todos los rincones hasta dar con él.

Pues manos a la obra. Dirigíme a tientas en la dirección

que suponía correcta para llegar a la silla en que estaba mi pantalón, en cuyo bolsillo habían quedado los fósforos. Sólo que, desorientado por completo, seguí el camino diametralmente opuesto, que me llevó derecho a estrellarme una espinilla contra el filo de mi cofre.

Dicen que no hay hal que por bien no venga. Y para el caso si bien es cierto que sentí resbalar mi sangre a lo largo de la pierna, también lo es que, sabiendo que estaba junto al cofre, pude reconstruir la exacta topografía de mi cuarto, y marchar sobre seguro hacia los codiciados fósforos.

Un nuevo desencanto me esperaba: mi humilde indumentaria, con todo y la silla en que la había dejado, había desaparecido sin dejar ni rastros.

Ante tan raro acontecimiento, quedé perplejo. Yo nunca he creído en espantos; pero en aquel momento, todo me pareció posible. ¿Qué otro camino quedaba a mi razón? Si no me hubiera estado cayendo de dolor y cansancio; si no hubiera estado ciego de cólera, tal vez hubiera recordado la silla que un momento antes había echado a rodar por el suelo: tal vez se me hubiera ocurrido que aquella silla y la que buscaba, eran una misma y única silla, tanto más, cuanto que en mi dormitorio no había otra.

Pero no estaba yo para esa índole de reflexiones. Lo que me interesaba era procurarme luz de cualquier modo.

En aquel momento se me ocurrió abrir la puerta de la calle. Y a la melancólica luz de las estrellas (¡gracias a Dios!) logré explicarme la inexplicable desaparición de mi ropa. Lo puse todo en su lugar y encendí la vela.

Inútil es decir que por más que removí mi mobiliario, me fue imposible dar con el ratón. Después de larguísima búsqueda, convencido de la inutilidad de mis pesquisas, re-

solví volverme a la cama, no sin haber antes dejado un pedazo de queso en la ratonera, que coloqué en lugar conveniente.

Por largo espacio de tiempo, el taimado no dio señales de vida. Tanto, tanto, que llegué a abrigar por un momento la descabellada idea de poder dormir un rato sin más tropiezo. Y para ayudar a la naturaleza, hube de poner en práctica una muy conocida receta contra el insomnio, consistente en contar con el pensamiento: uno, dos, tres, etc. En una cantidad fabulosa iba ya, cuando un *¡clac!* seco me hizo sobresaltar.

Di un salto de alegría y un alarido de triunfo. ¡El ratón había caído en la ratonera! ¡Era llegada la hora de mi venganza, y el roedor habría de pagar caras las suyas y las de Juanita Cascanueces!

Me levanté hecho un basilisco. De entre las armas (de madera pintada) de una vieja panoplia decorativa que había venido a mi casa huyendo de un embargo, tomé un hacha formidable y...

* * *

Sospecho que el lector no habrá creído un ápice de todo lo que atrás queda relatado. Tildará, cuando menos, de sospechoso el hecho de que una simple taza de café —a lo mejor, falsificado— haya sido la causante de tanta calamidad.

Mal hace, si tal piensa. La amena velada en casa de Juanita Cascanueces, es una verdad inconcusa. Mi muy estimada amiga no me dejaría mentir, y en la esquina más próxima a su casa dejé la prueba material, según pude comprobarlo aquel día, tan pronto como me vestí.

En cuanto a lo demás... habíamos quedado en que agarré un hacha. Y fue, precisamente, en el acto de enarbolarla para descargar el golpe tremendo...

Sí. Fue entonces, exactamente a las nueve de la mañana, cuando desperté.

En el minuto más intempestivo ¿no?

¡Con lo que me hubiera gustado reventar de un hachazo al condenado ratón!

EL ALBUR

Regresando a casa una tarde, hube de pasar frente a un individuo que apoyaba su escuálida humanidad contra un poste de alumbrado. Por lo sucio, andrajoso y peludo, y por lo rojo de la nariz, supuse sin temor a equivocarme que sería algún borracho empedernido; y por la mirada fija que me asestó, mientras me le iba acercando, consideré que el sablazo era inminente. En consecuencia, pasé a su lado haciendo como si no lo hubiera visto y afectando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Mi hombre intentó detenerme al paso.

—Señor —dijo— hágame un favor, por vida suya.

No di señales de haberlo oído y apreté el paso. El se vino detrás, me alcanzó y se puso a caminar a la par mía.

—Señor —repitió— hágame un servicio.

—¿Qué se le ofrece? —pregunté ásperamente, mirándolo con el rabo del ojo. Era un acompañante muy poco apetecible y moderé la marcha, dispuesto a quitármelo de

encima por cualquier medio. Por cualquier medio que no fuera aflojarle la mosca.

—Que me regale quince centavos para desayunarme.

—¿Desayunarse a las seis de la tarde?

—Sí, señor. No he comido en todo el día.

—Pero habrá bebido...

—Eso sí. En la pila del parque.

—¿Desde cuándo venden guaro en la pila del parque?

—Guaro no. Agua. El guaro no lo pruebo porque me descompone el estómago. Por Dios que el dinero que le pido, lo quiero para comer.

—Mal ojo ha tenido, amigo, porque yo, como usted, estoy en ayunas.

—Puede ser; pero yo no estoy dispéptico.

—Tampoco yo. Si no he comido en todo el día, es por la misma razón que usted: porque no tengo dinero. Ya ve que conmigo está perdiendo su tiempo.

En el rostro de mi interlocutor no se pintó la expresión de incredulidad que yo esperaba, ni otra alguna distinta. Permaneció impasible.

A mí, como podía habérseme antojado darle un cachete, me estaban entrando deseos de reírme un poco de él.

—Además —agregué— mi situación es mucho más aflictiva que la suya. Porque usted tal vez no tenga familia.

—Ni para remedio. Soy solo en el mundo.

—¡Ya ve! Y si tuviera en casa —como yo— una mujer y diecisiete chicos entre los dos y dieciséis años, gritando al unísono por un pedazo de pan ¿qué haría?

—Probablemente lo mismo que usted: no asomar por allá ni a tres tirones.

Tampoco entonces el fulano dejó traslucir el menor

sentimiento de compasión que daba yo por seguro. ¿Es que no me creía? ¿O tendría un alma de cántaro en la cual no hacían mella las emociones?

Yo no sabía qué pensar. Era un pequeño problema psicológico que podía interesarme, y decidí llegar hasta el fondo.

A la sazón pasábamos frente a una iglesia cuyo barandal ofrecía un cimiento muy a propósito para sentarse. Y, como no me halagaba en manera alguna seguir adelante en semejante compañía, me senté, si bien me las compuse de modo que pareciera que lo hacía abrumado por el peso tremendo de mi tragedia.

El tío se acomodó a mi lado sin ceremonias.

—¡Y si eso fuera todo! —continué.

—¿Hay más? —preguntó con la entonación de quien pregunta por una catástrofe tan lejana como el diluvio universal.

—¡Hay más! ¡Mucho más! ¡Mi hermano!...

—¿Qué pasa con su hermano?

—Mañana lo ahorcan en... (aquí pronuncié el nombre de un pueblo cualquiera del departamento de San Vicente).

—Algo habrá hecho...

—Nada en absoluto. Se trata de una equivocación, de un error judicial. ¿Comprende?

—¿Cómo así?

—Extraño que no lo sepa. Todos los periódicos han consignado los hechos.

—No me he dado cuenta. No leo periódicos.

—Es el caso que cierto día amanecieron descuartizados en sus respectivos lechos los tres personajes más conspicuos

del lugar: el cura, el alcalde y el boticario. El asesino, una vez perpretado su delito, metió el machete manchado de sangre, por debajo de la puerta de mi hermano. Hay otras evidencias que parecen condenarlo, y por eso lo ahorcan.

—Y yo que creía que aquí, a los criminales, se les fusilaba...

—Y así es, a menos de tratarse de un infeliz de tan poca significación como mi hermano, por quien no vale la pena de que se malgasten cuatro tristes cartuchos. Una cuerda puede servir para muchas cosas luego de descolgar a un ajusticiado. ¿No es así?

—¡Bien pensado!

—Ahora, figúrese usted mi situación. Mi triste hermano (¡tan bueno que era!) morirá mañana a manos del verdugo ¡y yo imposibilitado de estar con él en sus últimos minutos por no tener con qué pagar un asiento de camioneta!

—Yo que usted me iba a pie. Caminando toda la noche, llegaría a tiempo.

—¡Cómo no! ¿Ve usted el pie?

—¿Cuál pie?

—Este mío. Mi pie derecho.

—Sí, lo veo.

—Pues no me sirve para nada. Parece un pie como todos; pero no se fíe. Sufre de reumatismo y no me permitiría ir más allá de Soyapango.

Yo estaba al atisbo para sorprender en las facciones del hombre la primera vislumbre de conmiseración por suerte tan perra como la mía; pero, a decir verdad, más afectado que él estaba yo.

Sin embargo...

Después de un momento de silencio, mi interlocutor, sin ningún entusiasmo, dijo:

—Estoy espeluznado.

—Pero no lo parece —comenté.

—Pues es la pura verdad —arguyó. Y para probárselo, le voy a hacer una confesión.

Echela afuera.

—Todo cuanto le dije hace un momento es mentira.

—Ya lo sabía yo.

—No es cierto que esté en ayunas. He comido en los tres tiempos en forma bastante aceptable. Y, además, tengo dinero. Vea.

Sacó un pañuelo mugriento que tenía un nudo muy gordo en una de las puntas. Lo desató y me mostró su contenido: un montoncillo de monedas de níquel de uno, tres y cinco centavos. Apartó cuatro de las de a cinco y las depositó entre ambos, sobre nuestro asiento. Rehizo el nudo con las restantes y se guardó el pañuelo.

Yo no sabía adónde quería ir a parar aquel individuo. Eso sí: su cinismo me tenía indignado, y se me iban las manos para agarrarlo de las greñas y sacudirle un par de puntapiés en salva sea la parte.

—Como usted ve —continuó— no es mucho lo que poseo, y me sería imposible costearle su pasaje en camioneta para ir a ver a su hermano. Pero al menos —añadió poniéndose en pie y señalando los veinte centavos— le podrá enviar un telegrama de pésame. Será un pésame prematuro, no lo niego; pero, francamente, no veo otra forma... ¡Buenas noches, señor!

Dijo, saludó respetuosamente con el sombrero y se alejó en la penumbra crepuscular.

Yo quedé boquiabierto.

¡Es decir que, después de todo, se había tragado mis absurdas patrañas! ¡Jamás hubiera sospechado tener tan notables dotes histriónicas!

Si me hubieran contado el lance, me hubiera negado a creerlo. Y sin embargo, ahí estaba la prueba inconcusa de su autenticidad: los veinte centavos que aquel mísero me había dejado para que me despidiera telegráficamente de un mítico hermano condenado a la horca.

¡Era un despojo inicuo! ¡Un indigno atraco! Mi honradez se sublevaba ante la mera idea de quedarme con el haber de aquel infeliz. Tomé las monedas y corrí en su seguimiento.

Pero no di con él. Había desaparecido como por arte de birlibirloque.

* * *

Pasaron varias semanas.

Aquellas cuatro monedas de níquel pesaban como cuatro quintales sobre mi conciencia y estaba ansioso por encontrar a su dueño para devolvérselas con liberales intereses.

Por fin, una tarde, a la misma hora que la primera vez, con el mismo indumento y apoyado sobre el mismo poste, lo encontré.

Me asestó desde lejos la misma mirada premonitoria del sablazo; mas cuando me le hube acercado lo bastante para que me reconociera desvió los ojos y simuló no haber reparado en mí.

—¡Hola, amigo! —lo saludé parándome frente a él—. ¡Lo he buscado como aguja todos estos días!

—¿A mí? —preguntó como a regañadientes, siempre esquivando la mirada—. ¿Para qué?

—Para hacerle una confesión en reciprocidad a la que usted me hizo la otra vez que estuvimos juntos. Lo hubiera hecho entonces; pero usted se retiró sin darme tiempo.

—¡Oh, señor, lo siento mucho!

—Figúrese que aquel día le endilgué una sarta de mentiras. Y usted, movido por su buen corazón, y creyendo verdad cuanto se me antojó inventar con el único propósito de hacerle una broma, me obsequió veinte centavos. ¿Recuerda?

—Sí, señor.

—Pues bien: si me quedara con su dinero, me haría reo de estafa, y lo he andado buscando para restituírselo. Aquí lo tiene usted con sus correspondientes intereses.

Y le ofrecí un billete de a cinco.

Lo tomó sin apresurarse dándome las gracias.

Ahora —concluí al despedirme— ya podré dormir con la conciencia tranquila. ¡Quede usted con Dios!

—Un momento, por favor —me atajó.

—¿Qué más se le ofrece?

—Ya que estamos jugando a decir la verdad...

—¿Jugando? —interrumpí.

—Ya que nos hemos propuesto decir la verdad —corrigió— le diré una cosa.

—¿Una nueva confesión?

—Que espero sea la última.

—¡A ver! ¡Desembuche!

—Señor: de toda aquella historia de los diecisiete muchachitos y de los tres descuartizados y de todo lo demás, no le creí media palabra.

—¡Que no! ¿Y entonces, los veinte centavos?

—¡Ah! Los veinte centavos fueron un albur que jugué en busca de que ocurriera... poco más o menos, lo que acaba de ocurrir. ¡Buenas noches, señor!

Se guardó mi billete en un bolsillo del pantalón, saludó respetuosamente con el sombrero...

Cuando me rehice de mi estupor y pensé agarrarlo por las greñas piojosas para darle un correctivo ejemplar, había desaparecido de mi vista.

Y hasta la fecha, por fortuna suya, no lo he vuelto a ver.

LA CUARTA DIMENSION

RAIMUNDO LUNA, alias Lulio para sus amigos, era hombre que había leído mucho y que gozaba, además, de una memoria privilegiada, circunstancias ambas que lo capacitaban para hablar en un momento dado, sobre todos los temas posibles, y aun sobre más de alguno imposible, creo yo.

Su enciclopédica sabiduría me causaba sincera admiración, si bien confieso que, mayor que mi admiración, era mi despecho por no poderlo coger en falta sobre materia alguna, por más que rebuscaba los asuntos de propósito con tal fin.

Una vez eché mano a la Teoría de la Relatividad, que acababa de aparecer. Un amigo mío, jesuita por más señas, me prestó cierta obra de divulgación sobre Einstein, escrita por un tal Nordman. Me la leí de cabo a rabo, y aunque no entendí casi nada, me creí —gracias a lo novedoso del asunto— en condiciones de sorprender a Lulio.

Atiborrado de confusas ideas, la primera vez que tuve

oportunidad de conversar con mi amigo, llevé arteramente la charla adonde yo quería, y me puse a desbarrar a troche y moche.

El silencio con que Lulio me escuchaba me dio alas y seguí ensartando disparate tras disparate por más de un cuarto de hora, para terminar con esta sentencia de una pedantería inaguantable:

—Acostumbrados como estamos a la simplista concepción newtoniana del universo, todo esto nos parece asaz complicado y abstruso. Sin embargo, la verdad está ahí. Esperemos que, a la luz de nuevos estudios, lo que ahora se nos antoja incomprensible en la Teoría del ilustre judío, como decir el "espacio curvo" o la "cuarta dimensión", aparezcan como meras hipótesis de trabajo.

Después de esta andanada, Lulio quedó como absorto, con la mirada perdida en el vacío. Ya me regodeaba con lo que presumía ser una evidente victoria, cuando sentí que mi entusiasmo se apagaba como por obra de un baño frío, oyéndole pronunciar las siguientes palabras con naturalísima entonación:

—Estás equivocado. Por lo menos, en lo tocante a la cuarta dimensión, estás equivocado.

¡Demonio de hombre!

—¿Qué quieres decir? —le pregunté con despecho.

—Nada más que esto: la cuarta dimensión no es una hipótesis de trabajo, sino una verdad inconcusa.

—Quisiera saber cómo lo averiguaste —repliqué con risa de conejo.

—Lo sé —me explicó— porque yo he estado ahí.

—¿Dónde ahí?

En la cuarta dimensión.

Aquello sobrepasaba toda medida.

¡Hombre! —protesté—. ¡Tienes una frescura!...

—Juzga por ti mismo —contestó sin inmutarse.

Y me contó lo que sigue:

* * *

—Salí una tarde de mi finca con dirección al pueblo en compañía de Crispín, el mandador. Ambos íbamos a caballo.

A poca distancia, el mío se puso a andar en tres patas llevando en el aire una de las delanteras. Desmonté inmediatamente para examinarlo y descubrí que el pobre animal se había hecho una honda herida en el "candado", probablemente con algún casco de botella.

No había más remedio que sustituirlo. Ordené a Crispín que regresara a la finca a traerme nueva cabalgadura y yo desensillé al herido dejándolo en libertad para que buscara la cuadra por sí mismo.

No sé lo que aconteció después. Una laguna en mi memoria me impide puntualizar por qué circunstancias, cuando recobré la conciencia, me encontraba en un lugar que me era del todo desconocido. Estaba acostado en una cama muy ancha, en una habitación de medianas dimensiones que no te describiré en obsequio a la brevedad. Sólo he de decirte que la sala era muy clara, de paredes encaladas; que los muebles oscuros eran de factura antigua; que todo aparecía muy limpio y ordenado y que, de espaldas a mí, acondicionando ropa blanca en un armario, había una mujer.

Pasada mi primera sorpresa me senté en la cama con gran dificultad, pues estaba sumamente débil. Al ruido que

hice, la mujer se volvió rápidamente y vino hacia mí llena de solicitud.

—¿Qué me ha pasado? —balbucé.

Ella se llevó un dedo a los labios imponiéndome silencio. Apoyando con suavidad las manos sobre mis hombros, me hizo acostar de nuevo y me arregló las almohadas y la ropa de cama.

—Quietecito —dijo—, el doctor no quiere que se mueva.

—Pero... —insistí— ¿qué casa es ésta y qué me ha pasado?

—Ya se lo voy a decir —respondió—. No se inquiete.

Salió de la habitación y volvió a entrar un momento después. Tras ella apareció y desapareció por la entreabertura de la puerta una cabeza de pelo y barba grises. La mujer acercó una silla a la cabecera de mi cama y tomó asiento ocupándose en una labor de costura.

Y me hizo saber que estaba en la casa de la finca de don Fernando Fernández; que tres días antes me habían encontrado sin conocimiento en las inmediaciones y que ella era hija de don Fernando y se llamaba Isabel.

Por inexplicable sino hube de permanecer en aquella casa no sé cuántos días. Presumo que no sería menos de tres semanas.

Y, sin entrar en pormenores que no vienen al caso, te diré que poco a poco fui conociendo otros personajes, como decir don Fernando, cuya era la cabeza que vislumbré el primer día; Matea, la cocinera; alguno que otro peón que eventualmente llegaban de vez en cuando, y el doctor, por último, sesentón, tipo genuino del médico rural, ataviado

con levita y sobrebotas. Nunca supe su nombre; ni él, a lo que entiendo, acertó jamás con mi diagnóstico.

Sólo de Isabel te debo hablar, por fuerza, con algún detalle.

Isabel no me hizo ninguna impresión a primera vista fuera de haber notado ya, desde entonces, la inimitable gracia de sus movimientos y actitudes, la natural elegancia de su paso, que le daban prestancias de reina. Después, con el espíritu menos trastornado, fui poco a poco descubriendo y apreciando cada una de sus perfecciones: el óvalo delicado del rostro, la tersura nacarada de la piel morena; el brillo de los ojos, tan apacible, que me hacía evocar la serenidad del agua en las albercas; los negros cabellos, cortos y sin bucles, que se movían recogiendo el armonioso ritmo del taconeo; la boca, de dibujo perfecto, que no sonreía jamás. Aquella boca, sobre todo, me obsesionaba. Y aquella sonrisa ausente me hacía soñar, tratando de figurarme cómo sería de linda Isabel en el momento de sonreír.

Y como si todo su encanto físico fuera poco, Isabel tenía algo más para subyugarme, sin pretenderlo: su absoluta falta de coquetería, arma tan común y corriente entre las mujeres, que parece constituir la esencia de su naturaleza.

Hubiera sido mejor para mí descubrir en ella algún ligero indicio de que buscaba captarse mi voluntad. Yo te aseguro que entonces no hubiera llegado a pertenecerle tan sin reservas.

Porque la verdad desnuda es esa. Tú ya lo has comprendido sin esperar a que yo te lo confiese. Viéndola tan de cerca y descubriendo en ella cada vez nuevos atractivos, era fatal que la amara.

De todas las personas de la casa, a ella, que se había constituido en mi enfermera, es a quien más veía. Mientras no estuve en condiciones de abandonar la cama, tomó como obligación distraer mis horas de forzosa inactividad leyéndome algo a ratos en voz alta. Cuidado inútil, pues, para tenerme embrujado, bastaba con su adorable presencia. Y, de hecho, nunca paré mientes en lo que leía, ocupado como estaba en contemplarla a mi sabor.

Tan pronto como lo consintió mi estado conocí las otras dependencias de la casa, edificio pequeño y macizo de estilo español que tenía a todo lo largo del frente un amplio portal embaldosado, circuido por una balaustrada de madera que en la parte media descendía a un dilatado jardín, por ambos lados de una escalinata de cinco o seis peldaños de piedra. En tal galería y en tal jardín, en sabrosísimas pláticas con mi gentil enfermera, pasé las horas más felices de mi vida.

Que ella supo de mi adoración, no me cabe la menor duda; pero no fue porque yo se la revelara, ya que la altivez de su parte —que, en realidad, era sólo aparente— me cohibía como a un mocoso de quinto grado. Mi confesión se la haría después, cuando frecuentara su casa como visitante, y entonces... ¿quién sabe?

Mi convalecencia, pese a todo lo que hice para prolongarla engañosamente, llegó a su fin. No había ya ningún pretexto decoroso para permanecer en la casa y tuve que pensar en la partida.

La víspera del día señalado estaba yo en mi dormitorio tratando de leer algún libro de la exigua biblioteca de don Fernando; pero la ansiedad que me producía el hecho de no haber visto a Isabel en mucho rato no me permitía entender las palabras del texto. Convencido de la inutilidad de mi empeño cerré el libro y salí.

Desde el corredor embaldosado pude verla en el jardín, armada de unas podaderas y una canastilla de mimbres, cortando flores. Para defenderse del sol llevaba un sombrero de paja de anchas alas y unos anteojos oscuros.

De codos en la balaustrada me puse a contemplarla embebecido hasta que, habiendo levantado la vista por casualidad, me vio y me hizo un signo amistoso con la mano.

—Está usted cometiendo una iniquidad —le dije alzando la voz.

—¡Oh! hay tantas —replicó— que con facilidad se me puede perdonar.

—No lo decía por las flores...

—¿Por qué, entonces?

—Porque está ocultando sus ojos con esas horribles antiparras.

Jamás me había aventurado a dirigirle un requiebro. ¿Cómo recibiría aquél?

Lo recibió con una sonrisa. Trata de figurarte mi embeleso, si puedes. ¡Su primera sonrisa! ¡La sonrisa que había esperado tanto! Y aun entonces no hice sino entreverla porque ella, para hurtármela, se volvió presto, simulando estar muy interesada en cortar una vara de gladiolos.

Cuando de nuevo me miró de frente, la luz de la sonrisa se había extinguido; pero aún estaba iluminada su faz por un postrero y casi invisible fulgor.

Bajé los escalones de piedra y me le acerqué, envalentonado.

—¿Pudiera yo remediar el entuerto? —supliqué ade-

lantando las manos, en ademán de quitarle los anteojos, puesto que ella tenía las dos suyas ocupadas.

Me ofreció la cabeza inclinada en señal de asentimiento y yo, con suma delicadeza, los desprendí de las sonrosadas orejas medio escondidas entre los sedosos cabellos sin bucles y me los guardé en un bolsillo con intención de devolvérselos más tarde. Eran unos anteojos de armadura negra y cristales cobalto oscuro.

En aquel preciso momento me despertó la voz de Crispín, mi mandador:

—Ya está ensillada la bestia, patrón. Si quiere nos vamos para que no nos agarre la noche.

Yo estaba tendido en el suelo. Me senté maquinalmente y me puse a mirar a Crispín con ojos extraviados sin comprender por qué me encontraba allí, a la vera del camino, dormido sobre un lecho de césped. Hube de hacer un gran esfuerzo de memoria para recordar el caballo herido de la pata y el regreso del mandador para traer otro. Consulté la hora y comprobé que Crispín había hecho el mandado en el tiempo justo.

—¡Regresaste demasiado pronto! —dije.

Vi en su rostro traslucirse la sorpresa por el tono de violento reproche con que hice la observación. Cabalgué anonadado por honda tristeza y al paso reanudé la interrumpida jornada.

* * *

Raimundo Lulio hizo una pausa en su relato, pausa que aproveché para decirle que no alcanzaba la relación que podía haber entre su lindo sueño y la cuarta dimensión.

—Yo también, como tú ahora —dijo—, creí en un principio que no había sido más que un sueño. Durante las tres horas que invertí en llegar al pueblo fui creyendo lo mismo, aunque no sin admirarme porque hubiera sido un sueño tan circunstanciado que incluyera incidentes de una minucia inconcebible, como por ejemplo las moscas golpeándose contra los vidrios de las ventanas o los ladridos de los perros en la lejanía. Los sueños, generalmente, no son así; pero no había razón para suponer que se tratara de cosa distinta.

Pues has de estar en que esa misma noche, ya en casa, buscando no sé qué en mis bolsillos, di en uno de ellos con algo que estuvo a punto de hacerme perder la cabeza: unos anteojos de armadura negra y cristales cobalto oscuro. ¡Los mismos de que yo había despojado a Isabel en el jardín durante mi pretendido sueño!

—¡Bah! —exclamé—. Esos anteojos tienen que haber estado desde mucho antes en tu bolsillo. Soñaste con ellos precisamente porque ya los conocías.

—Eso es lo primero que se ocurre pensar y esa fue mi primera sospecha; mas lo cierto es que ni en casa ni en la finca había quien antes los hubiera visto. Concurre, además, un detalle que recuerdo con toda lucidez: en la finca aquella tarde, ya a caballo para salir, hice que me trajeran unos pañuelos que había olvidado sobre un escritorio y me los guardé en el bolsillo donde aparecieron después los anteojos. Si éstos hubieran estado entonces ahí, hubieran quedado *debajo* de los pañuelos y no *encima* como en realidad los encontré. Este sencillo hecho eliminó totalmente mis dudas.

Así, pues, toda aquella desconcertante ave[illegible]

parecía un sueño, resultaba ser un hecho de innegable realidad. No había otra alternativa. Convencido de ello, me devanaba los sesos cavilando cómo podía ser que mis tres semanas redondas en la finca de don Fernando, había llegado a caber dentro de los veinte o treinta minutos que invirtió Crispín en ir a la finca y regresar. Aunque, en resumidas cuentas, semejante incongruencia, intrigante y todo lo que tú quieras, sólo tenía una importancia muy secundaria, y su explicación vendría después, o no vendría nunca. ¿Qué más daba? Lo esencial era llegar de nuevo a Isabel, es decir, dar con la finca de su padre.

Y me puse a buscarla. ¡En vano querrás hacerte una idea de cómo la busqué! Dividí en cierto número de zonas las partes de la región que no conocía y me puse a recorrerlas una por una. Llegado a la última procedí a la demarcación de nuevas zonas en la periferia de lo ya explorado. Y después otras más lejanas, y otras todavía, sin descansar un momento, acicateado por el ansia inextinguible de llegar a Isabel, mi armoniosa reina de cabellos lacios.

Todo fue inútil amigo mío. En parte alguna se encontraba la más pequeña finca perteneciente a nadie que se llamara Fernando Fernández con una hija Isabel.

Tuve que desistir de mis pesquisas; pero no de darle vueltas en el magín a mi increíble aventura hasta el grado que sentía volverme loco.

Y loco de atar habría acabado si no hubiera sido por la novedad del día. Por entonces se empezó a hablar de la Teoría de la Relatividad. Llevado por mi costumbre de lector impenitente, me puse a leer cuanto cayó en mis manos sobre el tema.

Y entonces el hito se iluminó con claridad meridiana:

Isabel y su papá, la finca de su papá y todo lo demás que conocí, estaban —y todavía estarán, supongo— en la cuarta dimensión. ¡Y yo mismo había estado ahí por una temporada!

* * *

Calló Lulio en espera de algún comentario mío. En vista de que no abría el pico, acabó por preguntar:

—¿Qué te parece a ti?

Tardé más de un minuto en responder. No me pasaba el despecho de no haber podido sorprenderlo ni aun echando mano del mismísimo Einstein, y en justo desahogo, le dije al cabo:

—Lo que a mí me parece es que eres un tío majadero.

—¿Por qué lo dices?

—¡Hombre! porque habiendo aquí en nuestro mundo tangible cada pollita primaveral como para chuparse los dedos, sales con la necedad de írtela a buscar a la cuarta dimensión. Y con la agravante —añadí testarudo— de que a lo mejor va a resultar que la cuarta dimensión no pasa de ser una hipótesis de trabajo.

Una sola palabra no replicó mi pobre amigo. Mi razonamiento no le dejó resquicio aprovechable.

En cuanto a la expresión de su rostro, me abstengo de describirla por lo que de ofensivo tenía para mí.

HATAJO DE MULOS

El profesor Reineras se levantó aquel día con un humor de todos los diablos.

Se le conocía en el gesto cuando se sentó a la mesa para tomar su modestísimo desayuno.

¿Estaba enfermo? ¿Había sufrido alguna pérdida material? ¿Había recibido algún golpe de la suerte, alguno de esos fracasos irreparables, tan sensibles para los viejos que se sienten ya sin fuerzas para la lucha?

Nada de eso. Era que, una semana antes, lo habían nombrado profesor de Química en el Instituto Agronómico; y que, tres días después, tendría que ir a asumir su cargo.

El Instituto Agronómico estaba ubicado en plena campiña, a quince o veinte kilómetros del domicilio del profesor. Era un establecimiento modelo. Alrededor de los grandes edificios centrales —oficinas, laboratorios, aulas— se desperdigaban, rodeados de jardines, como jugando al escondite entre las flores, los primorosos chalets que habitaban con sus familias los profesores de las distintas asignaturas. La más

chica de aquellas viviendas, pero la más linda, sin duda, era la que había ocupado el profesor saliente, y que por derecho correspondería a Reineras.

¿Y por eso rabiaba?

Por eso...

¡Y de qué modo! Era todo un señor berrinche con bufidos y demás accesorios. Bufidos no muy ruidosos, es verdad, pero que le erizaban hasta dar miedo los canosos bigotes.

Imposible hubiera sido que Margarita, cuando llegó con la jarra de leche, no advirtiera el estado de ánimo de su padre. Sintió un sobresalto.

—¿Qué tienes, papá? —preguntó llena de solicitud.

Reineras, que era un padrazo, dicho sea entre paréntesis, dulcificó cuanto pudo los crispados rasgos de su rostro.

—Nada, hija. Un poco de fatiga. Anoche no pude dormir muy bien.

—¿Solamente eso? No me engañes. Algo más ha de ser, que no me quieres decir.

—¡Qué te voy a decir, si no tengo nada!

Se le sentó mimosa en las rodillas.

—¡Papito! —imploró.

—Bien. Es mejor que lo sepas. Después de todo, sólo es una tontería: esa cátedra de Química...

Margarita no pudo reprimir su asombro.

—¡La cátedra de Química! Y yo que te creía tan contento...

—Debería estarlo, sin duda. Ese trabajo sería un gran alivio para nosotros.

—¡Pues entonces!

—Sí. Pero mucho temo no poder...

—¿No poder qué?

—El hecho es que anoche, en el Casino, supe que los estudiantes me preparan un recibimiento hostil.

—¡Eso no puede ser! Los estudiantes no te conocen. No pueden tener nada contra ti.

—Claro que no. Pero, a lo que se dice, estaban encariñados con su antiguo profesor, y su destitución les ha causado un gran disgusto.

—¿Y tú vas a pagar los platos rotos?

—Eso parece.

—¡Pues no, señor! A ti no te faltan al respeto esos mocosos. Antes, dimites.

—Tal había pensado; pero no. Hay que arrostrar el peligro. Si logro imponerme, habremos salido de apuros.

Margarita comprendió que el sacrificio era por ella.

—No, mira: estamos bien como estamos. No tienes por qué moverte de aquí. ¿Para qué?

—Nada arriesgamos con ensayar. Si la cosa no es posible, volveremos a seguir como hasta ahora. Pero por si acaso... continúa preparando el equipaje. La salida es para pasado mañana.

* * *

Los estudiantes del cuarto año en el Instituto Agronómico estaban, en efecto, indignados por la destitución de su profesor de Química.

El flamante profesor había dado en la gracia de sembrar simientes malsanas entre sus alumnos, predicando no sé qué doctrinas revolucionarias aprendidas en libros de esos que sólo clandestinamente pueden penetrar en países celosos de su buen nombre.

El Ministerio tuvo oportuno conocimiento de las tur-

bias actividades a que el tal se entregaba, y sin muchos trámites lo puso de patitas en la calle.

Pero los estudiantes no entendían que las cosas debieran pasar así.

Creyéndose perjudicados, estaban dispuestos a hacer lo imposible por conseguir que el destituido fuera reintegrado en su puesto. Y una de las medidas que habían adoptado, era precisamente la que con tanta razón tenía en alarma al bueno de Reineras. Habían decidido que el sustituto ni siquiera llegaría a pisar el vestíbulo del establecimiento.

A medida que se acercaba el día señalado para el ingreso del nuevo profesor, crecían las febriles actividades de los revoltosos, los conciliábulos, los preparativos. El primer número del programa elaborado, consistía en recibir en la misma estación al intruso con un bombardeo a base de huevos podridos. Eso, para empezar.

No había duda que los temores del profesor eran fundados. ¡Cuánto mejor no sería, pensaba él, renunciar a todo y quedarse tranquilamente en casa! ¡Pero las necesidades materiales son tan apremiantes! ¡Y esa querida Margarita tenía tanto derecho a alguna mayor comodidad, a una holgura por lo menos relativa!

Nada. El que no se arriesga no pasa la mar.

El día señalado tomó resueltamente el ferrocarril.

Y al dejarse caer en su asiento, al par que lanzaba uno de aquellos bufidos que ya se le habían hecho habituales, tuvo la sensación de que se echaba al agua sin saber nadar.

* * *

La pequeña estación ferroviaria quedaba a dos kilómetros del Instituto.

La mañana era espléndida. La naturaleza había amane-

cido recién bañada, gracias a un copioso aguacero caído durante la noche, y el sol brillaba con el brillo de los mejores días.

Tratándose de una estación de ínfima categoría, casi no había gente. Algunos peones en cuclillas o adosados con indolencia a los pilares. El chofer del Instituto, que había dejado su máquina estacionada en la vecindad, se paseaba a pasos lentos, con las manos a la espalda. El Jefe de Estación leía un periódico, echado para atrás en una silla que apoyaba el espaldar contra la pared.

Y, como caso insólito, una veintena de estudiantes que, con el aire más inocente del mundo, en grupos de tres o cuatro, conversaban sobre asuntos triviales, sentados los unos en las bancas de madera, los otros paseándose paralelamente a la vía.

Nada tan inofensivo como la apariencia de aquellos muchachos que sin impacientarse esperaban el tren, ya en retraso.

A las mil y tantas, por fin, ya muy cerca, se oyó el silbato de la locomotora. El Jefe de Estación abandonó su cómodo asiento doblando su periódico. Los estudiantes formaron un solo grupo, no muy compacto, a cierta distancia de la vía.

Pocos segundos después, el tren hizo su lento ingreso en la estación y se detuvo entre un gran ruido de campanas, frenos y resoplidos.

Uno de los estudiantes a quien sus compañeros, durante aquella larga espera, habían designado varias veces con el remoquete de Machicha, preguntó sin alzar la voz, casi sin mover los labios:

—¿Listos?

—¡Listos! —respondieron algunos en la misma forma.

Todas las miradas estaban fijas en una de las portezuelas, de donde descendía trabajosamente un viejo de bigote cano. No podía ser otro el que esperaban pues ningún otro viajero abandonaba el tren.

Ya las manos de todos ellos buscaban en el fondo de los bolsillos algo que debían llevar prevenido.

Pero el movimiento se interrumpió de pronto, paralizado por algo imprevisto.

Era que, tras el anciano —que se había vuelto para ayudarla a bajar— salía una mujer.

¿Una mujer?

No. Apenas una niña. Calculándose diez y ocho años, tal vez se habría pecado por exceso.

Ataviada con sencillez, lucía un sombrerito de fieltro gris. Un guardapolvo del mismo color, perfectamente ajustado, hacía resaltar una silueta eurítmica en plena floración pero la fisonomía era francamente infantil. Infantil era el candor de los ojos inverosímiles, infantil la timidez, el azoramiento que se retrataba en aquel semblante de óvalo perfecto y de facciones impecables. Era una de esas criaturas privilegiadas que reinan donde quiera que van, por el derecho de la gracia y la hermosura.

La actitud de interrogación y zozobra, por no se sabría qué ocultas inquietudes, con que la hermosa niña escrutaba todos los ámbitos de la estación, no hacía sino añadir un encanto más a aquel conjunto de maravillas.

Los estudiantes, cortado el movimiento agresivo, estaban como lelos.

Machicha, que en todo parecía llevar la voz cantante, dijo en el mismo tono que antes:

La

—¡Qué mujer, por todos los diantres! Al primero que chiste le hundo la mollera de un puñetazo.

Nadie pensó en contestar; pero todos demostraban a las claras estar en un todo de acuerdo con el cabecilla.

El chofer se había acercado a hablar con los viajeros. El viejo respondía algo que los muchachos no pudieron entender. La niña se asía con ambas manos, los dedos entrelazados, a un brazo de su padre, yo no sé si protegiendo o buscando protección.

El grupo de estudiantes se aproximó. Se acentuó más, si cabe, el aire receloso de la muchacha. El viejo los miraba con ojos interrogantes.

Dijo el chofer:

—Son sus nuevos alumnos, señor profesor.

Machicha, sombrero en mano, tartamudeaba:

—So... somos sus nuevos alumnos, señor profesor. Y deseo... y deseamos que usted haya... que ustedes hayan...

Se hacía un lío. Enrojecía. Miraba los pies de la muchacha.

Reineras se creyó obligado a explicar:

—Es mi hija Margarita...

Hubo un murmullo unánime entre los estudiantes: pero ni ellos mismos supieron jamás lo que dijeron.

Y Machicha, ya más dueño de sí, continuaba su interrumpido discurso:

—...y deseamos que hayan tenido ustedes un feliz viaje, y que nos consideren a todos nosotros como sus servidores y amigos...

El profesor no podía ocultar una ligera emoción.

—Amigos... —pudo articular— ...amigos míos.

El pecho de Margarita se dilató en un suspiro de alivio. Sus labios sonrieron dulcemente y sus ojos inmensos se llenaron de lágrimas.

Sobrevino un silencio embarazoso. Unos a otros se miraban las caras, sonrientes, sin saber qué decir.

Por fortuna, sonaron cerca unos golpes sordos: del furgón de carga caían al andén tres o cuatro valijas. El equipaje del profesor.

El chofer recobró el uso de la palabra:

—Ahí afuera tengo el automóvil, señor.

—Vamos allá.

Padre e hija avanzaron por entre una doble fila de estudiantes. Margarita parecía una reina pasando en triunfo por entre sus vasallos.

Luego los muchachos, hechos un nudo, se precipitaron sobre las valijas, disputándoselas para llevarlas al auto.

Arrancó el vehículo. Reineras iba haciendo signos amistosos con la mano. Margarita, feliz, agitaba un pañuelo en el aire.

Un *¡hurra!* formidable los despidió. Los estudiantes saltaban como locos. Algunos sombreros volaron por lo alto.

Lejos ya el automóvil, calmados a medias, el imprescindible Machicha, exclamó con indignación, apretando los puños:

—¡Quisiera yo saber quién fue el de la idea de los huevos podridos!

—Fue Pijiriche —acusó uno.

—Pijiriche tenía que ser. ¿Dónde está?

Lo buscaron todos con la vista.

Pijiriche estaba aparte, todo amohinado, apestando

huevos podridos, que se le habían reventado en los bolsillos cuando la lucha por las valijas.

—Te lo mereces por bellaco —le dijo Machicha—; no te quejes.

—Todos somos igualmente culpables —observó con entereza una voz.

—Es cierto —sentenció hondamente Machicha—. ¡Somos un hatajo de mulos!

Todos aceptaron el fallo sin protesta, y echaron carretera adelante, en pos del automóvil que, en la lejanía, ya no era más que una pequeña nube de polvo...

EVA

le monto en un potro.

CAPITULO QUE SE LE OLVIDO A MONTALVO

Después que en estas y otras sabrosas pláticas se pasaon la mayor parte de la noche amo y escudero, al filo de a madrugada vinieron a quedarse dormidos. Y pudiera Peerse que el rucio estaría esperando este propicio momento para irse en busca de aventuras por su propia cuenta y riesgo, porque es fama que cuando los durmientes volvieron a la vida, no parecía el asno, ni vivo ni muerto, por aquellos contornos. Y allí fue el llorar y lamentarse de Sancho, arrancándose los pelos a puñadas, dando calabazadas contra los árboles y diciendo desta manera con destempladas voces:

—¡Hijo de mis entrañas, hermano mío, conllevador de mis pocas venturas y de mis incontables reveses! ¡Asno hermoso, el más noble, fiel y sufrido que en todos los tiempos vieron las tierras manchegas! ¿Dónde estás y a qué ñublado destino te lleva tu contraria suerte? ¿Por acaso aquel facineroso de Ginesillo, que mala muerte haya, ha topado contigo nuevamente, y nuevamente caíste en sus pe-

cadoras garras? ¡Cuerpo de tal! Si así fuera, por el santo bautismo que recebí cuando infante, juro buscallo sin descansar y descubrillo, mas que se oculte en las entrañas mesmas de la tierra, y mi señor Don Quijote dará buena cuenta dél y de todas sus malas artes. No, sino espérese un momento el descomulgado, el hidetal, el enemigo del género humano, y recebirá lo suyo, que tanto va el cántaro a la fuente que al fin se rompe, y al freír será el reír, y quien busca el peligro, en él perece.

Mas no por mucho hablar el acongojado escudero cesaba de andarse corriendo de una en otra parte como poseído, sin atender a las razones de su amo, que en ninguna manera podía hacerlo callar y sosegar. Y jamás lo consiguiera el buen caballero, si no acabara por montar en Rocinante y echarse tras el cuitado en un trote que casi parecía carrera abierta. Y habiéndolo reducido con la ayuda de un paredón escarpado o áspera roca (que Cide Hamete no se pronuncia de fijo sobre tan importante pormenor) le habló en estos o parecidos términos:

—¿Por ventura no te es posible callar y estarte quieto, Sancho del demonio? Bien veo que has perdido el asno, pero tengo por cierto que a poco lo has de recobrar tan entero y saludable como tú o como yo. Si el ausente fuera Rocinante, ya estaría yo temiendo que se tratara de alguna de esas jugarretas con que me agobian y desconciertan los desalmados encantadores que me persiguen; pero tratándose del rucio, no me avengo a pensarlo. Y puesto que así fuera ¿a qué te afliges, camueso?, ¿por qué te apenas, mísero?, ¿no te acuerdas que en mi corral tienes tres asnos, que te los he dado yo, cada uno de los cuales vale por diez rucios como el tuyo?

Escuchábale Sancho sin parar de gemir y suspirar, sonándose las narices con más ruido que pudiera hacer el cuerno de Roldán.

—¡Menguada suerte la mía! —dijo—. No niego lo de los asnos, que de tan guardados como están, es como si no existieran. El gobierno de una Insula también tengo, con tanta seguridad, según vuesa merced afirma, como si lo llevara en la faltriquera; pero mientras ese gobierno y esos pollinos no estén en parte que no sea el caletre de vuesa merced, muy afortunado he de ser si logro trocallos por una avellana. Que por prometer nadie se ha quedado pobre, y más vale pájaro en la mano que buitre volando.

—¡Hombre de poca fe! —le respondió Don Quijote—. Lo que te prometí, prometílo como caballero, y tan cierto como que hoy es de día, cumplirtelo he cuando menos te lo esperes. ¿A qué viene, pues, estarme machacando constantemente los oídos con tus malditos refranes, que a tontas y a locas enhebras, vengan o no vengan a cuento?

—Que vengan o no vengan —dijo Sancho—, yo me entiendo, y cada uno en su casa y Dios en la de todos, y a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga, y cada uno se consuela, no como le place, sino como puede. Déjeme a mí con mis refranes, señor mío, que a nadie con ellos perjudico. Y no sea más, sino que procure remediar la pena en que me hallo, y sea desta manera: que me deje montar en las ancas del Rocinante y hacer en ellas el camino por todo el tiempo y el espacio que tarde el rucio en volver a la jurisdicción de su legítimo dueño y señor.

—¡Eso no! —le respondió su amo— que en toda la larga historia de la andante caballería, jamás se ha visto nada tan fuera de propósito como lo que se te ocurre agora.

Nunca, ni Amadises, ni Esplandianes, ni Belianises, ni ninguno de aquellos varones ilustres que me precedieron en el ejercicio desde noble apostolado, llevaron en ancas a su escudero. ¿Y voy a ser yo ¡pecador de mí! quien va a dar de través con el uso consagrado por siglos y siglos de tradición gloriosa? ¿Y habías de ser tú el más necio de los bellacos escuderos que hubo en el mundo, quien habría de moverme a ello? ¡Dios, y qué extraviado andas al pensar tal cosa! Pero no te aflijas que tu amo soy y tengo de velar por ti, y sábete que he dispuesto hacer lo que estará muy puesto en razón, y es que al primer caballero que encuentre lo he de vencer en singular batalla y lo he de despojar de su corcel para hacerte dél donación. Más no pidas, que es pensar en lo excusado. Salgamos al camino real, Sancho antojadizo, y echemos adelante, que si Dios está conmigo, que sí lo estará, no llegaremos al mediodía sin que tú estés montado como El manda.

No mucho confiaba Sancho en el buen suceso que su amo se prometía pero por sí o por no, iba rogando en su ánima a todos los santos de la corte del cielo les depararan el pronto encuentro del famoso caballero que lo había de proveer de cabalgadura. Y fue que, como respondiendo a sus preces, a poco apareció en el camino, viniendo hacia ellos, un hombre montado en un caballo alazán de no mala presencia.

—Señor Don Quijote —preguntó Sancho—. ¿Será por ventura mía, caballero andante ese que viene para acá?

Respondió Don Quijote:

—Caballero es, que puesto que no anda con escudero, como debiera andar, la vista de la brillante armadura que trae, fuera bastante para excusarse la pregunta.

Así veía Sancho la tal armadura, como ser turco; pero no por ello dejó de hincarse de hinojos en el polvo allí mismo asiéndose de un estribo de Rocinante con tanta fuerza, que no lo dejó dar un paso adelante, y comenzó a decir desta manera:

—¡Aquí el valor y la fortaleza del espejo de caballeros andantes! ¡Aquí la resolución y el denuedo del desfacedor de agravios y enderezador de tuertos, Don Quijote de la Mancha! Desmonte vuesa merced al malandrín, señor mío, y remedie la cuita y desazón de su fiel escudero.

—Tal haré, Sancho —le respondió Don Quijote— si tu sandez no me lo impide. Quiero decir que sueltes ese estribo y me devuelvas mi libertad. Donde no, yo seré el vencido, y el sojuzgado y el oprimido.

Obedeció Sancho, soltó prenda, y Don Quijote, con gentil continente y denuedo, lanza en ristre, se adelantó al encuentro de su contrario, que resultó ser un mozo de no más de unos veinticinco años, cuya caballería, viendo venir sobre sí aquella fantasma, y oyendo el temeroso ruido de la armadura, sin esperar a oír el reto del andante caballero, empezó a dar saltos y corcovos en forma tal, que su dueño no le fue bastante para domeñarlo y se salió por las ancas dando una gran costalada en el suelo. Y más tardó en caer, que en salir huyendo más rápido que un gamo, no sin bañar a Don Quijote de insultos y ámenazas con toda la fuerza de sus pulmones.

El brioso corcel dio muestras de querer imitarlo en la fuga, mas no lo consiguió, que ya Sancho le tenía asido por el cabestro, y aunque arrastró consigo un buen espacio al escudero, en nada estuvieron todos sus esfuerzos para desasirse.

Viendo Don Quijote que Sancho no acababa de apaciguar al animal, juzgó oportuno prestarle su ayuda, a cuyo fin se apeó de Rocinante y se llegó a ellos; pero más le valiera estarse quedo, que el potro se acabó de espantar con verlo tan de cerca, y volviéndole las grupas le descargó una doble y desaforada coz que, si como le cayó en el peto le cayera en la cara, allí terminara sus días y feneciera el valeroso manchego, puesto que el fiero ataque fue bastante, y aun mucho más, para echarlo por tierra de espaldas cuan largo era. Sancho también cayó a poco trecho de su amo, que con el impulso de la coz se le escapó el cabestro de las manos, y el caballo emprendió una carrera tal, que un venablo no lo alcanzara.

Negros de polvo quedaron amo y criado quien, sin tener valor para levantarse, con plañidera voz dijo:

—Un caballo quería yo, que no un demonio del infierno.

Y dijo Don Quijote con no menor quebranto:

—Trata de ponerte en pie, Sancho hermano, y acórreme, que yo por mí no puedo pararme.

Con mil trabajos y gemidos se levantó Sancho y acudió a valer a su señor, hasta tenerlo sentado en el suelo.

—Ya ves, Sancho —dijo Don Quijote—, en qué extremos me veo por tu culpa y sin poder holgarme con tu agradecimiento; que según voy viendo y entendiendo, de cuantos perillanes mal nacidos y mal agradecidos andan por el mundo, tú te llevas la palma como el más acabado de todos.

—Ta, ta, ta, —dijo Sancho—. No desfogue su despecho sobre mis espaldas, señor mío, que yo ¡cuerpo de tal! no tengo la culpa de lo que nos acontece. ¿Qué he hecho

yo, mal rayo me parta, sino aceptar, como servidor obediente, el don que vuesa merced se dignaba hacerme de un caballo a cambio de mi burro? ¿Soy yo parte a que el animal haya resultado de malas pulgas y no haya alcanzado lo que usted quería dél? Venga acá, señor y amo mío, y levántese de donde yace—. Y diciendo y haciendo le ayudaba a ponerse en pie—. Cabalgue sobre el pacífico Rocinante y vamos por esos caminos de Dios, que yo lo relevo, desligo y desvinculo de su compromiso. Y pues las ancas de su caballo me están vedadas, yo le prometo seguirlo sumiso y a pie, o a gatas si el caso fuera llegado, hasta en el día y hora de mi muerte.

Don Quijote, que ya estaba de nuevo a caballo, le respondió:

—Por quien soy, que no te has de ver sujeto a tan dura prueba, que si no tengo telarañas en los ojos, esas orejas que se me aparecen entre la maleza, son las del mesmo rucio.

Y así era la verdad, que el fugitivo asno, no nada lejos del camino, se entretenía en pacer, en un todo ajeno a los grandes sucesos que tan cerca de él se habían desarrollado; y hasta él se llegó Sancho saltando matas y diciendo:

—Decidme un poco, señor mío, asno libertino y mal cristiano: ¿Creéis justo lo que hacéis, de iros cuando mejor os place sin avisar a nadie? ¿En nada tenéis poner en peligro la vida de vuestro amo ni la de nuestro amo Don Quijote? ¿Qué diríais si yo, agora mesmo, cogiera un garrote y os moliera a palos las costillas?

Mas el rucio no hacía ningún caso de las razones de su dueño, y moviendo la cola seguía paciendo sin responder palabra alguna.

LLOVIDO DEL CIELO

ESPERANDO la hora de comer, correteaba yo por la huerta en compañía de mi primogénito.

Recuerdo que el chico acababa de preguntarme de dónde sacan los huevos las gallinas, y que yo me rascaba detrás de una oreja lleno de perplejidad, cuando llegaron a avisarme que un señor me buscaba.

Di gracias a Dios por haberme sacado del atolladero y, aplazando para un mañana indefinido la explicación que mi hijo me urgía con ojos interrogantes, me encaminé rápidamente a la casa.

De pie en medio de la sala, entre un baúl mundo y dos valijas descomunales, me esperaba un ser notoriamente estrafalario.

Era un cincuentón alto y rechoncho vestido con un terno de jerga chapina de color café tirando a rojo, que a la legua olía a sastre pueblerino. Una cadena de plata con pretensiones de leontina, cuyo peso calculé más o menos en una libra, le cruzaba diagonalmente el chaleco. Por debajo

de la misma prenda asomaba un cincha de cuero que, si no tuvo su remoto origen en una faja de polea, me dejo desollar vivo.

Usaba el desconocido una barba crespa y abundante que le brotaba hasta en el blanco de los ojos, y tenía una sola ceja, ancha de media pulgada, que le corría de sien a sien. Por debajo de un sombrero de junco bastante más pequeño que una tienda de campaña, que tenía apestada a azufre la sala, se escapaban ocultando las orejas unas crenchas tumultosas, negras como la barba, con negruras de nitrato de plata.

Todo, en mi raro visitante, era desaforado y grotesco.

Así como me vio, me apuntó al pecho con un índice que parecía una salchicha, y me preguntó a quema ropa con un vozarrón que hizo trepidar los cristales:

—¿Eres tú Agapito? ¿Agapito Flatillos?

—S... s... sí, se...eñor —balbucí.

El fenómeno, entonces, abrió los brazos en cruz, abrió las manazas velludas mostrando las palmas amarillas, y se vino sobre mí a pasos rápidos y firmes que sonaron a pisonazos. Me estrechó contra su pecho zarandeándome sin compasión en un abrazo formidable que me cortó el resuello. Me soltó. Aventó el sombrero sobre el sofá.

—Yo soy tu tío —me dijo.

Sentí ponérseme la carne de gallina.

—¿Mi tío? —preguntéle con un hilo de voz.

—Sí —afirmó él—. Tu tío Cástulo. Primo segundo de tu santa madre.

Yo estaba anonadado. El caso era en extremo desagradable... y no tenía nada de imposible, por desgracia. La familia de mi madre era numerosísima, y ya en repetidas

ocasiones me habían caído parientes sin saber a qué horas, como llovidos del cielo.

—Tanto gusto—murmuré hipócritamente.

No lo invité a tomar asiento, porque ya él lo había hecho al lado de su sombrero, en el sofá, único mueble capaz de dar cabida a su exuberante humanidad.

—¿Tienes familia? —inquirió, sacando un pañuelo a cuadros rojos para limpiarse el sudor.

—Sí, señor. Tengo mujer y dos hijos, dos varoncitos.

—Llámalos. Quiero conocerlos.

No hubo necesidad de llamarlos. Las pocas palabras que había pronunciado mi tío, fueron proferidas a un diapasón tan alto, que había cundido la alarma en la casa y fuera de ella. En el corredor, atisbando para adentro con cara de espanto, estaban mi mujer, los niños, la cocinera, la criada *de adentro* y el hijo de casa. Algunos transeúntes se habían detenido frente a las ventanas. Incluso había chicos encaramados en las rejas de hierro.

Insté a los míos a que entraran. Mi mujer obedeció, disimulando su zozobra como mejor pudo; pero los rapaces así se mostraban resueltos a aventurarse, como si se tratara de una jaula de fieras. Hube de meterlos a viva fuerza.

Mi tío, para hacerlos entrar en confianza, se extrajo algo de un bolsillo y se lo mostraba de lejos, mientras me rugía guiñando un ojo:

—Venía prevenido.

Era aquello una bolsa de papel que, según se vio después, contenía hasta unas siete libras de caramelos.

Se amansaron algo a su vista los interesados, disminuyendo notablemente sus veleidades de fuga; pero no perdieron el miedo por completo, sino cuando mi tío sacó a relucir

una rara habilidad: se puso a rebuznar con tal perfección, que un burro auténtico difícilmente lo hubiera igualado. Luego, vinieron unos mugidos que no dejaban nada que desear. Después, relinchó, cacareó, ladró, maulló...

Grandes y chicos nos desternillábamos de risa. En la calle, donde ya el público era numeroso, hubo una verdadera ovación de gritos y carcajadas.

Acabó mi tío aquella ostentación de sus habilidades fonéticas, bufando de cansado, sudoroso, y con un sobrinito a caballo en cada rodilla. Púsoles delicadamente en el suelo, sacó de nuevo a relucir el pañuelito a cuadros, y me preguntó con voz de Estentor, señalando su equipaje con un movimiento de cabeza:

—¿A ver, hijo, dónde me vas a alojar?

Incontinenti lo condujimos al cuarto de huéspedes. Y allí, mientras le ayudaba a acondicionar debidamente sus efectos, me hizo saber, de manera que se oyera en la plaza pública, el motivo de su repentina aparición en mi casa.

Era ello que el buen hombre, careciendo de otros parientes próximos, y habiendo tenido por casualidad noticias de mi existencia, había resuelto pasar conmigo una temporada con miras de que trabáramos conocimiento y nos viéramos en lo sucesivo con la mayor intimidad posible. Que ya él se iba poniendo viejo y sentía la necesidad de procurarse afectos profundos y sinceros.

* * *

No hay duda que mi tío Cástulo era un ente asaz estrambótico, tanto por su facha, como por sus modales y costumbres. Era gritón e impetuoso. Un verdadero ciclón vestido de jerga; por todo lo cual intimidaba a primera vista al

más valiente; pero en el fondo, era un calzonazos más bueno que un pedazo de pan.

Nadie como él para entretener a los cipotes. Les contaba cuentos, les decía adivinanzas, les regalaba dulces, les hacía casitas de cartón, menos por el solaz de ellos, entiendo yo, que por el suyo propio. Mis hijos vivían encantados.

Al día siguiente de estar en casa, les trajo de regalo un par de bicicletas y dos pares de patines.

Que debía ser más que medianamente rico, lo demostraba el desprendimiento con que gastaba el dinero a manos llenas. No había día que no trajera a casa algo nuevo. Ya una alfombra para la sala, ya un escritorio para mí, vestidos para mi mujer, un servicio de porcelana para el comedor...

Todos los pilletes del barrio fueron a sentar sus reales en la calle, frente a mi casa. Allí se instalaban apenas amanecía, en espera de que saliéramos, para escoltarnos adonde quiera que fuéramos, con gritos, hurras y vivas. Sabían que los bolsillos de mi tío eran una mina inagotable de confites y monedas de níquel. Nuestra vida se deslizaba en un perpetuo triunfo, en una continua ovación.

Todo el mundo lo saludaba por su nombre, y por su nombre llegó él a conocer a todo el mundo. Jamás he visto una popularidad tan grande como la suya.

Era hombre de muy sanas costumbres. En el Casino, no tomaba una gota de ningún licor fuerte, si bien sólo el que no quería no se emborrachaba a sus costas.

Se encerraba en su dormitorio entre las cinco y media y las seis de la tarde. Y cuando aún creíamos que se estaría desvistiendo, comenzaba a roncar tan ruidosamente como acostumbraba emitir cualquier sonido, ya fuera legítimo o espurio.

Claro que con este régimen le sobraba noche, y a las tres o cuatro de la mañana, ya se le podía oír que andaba recorriendo la casa en tinieblas, en un vagar sin tino y sin objeto, a trompicones con los muebles, cosa que debe ser la mar de divertida.

Y lo peor era que en veces, para engañar la espera del alba, se ponía a cantar a grito herido, con una destemplanza que daba pena, una canción amorosa, siempre la misma:

Si alguna vez en tu camino apuras
la copa del placer
con ciego frenesí...

Un mes largo permaneció en mi casa. Y conste que, si en mí hubiera consistido, no nos hubiéramos separado jamás.

Sí. Tengo la satisfacción de consignar aquí que, una vez acostumbrado a sus asperezas, impetuosidades y vehemencias, le llegué a cobrar verdadero cariño, y a recibir con delicia las cariñosas palmaditas que solía darme en la espalda como para descoyuntarme las vértebras cervicales.

Una vez, a propósito de que encontraba pequeño para sí el cuarto de huéspedes, me preguntó:

—¿Es tuya la casa?

—No, señor— le contesté—. Es de usted.

Me dio las gracias con un gruñido y añadió:

—La vas a vender. No sé como te resignas a vivir en un cucarachero como éste.

—¡Pero tío!...

—Que la vas a vender, te digo. Y con lo que te den por ella, más algún pico que hemos de sacar de alguna parte, vas a comprar otra mejor.

Así: con la mayor naturalidad del mundo. Con la misma entonación que hubiera empleado para sugerir que trajeran pan en vez de tortillas para el almuerzo.

Si los espíritus tienen manos, juro que el mío, en aquel momento, se estaba frotando las suyas lleno de satisfacción, aunque mi apariencia física no demostrara en forma alguna el justo regocijo que me embargaba.

Tal era mi tío Cástulo.

Tenía una personalidad vigorosa, avasalladora, absorbente. Tan pronto como fui visto en su compañía, dejé de ser para mis coterráneos el *don Agapito* que siempre había sido, para convertirme en lo que modestamente soy a la fecha: *el sobrino de D. Cástulo.* Así como la pila que obsequió a la Municipalidad en el centro de la plaza pública, es *la pila de D. Cástulo; y la verja de D. Cástulo* es la verja de la iglesia, porque la obsequió él.

Y si hubiera llegado a comprar una nueva casa, como él quería, cierto estoy de que ahora estaría viviendo en *la casa de D. Cástulo.*

¡Ah! Pero esto de la casa, no pasó de ser una ilusión.

Porque cierto día entró de la calle mi tío arrollándolo todo a su paso, braceando y gesticulando como un loco y, dando una gran voz, me llamó a su cuarto.

Acudí en volandas, que no era cosa de permitir que el clamor se repitiera con peligro para los tímpanos del vecindario.

Lo encontré hecho una fiera, paseándose de largo a largo dentro de la habitación a grandes pasos, las manos a la espalda, resoplando como una locomotora, los ojos desorbitados, la pelambre más hirsuta que nunca.

Quedé petrificado. ¿Qué cataclismo había ocurrido, o estaba a punto de ocurrir?

Se detuvo un momento frente a mí, me miró con pupilas centelleantes y me preguntó con horrísono estruendo:

—¿Cómo se llamaba tu madre?

Pronuncié tartamudeando el nombre de la que me dio el ser.

—Sí —afirmó él en su mismo tono, reanudando sus paseos—. Así se llamaba mi prima; ¡pero mi prima no se casó nunca!

¡Ah, sí, canastos! ¡Ahora resultaba que yo no era de legítima procedencia, según aquel energúmeno! Quise protestar enérgicamente:

—¡Hombre, tío!...

No me dejó continuar.

—¡Cállate! —gritó—. ¡No me llames tío! ¡Yo no soy tu tío!

—Pero... ¿entonces?

—¿Entonces, qué? ¡Que todo ha sido mentira, engaño, equivocación! ¡Que yo no tengo familia! ¿Me entiendes? ¡Que soy solo en el mundo!

Cosa inaudita: al hablar así, el pobre ya no gritaba. Y la voz baja de mi tío, aquella voz que nunca antes le había conocido, me llenó de una indecible congoja. Porque había en su acento algo que sonaba a roto. Porque nunca, como entonces, había tenido tan clara la sensación de una voz mojada de lágrimas.

—¿Que no es usted mi tío? —pude articular al fin.

—Que no, te digo. Yo tuve una prima que se llamó como se llamaba tu madre. ¿Estamos? Ahora, búscame un vehículo para llevar mi equipaje a la estación.

A todas éstas, mi tío —no me puedo acostumbrar a llamarlo de otro modo— se había puesto a meter sus cosas, como cayeran, dentro de las valijas.

Le pregunté con timidez:

—De modo que... ¿se va usted?

—¿Qué quieres que haga en casa de un extraño? Anda a buscarme un camión.

—Falta mucho para que pase el tren —objeté.

—Lo esperaré en la estación. ¡Obedece!

No había para donde coger. Obedecí. Traje un carretón tirado por una mula. Yo mismo ayudé estoicamente a cargar los bártulos.

Ya en el zaguán, a punto de salir, mi tío sacó de un bolsillo, de otro y de otro, puñados de billetes de banco. Muchos billetes de banco de diversos valores, revueltos, y estrujados como de propósito, y me los dio.

—Para los chicos —dijo.

Le pregunté con el corazón oprimido:

—¿No se quiere despedir de ellos?

—¡No quiero ni verlos! —vociferó.

Y salió disparado.

Así se marchó mi tío: inopinadamente, como había llegado semanas antes.

Mi familia andaba a la sazón fuera de casa. Cuando volvieron y se enteraron del lance, mi mujer se afectó profundamente y los cipotes lloraron a moco tendido, porque aquel hombre bueno había sabido adueñarse de nuestro cariño. Bien lo merecía.

Mi mujer comentó con un dejo de melancolía:

—¡Ahora que estábamos tan acostumbrados al buen tío!

Pero añadió a renglón seguido, impulsada por no sé qué inconfesado despecho:

—Aunque, a decir verdad, yo lo hubiera preferido un poquito menos... llamativo.

Tienes razón —concluí yo suspirando—. ¡Era mucho tío, ése, para nosotros!

ULTRAMODERNISMO

(Cuento malintencionado)

Con toda seguridad, el tío Lucas se habría mesado los canosos mechones, a no ser por la circunstancia de haberse quedado completamente calvo desde muchos años atrás. Tuvo, pues, que amoldarse a las circunstancias, manifestando su cólera de un modo mucho más modesto. Quiero decir que abandonó sobre la piladera el mazo con que estaba "sacando" el arroz, para apretar con furia ambos puños, al mismo tiempo que lanzaba entre dientes una interjección demasiado viva para poder estamparla aquí.

Era una de las primeras tímidas explosiones de su indignación largo tiempo reprimida.

Siguió con los ojos el objeto de su enojo, que era nada menos que Hilario, su unigénito. Y cuando éste, con un voluminoso rollo de papeles debajo del brazo y un lápiz en la mano, hubo desaparecido por el lado del cafetal, el pobre viejo suspiró pronunciando algunas ininteligibles palabras; movió la cabeza en señal de forzada resignación, y tomando el mazo nuevamente, continuó pensativo la interrumpida tarea.

* * *

La cólera del tío Lucas era injusta. Cierto es que Hilario no trabajaba de ningún modo ni le ayudaba de ninguna manera; que se pasaba los días escribiendo versos o recitándolos en voz baja y con grandes ademanes; que lo miraba todo con grandísima indiferencia; que no se acordaba de su casa sino a las horas de comer, etc.; pero en cambio, aquel mozalbete de veinte años, estaba predestinado a cubrir de inmarcesible gloria el obscuro nombre de sus abuelos.

En efecto, Hilario pertenecía a esa prodigiosa falange de jóvenes portaliras que está inundando nuestra literatura de composiciones que nadie entiende ni podrá entender jamás, porque lo excelso no está al alcance de cualquier pazguato. Pertenecía a esa nueva escuela literaria de tan fecundas proyecciones, que no debiera tener nombre, por más que alguien, maliciosamente la haya llamado *cubismo literario.*

Todo ello era muy cierto; pero ¿qué entendía de literatura el sencillo del tío Lucas? Necesitaba sembrar su camotal o aporcar su milpa. Nada más. Necesitaba de los brazos de Hilario, y el muchacho, claro está, no gustaba de tan prosaicas labores. De ahí tan injustificable mal humor...

El viejo llegó a maldecir una y mil veces la ocurrencia que tuvo de mandar a su hijo a estudiar a la capital, porque según él, esa había sido su perdición. A la verdad, el chico había comenzado sus estudios con muy buen éxito; pero luego ingresó a una sociedad literaria, y aquí fue Troya. Por primera providencia, arrinconó los libros de texto, sustituyéndolos por cuanta publicación modernista le cayó en las manos. Se dejó crecer la melena. Pronunció discursos. Escribió versos. Logró llevar a las tablas una comedia ultraísta que le valió la gran rechifla de un público retrógrado. Y para remate aprendió a visitar ciertas academias donde los iniciados se hacen servir el néctar de los dioses bajo el plebeyo disfraz de pócimas embriagantes.

Sabedor de todo ello, el tío Lucas tuvo a bien dejar sin blanca a su retoño. El cual, sitiado por hambre, tuvo que volver a su pueblo y a su casa, donde, como sabemos, continúo su artística labor, dando al traste, al fin y al cabo, con la gran dosis de paciencia de su señor padre.

Pues sucedió que cierto día cayó en manos del viejo una de las maestras composiciones de su hijo; un soneto que la brisa alegre y juguetona, pasando por el potrero en donde el bardo trabajaba, extrajo al azar del abultado cartapacio y, rodando, rodando, lo llevó al patio de la casa que, dicho sea entre paréntesis, al mismo tiempo que estaba en terrenos de la finca, era una de las más orilladas del pueblo. El tío Lucas, sin soltar el haz de zacate que llevaba bajo el brazo, con la mano del otro alzó del polvo la prófuga cuartilla y leyó por dos veces, sin poderlo comprender, el logogrifo siguiente:

CUANDO ENTONCES...

Psicosimbolizante de eglogismos,
se insinúa la mente en sus soñares,
cuando al través de ingrávidos pensares
te deslíes incólume de abismos.

¡Oh, imprecisos, oh, ingentes suspirares
crepuscularizantes de hipnotismos,
pues, entre el vaho de tus arcaísmos,
te arrebujo en el tul de mis llorares!

Mis ritualismos se individualizan
viendo que tus orejas se enfermizan
bajo la aurilusión de tus saudades.

Y el nirvana de un hálito incipiente,
deja sobre mi ruta almidoliente
un desaliento de soñalidades...

El tío Lucas repitió la lectura de abajo para arriba, a ver si así entendía algo. ¡Que si quieres! No le hubiera resultado más claro un texto cualquiera en caracteres cuneiformes.

Satisfecho al parecer, sin embargo, con aquella adquisición, picó lo más rápidamente que pudo el zacate de la *Tordilla,* y acto continuo se fue a casa del señor Cura, a quien muchas veces había hecho confidente de sus cuitas.

El pobre clérigo tampoco pudo libar las mieles de aquellos versos, pero tuvo una ocurrencia en extremo peregrina.

—Vea, tío Lucas —dijo—. Yo creo que es cosa de tratar con el médico. Algo de enajenación mental debe tener ese chico... Si usted quiere, yo le acompañaré a casa de D. Tadeo.

Aceptó de mil amores el tío, y allá se fueron incontinenti.

Expusieron en pocas palabras al galeno el objeto de su visita, y el tío Lucas, con el gesto de quien entrega una alimaña, le entregó el soneto de marras.

D. Tadeo —¡otro que tal!— se caló las gafas y lo leyó con mucha atención. Después preguntó:

—¿Esta maravilla es de Hilario?

—Sí, señor.

—Hombre, pues lo siento. Su hijo, como bien lo suponía el señor Cura, es un caso patológico de lo más...

—Un caso... ¿que?

—Bueno. Que Hilario padece de una enfermedad mental que se ha presentado en estos últimos tiempos con un carácter epidémico alarmante. Es una psicopatía eminentemente contagiosa, producida según toda probabilidad por un microbio, el *Petulans Majaderísimus.* Se presenta casi exclusivamente en los jóvenes flojos de mollera, sus manifestaciones son esos abortos poéticos sin pies ni cabeza que por desgracia se publican ahora con sobrada largueza; literatura sin fondo ni forma, sin lógica ni porvenir, que sólo consigue poner en el más espantoso ridículo a los que la cultivan.

Así habló D. Tadeo un tanto exaltado, por donde se colige que no entendía de la misa la media en cuestiones de literatura modernista.

—Y diga, D. Tadeo —preguntó el tío Lucas, un si es no es alarmado—. ¿Esa enfermedad tiene remedio?

¿Que si lo tiene? Ya lo creo. Es de pronóstico benigno, y hasta espontáneamente curable algunas veces. Como la tiña (y es una verdadera tiña literaria) desaparece con la edad. Cuando los muchachos llegan a tener el completo uso de la razón, por lo general renuncian a esos dislates engendrados por su juvenil pobreza de seso... a no ser que el mísero poseído carezca en absoluto de sentido común, en cuyo caso está perdido sin remedio.

—Bueno, D. Tadeo. Ya que me hace el favor, hágamelo cabal y deme una receta para ese muchacho.

—El remedio lo tiene usted en la mano, tío Lucas. Póngalo a trabajar. Si se resiste, oblíguelo. Mándele cortar

el pelo. Hágalo que se bañe todos los días en ayunas. Proporciónele buenas lecturas. Hubo por ahí cierto Plutarco, que trató asuntos históricos. Sobre lo legendario y heroico, un tal Homero nos dejó páginas maravillosas. Ambos escribieron en jerigonza, pero existen traducciones al castellano. Consígale esos libros y hágalo leer uno o dos capítulos todos los días. Con este régimen, y si el chico es razonable, le garantizo la curación en poco tiempo.

El tío Lucas, desde hacía algunos momentos, miraba de hito en hito uno de los *tetuntes* que mantenían abierta la puerta del médico. Lo miraba sin verlo. Al parecer, iba comprendiendo hacia dónde quería ir a parar D. Tadeo. Prueba de ello es que preguntó ex abrupto:

—¿Y una zurra, doctor, no le haría provecho?

—¡Hombre, hombre! Usted lo ha dicho, tío Lucas. Yo no me hubiera atrevido a insinuárselo; pero, francamente, sería lo mejor, para comenzar.

El viejo se prometió in mente seguir al pie de la letra los consejos del médico. Pasó a dejar a su casa al señor Cura, y muy tranquilo se dirigió después a la suya.

De pasadita por el cerco, desgajó una flexible vara de copalchí, y con ella propinó a su heredero una tunda de padre y muy señor mío, haciéndolo después quemar en su presencia toda su prodigiosa labor literaria, sin dejar un solo espécimen para recreo y solaz de las venideras generaciones. No hay para que decir que cumplió religiosamente las demás prescripciones del galeno.

* * *

Aquel año, la cosecha de patatas del tío Lucas fue excepcionalmente pingüe.

Con lo cual queda demostrado que si bien D. Tadeo no entendía de la misa la media en cuestión de achaques literarios, en cambio conocía de modo admirable el lado práctico de las cosas.

SALOME AREVALO

En una propiedad cercana de Zacatecoluca, vive Salomé Arévalo. Puede tener de sesenta a setenta años; pero es sano y bien conservado, como acontece con esa gente sin complicaciones ni dobleces, que vive en el seno de la Madre Naturaleza, comiendo lo que ésta buenamente quiere darle, acostándose y levantándose con el sol, sin haber sabido jamás lo que es una lata de sardinas ni una multa de la Sanidad.

Salomé carece de toda cultura. En cambio, goza de un criterio recto y natural, que a las veces vale más que mucha ciencia. A falta de lo que no le enseñaron en la escuela, a la que jamás asistió, posee un sistema ideográfico de escritura para su uso exclusivo y de su propia invención, mediante el cual lleva cuenta detallada y precisa de las tareas y salarios de los peones a él subordinados. Porque se me olvidaba decir que es el Mayordomo de la hacienda "San Joaquín", el predio rústico que le da sustento y que acaso lo vio nacer.

En lo físico, Salomé es un haz de nervios vestido de dril. Hay que verlo los domingos, cuando *baja* a la cálida Virola, derecho como un asta, caballero en brioso potro enjaezado con la albarda de cuero crudo, que a las posaderas de su dueño ofrece blanduras de roca mal disimuladas bajo la zalea calva. Para entonces el Petronio montaraz reserva todas sus elegancias. Para entonces, el sombrero de junco oloroso a azufre y el descomunal pañuelo rojo que pasó la semana cuidadosamente doblado en el fondo del cofre de pino, el viejo cofre de pino que en el revés de la tapadera ostenta la estampa relumbrosa del Niño de Atocha y los cromos de botica de colores estridentes. Para entonces, el vestido de dril plomo con rayas azul marino, que va pregonando a gritos por la boca de sus mil ajaduras, el haber dormido de un tirón, lo mismo que el pañuelo de marras, seis días consecutivos con sus correspondientes noches, en amor y compañía de la alcancía de barro y de la ovalada caja de Esquipulas pintarrajeada de flores inverosímiles.

¡Cuántas veces gocé viéndole así, ataviado con sus mejores galas, pasear su rústica arrogancia por los amplios corredores de la casa de su patrona, repiqueteando aires marciales con las espuelas desmesuradas!

En el ambiente acogedor de aquel caserón casi colonial, muellemente recostado en la hamaca migueleña, gustaba yo de su pintoresca parla, y más aún, de oír sus sabrosas pláticas con Pedro, el hermano de su patrona, quien provocaba sus extravagancias trayendo a cuento arduos problemas de economia política, de religión y hasta de astronomía. ¡Había que oírlo entonces! Arago y San Agustín se habrían quedado turulatos.

Porque Salomé tiene ideas propias sobre todos los asuntos habidos y por haber, y suele externarlas con un tono tan doctoral, que no deja lugar a controversia. Parco en el reír y pródigo en el hablar, para todo tiene una réplica o una explicación como sólo a él se le ocurre. Con la mayor frescura del mundo suelta un dislate gramatical, un disparate redondo, una herejía científica, y se queda como si tal cosa.

Para terminar el retrato del bizarro Mayordomo de "San Joaquín", copio a continuación algunas expresiones y reflexiones suyas:

* * *

Mentira que la tierra *seya* redonda, porque si así fuera, los que andan abajo se irían de cabeza. Eso del buque es como cuando uno está en el llano: primero se le ve el sombrero, después las orejas del macho y *al* último los cascos. Así son los vapores; vienen trepando una gran cuesta y por eso vienen *diaspacio.*

* * *

¡*Veya* animal tan asiado, D. Pedro! (Se refiere al broncíneo corcel de Gerardo Barrios) ¡Qué *embuste!* Es bien *satírico. Dende lo ha* que vivo entre las bestias jamás *hey* visto un animal tan cabal.

* * *

En ese retrato, mi patroncito está *palpable.*

* * *

Los *cheles* todo lo inventan, menos dos cosas: *dispertar* a un muerto y acercarse *onde* el sol se *zambute* en el mar, porque al meterse el sol en *lagua* hace un *reverbereyo* que el cristiano que se acerque, lo sancocha.

* * *

Un tapón, para que tape bien, debe hacerse al *contesto* con el hoyo.

* * *

Veya, D. Pedro, si yo fuera *gobierno*, daría una orden que dijera así: "Sólo pueden andar en *actomóvil*, y bien *diaspacio*, los que vayan a curarse al Hospital o los que tengan que ir a sus fincas. Todo *pulicía que incuentre* una *monocicleta* o un *actomóvil* sin permiso, que le caiga encima y que le *prienda* fuego". Ya vería, D. Pedro, *de ya* se acababan los *topes*. De *lo ha* que soy Salomé, nunca ha topado mi mula contra otra mula. Aquí *apachan* al cristiano como nosotros matamos piojos.

* * *

Hay ladrones bien ilustrados para robar.

* * *

Los *cheles* son más vivos que nosotros, por esto: cuando nació Cristo, lo fueron a adorar un *chele* y un indio. El

chele se *apió* del macho, lo dejó suelto y se fue a adorar al niño, en tanto que el indio, por *disconfiado*, buscó *onde* amarrar el suyo, y como llegó *al* último, sólo al *chele* le cayó la *ilustración* del cielo.

* * *

Los patrones se meten la comida con un fierro que tiene cuatro *saites* en la punta, y no se *hiren*. Que lo haga uno de pobre *de ya* que se *estaca* la lengua.

* * *

Y basta ya, que sería la de nunca acabar.

Una vez, por lo menos, ha visto Salomé Arévalo la muerte cara a cara. Fue al cruzar una vereda perdida en la linde de un potrero, a la caída de la tarde. De improviso se le echan encima, como tres huracanes, tres enemigos suyos, padre e hijos, que le estaban esperando agazapados entre el zacate. Blandían sendos machetes que trazaban en el aire relámpagos trágicos a la luz del crepúsculo apacible. El agredido, encrespado de furor, dio un violento rebote y desenfundó el oxidado Colt. Y a la vez que esquivaba los golpes gracias a quites rápidos, increíbles a su edad, hacía llover balas sobre los tres cobardes que lo bañaban de injurias. Los gritos de *ya te voy a...*, los de *hijo de la gran tal* y otras amenidades por el estilo, alternaban dignamente con las detonaciones del arma.

Corta fue la refriega. Muy pronto uno de los asesinos cayó herido mortalmente y los otros huyeron, aterrorizados por el coraje de aquel hombre que se defendía.

El héroe de tan descomunal batalla no resultó ileso. Uno de los salvajes mandobles le desgajó el brazo izquierdo y, desvanecido por la tremenda hemorragia permaneció exánime en el teatro de su victoria, al lado de su enemigo agonizante hasta que, muy tarde ya, fue recogido por sus familiares.

De resultas del lance permaneció varios meses en el Hospital, donde estuvo en un tris que no le amputaran el miembro lesionado.

Cuando obtuvo su alta, con el brazo aún en cabestrillo, contaba las *costuras* que le habían hecho sin anestesia, porque él la rechazó de plano.

—¿Y cómo pudiste aguantar despierto?— le preguntaba Pedro.

—No *creya* que duele mucho, D. Pedro —respondía el héroe—. Lo único que se siente es el *estacón* de la aguja. El hilo pasa jovial...

Para jovialidad, la de Pedro, que al reír del neologismo enseñaba hasta la campanilla.

PROCER

Al pasar frente a la casa, viendo la puerta abierta, la Ustaquia se metió de romplón y se fue derecho a la cocina.

—¿No vas ir vos, Chana?

—Como no —contestó la otra comadre—. Esperame tantito y nos vamos juntas.

—No te irés a tardar mucho ¿verdad?

—No, si ya está. Ya la voy a sacar.

Y uniendo los hechos a las palabras, destapó la boca del horno y comenzó a sacar grandes cazuelejas de quesadilla de maíz, que era su pasar.

—No podía dejar esto a medio hacer —explicó.

—Te han dejado sola... —observó la Ustaquia.

—La novedá, vos.

—¡Quién lo iba a pensar de Grabiel!

—Pues yo, dende que era chiquito, ya sabía que tenía que meter bulla.

—De veras, pue, que dende que estaba así, era bien vivo el indizuelo.

Mientras así hablaban, las dos mujeres iban acondicionando en una alacena la hornada de quesadillas, terminado lo cual, salieron, cerrando la casa abandonada, y tomaron calle arriba, sin dejar de comentar la brillante carrera de aquel hijo del pueblo que, un buen día —hacía de ello muy pocos años— se había largado en busca de nuevos horizontes, con un atadillo de ropa por único capital; y que ahora volvía, incidentalmente, a maravillar a sus coterráneos con su inaudito encumbramiento.

No eran ellas las únicas en acudir. A todo lo largo de la calle se veían gentes que se apresuraban en una misma dirección, hablando a una de lo mismo: que si Grabiel bía aprendido a ler en un así: que si la Fulana bía pronosticado su buena fortuna; que si el boticario bía tenido conocimiento de sus triunfos en la suidá lejana...

Ahora, quien había dado la voz de alerta, era Domingo, el sacristán. Había encontrado al grande hombre por casualidad, allá por la salida para el cementerio, y había venido en volandas con la noticia. Del sofoco, casi no podía hablar:

—¡Grabiel está allá... por el Calvario... muy bien vestido... con otros señorones!

—¿Qué Grabiel?

—¡El de la señora Ubalda, pue!

—¡Ah!...

Algunos se encogieron de hombros, indiferentes; pero tres o cuatro noveleros fueron a ver y volvieron con mayor asombro, si cabe, que el sacristán.

Efectivamente, habían visto a Grabiel vestido de "general" y codeándose con dos señores muy serios y una señorita muy guapa. Los portadores de tan pasmosa nueva,

hablaban hasta por los codos y ponían tanto fuego en sus palabras, que convencieron hasta al más escéptico.

Y comenzó un desfile interminable hacia el Calvario.

La Ustaquia y la Chana fueron casi de las últimas en llegar.

Y vieron, y se quedaron patitiesas de asombro. No menor era el que se traslucía en los semblantes de los demás congregados en la plazoleta que en ocasiones hacía las veces de tiangue. Manteniéndose a respetable distancia del grupo de forasteros, formaban a su alrededor un vasto semicírculo. Los chicos abrían la boca. Las mujeres, apenas si de vez en vez cambiaban cuatro palabras en voz baja, llamándose la atención con imperceptibles codazos. Los hombres hablaban menos todavía. Reinaba un recogimiento casi religioso.

Huelga decir que todas las miradas convergían en un punto, que no era precisamente ninguno de los caballeros desconocidos: joven y elegante el uno, que tomaba vistas con una cámara fotográfica; cincuentón el otro, dueño de una protuberancia abdominal absolutamente respetable. No era tampoco la señorita, muy joven, muy grácil y muy linda que, contemplando el horizonte con unos valiosos *prismáticos*, parecía escapada de la cubierta policroma de alguna revista de frívolas feminidades. Ni mucho menos el automóvil enorme, que bajo el polvo que lo cubría, se adivinaba nuevecito y brillante, como acabado de desempacar.

No. El único objeto de aquella admiración contemplativa, era Grabiel, el prohombre, el prominente hijo de la aldea, encumbrado a indecibles alturas por su buena estrella.

Y Grabiel era un indiazo mofletudo, de cara relumbrosa, que parecía medio estrangulado por el cuello de la

guerrera que estaba apostando con el hioides a quien llegaba más arriba. Vestía de color gris azulado. Una fila de botones niquelados lo partía en dos mitades simétricas. Los pantalones, un tanto bombachos, desaparecían dentro de unas sobrebotas de cuero negro. La gorra ostentaba una flamante visera charolada. Y visera, botones y sobrebotas, eran un solo relumbrón que tenía turulatos a los sencillos aldeanos.

Estaba el prócer erguido al lado de la máquina, con un pie en tierra, el otro en el estribo y un codo apoyado sobre el borde de la portezuela. Sereno, desdeñoso y magnífico, con la mirada perdida en la lejanía, aparentaba no conocer a nadie y recibía como un merecido tributo, al parecer sin advertirlo, el homenaje de la muda contemplación de sus paisanos.

La Ustaquia repitió como en un sueño su expresión de poco antes:

—¡Quién lo iba a pensar de Gabriel!...

—¿Nos habrá reconocido, vos?

—A saber...

En un momento dado, los forasteros se aprestaron a la marcha. Enfundaron gemelos y cámara fotográfica y se aproximaron al vehículo.

Grabiel abandonó su actitud hierática. Abrió la portezuela, y una vez que ellos se hubieron instalado en el interior, la volvió a cerrar. Abrió otra, y se acomodó en el asiento delantero. Volvió hacia atrás la cabeza todo lo que se lo permitió el cuello de la guerrera para escuchar con servil atención una orden a media voz del señor gordo. Empuñó el volante y bajó una palanca con el pie...

Y al arrancar, la costosa máquina vomitó su insolencia

sobre los campesinos petrificados, en forma de bocanadas de humo pestilente y espeso, mientras la Chana, para encarecer el pasmo que la embargaba, no encontró nada mejor que repetir a su vez la frase de la Ustaquia:

—¡Quién lo iba a pensar de Gabriel!...

ARDID

Ya hacía días que su majestad estaba con las bilis revueltas. Ahora manifestaba su furia vomitando denuestos y dando paseos desordenados, a grandes zancadas, dentro de la regia cámara. Sólo una sandalia le había quedado donde Dios manda, que es, regularmente, en la planta del pie. La otra había volado quién sabe adónde, gracias a alguna patada más violenta de lo permitido; pero él parecía no advertirlo y seguía en sus furiosos transportes a más y mejor.

De pronto se detuvo en seco lanzando imprecaciones y dio una palmada llamando gente. Se abrió en el acto un cortinón múrice, que ocultaría alguna puerta y se presentó un efebo con el desconcierto pintado en el semblante.

—¡Llama a esa muchacha! —vocifera el rey.

Se retira el mozo, diligente, y a poco se presenta la requerida, que es nada menos que la hija de aquella fiera.

Es la princesa muy joven y de belleza extraordinaria. Apenas se esbozan, levantando el lino en graciosas curvas,

las formas aparecidas en una pubertad no muy lejana. El óvalo del rostro es maravilloso y, bajo el arco nevado de la frente, brillan los ojos negros, de tamaño inverosímil. La boca dibuja un gesto de desenfado lleno de picardía. El cabello, un poquitín enmarañado, se recoge en un remedo de ese peinado sobrio y gentil que admiramos en la Venus de Milo. Por única vestidura lleva sandalias y un kitón que, más que kitón, es una calamidad, tal está de maltratado; tanto que, al andar la rapaza, por sus desgarraduras asoma la armoniosa curva de los muslos, blancos y firmes como columnas de mármol pentélico.

Se le queda mirando el real energúmeno con ojos de basilisco.

—¡Zeus! —dice—. ¡Qué facha!

Se echa ella una mirada de arriba a abajo con ligera inclinación de cabeza. Alza de nuevo los ojos y se queda tan fresca, en espera de lo demás.

—¿De manera —pregunta el papá— que tampoco éste?

—Tampoco —dice ella lacónicamente.

—¡Lo que te va a pasar, es que te vas a quedar para vestir santos!

Por única respuesta, se encoge de hombros como diciendo: ahí me las den todas.

—Quisiera saber yo —continúa el monarca— cuáles son tus intenciones. Te han llovido pretendientes como langostas de todo el Archipiélago, y a todos los has despreciado. ¿Qué es lo que esperas para decidirte?

—Yo, papá...

—No me interrumpas, ¡por Hades! ¡Ya esto pasa de

castaño oscuro! Ahora mismo te vas a decidir por alguno, sin más vacilaciones ni remilgos. ¿Te has creído tú que el todo no es más que andarse corriendo por las breñas, apedreando liebres y rompiéndose las vestes en las espinas? ¡Pues te digo que estás en un error y que este estado de cosas tiene que terminar ahora mismo! ¡He dicho!

—Bueno, papá —contesta la niña con el aplomo de quien ha meditado muy despacio lo que va a decir—. Tienes razón que te sobra, y estoy pronta a casarme con el primero que me atrape.

El rey manifiesta en el gesto un asombro sin límites.

—¿Con el primero que te atrape?...

Sin responder de momento, su hija lo agarra por un pliegue del manto, y sin fijarse en que le falta una chancleta, digo, una sandalia, lo lleva en una sola carrera al peristilo del palacio para mostrarle el paisaje que desde ahí se domina. Más allá de las azoteas de la ciudad aparece una planicie verdegueante, inmensa. Y más allá, en el fondo, el mar inquieto y bullidor, que canta y espumea al romper sus ondas en los estrechos del Archipiélago.

—Mira —dice mostrando la planicie—. ¡Qué hermosa palestra! Ahí quiero ser vencida por el que ha de ser mi esposo.

—¿Qué dices? —pregunta el rey sin comprender.

—Digo que me casaré con el hombre que llege a vencerme en la carrera. Con el que logre alcanzarme antes de que mis pies se mojen en el agua del mar.

Tuerce el morro su majestad al oír aquella salida. ¡Buena es la niña para dejarse atrapar, si no quiere! ¡Ella, que está acostumbrada a perseguir y cazar gacelas pillándolas por el rabo!

Sin embargo, tiene que someterse. ¿Qué recurso le queda?

Y hace publicar edictos.

* * *

Y se repitió la afluencia de pretendientes. Nuevos, algunos. Otros, ya conocidos, que venían a ver si podían hacer una compota de calabazas.

Pero muy pronto se descubrió el juego de la muchacha. Consistía el truco en llegar la primera a la playa, donde se daban en abundancia las que, rodando los años, vinieron a llamarse *peladillas* o *lágrimas de San Pedro*. Y allí el rendido perseguidor, que por mucho que se esforzara venía con regular retraso, era recibido a pedrada limpia por la princesa, y tenía que correr como un gamo en sentido opuesto, si no quería que un guijarro le rompiera el bautismo.

Así fueron vencidos todos, uno tras otro; el rey estaba de cólera, que trinaba.

Pero se precipitaba en trinar, porque se presentó un último candidato cuando menos se esperaba. Era un mancebo apuesto y desconocido que llegó con arrogante sencillez reclamando el derecho de aspirar a la mano de la princesa.

* * *

El día y hora señalados para la prueba, la improvisada palestra estaba rebosando de una abigarrada multitud. Aparecieron los contendientes. Altiva, indiferente, ella. El, afectando una calma que estaba muy lejos de tener.

A una señal, partieron como dos saetas entre gritos y jerigonzas vociferadas en puro griego.

No tardó ella en comprender que tenía que vérselas con un adversario temible, que corría como el mismo Hermes. Con todo, no se amilanó, y desplegando toda la agilidad de sus piernas, empezó a ganar terreno.

Pero en esas vio algo que se le adelantaba rodando por el suelo: una pequeña esfera amarilla que torcía a la izquierda dando tumbos. La reconoció en el acto. Era una manzana de oro, de las que frutecían en el jardín de las Hespérides.

No vaciló. Aquel fruto maravilloso, bien valía la pena de un momento perdido. Se desvió de su curso y, sin detenerse casi, lo levantó del suelo.

Poco tardó en rodar una nueva manzana, atrayendo sus miradas codiciosas. Esta vez la desviación tuvo que ser mayor; pero... ¡una manzana de oro! ¡Oh, Deméter! ¿Podía, acaso despreciarla?

Guardóselas en el seno y volvió a correr más rápida que nunca. Ahora había que llegar de un tirón a la playa, sin más contratiempo.

¡Que si quieres! La tercera manzana, a su vez, rodaba saltarina, tentadora, ahí no más. Con sólo agacharse, podía hacerla suya. Se agachó, en efecto, y la cogió al vuelo en uno de tantos botes. Y cuando quiso continuar su carrera loca, sintió que un brazo la detenía suavemente por el talle.

¡Vencida! ¡Había sido vencida por aquel desconocido!

La amarga evidencia anuló sus energías. Sintió que el pecho se le oprimía dolorosamente. Le flaquearon las piernas y sus ojos cesaron de percibir la luz.

Cuando volvió en sí de su pasajero desmayo, su vencedor la tenía levantada en vilo y la estrechaba, tembloroso, entre sus brazos.

La luz se hizo repentinamente en su alma, con una cla-

ridad tan viva, que se sintió deslumbrada. Y comprendió que el rey su padre estaba muy en lo cierto al decir que hay algo más que andar cazando liebres a pedradas y dejando jirones de kitón en las malezas. ¡Había algo más, sí! Por ejemplo, aquella dulce prisión entre unos brazos viriles, caricia ignorada para ella, placer insospechado.

Apoyando ambas manos en los hombros del desconocido, se apartó un tanto de él para contemplarlo a su sabor. Era joven, fuerte, bello. La boca entreabierta, anhelaba y sonreía a la vez. Los ojos pardos brillaban con fulgor de júbilo a la sombra de las crenchas revueltas. En el pecho desnudo, un fino vello tendía su leve sombra sobre la piel morena.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Hipómenes...

—Tuya soy, Hipómenes —dijo.

Alzó él un poco más sobre su torso el torso grácil, como afirmando la posesión de su conquista.

Continuó la doncella:

—Ahora, volvamos a casa. ¡Verás qué contento se va a poner el viejo!

Y como él intentara dejarla en el suelo:

—No —suplicó mimosa—. Estoy cansada. Llévame en brazos.

¿Cansada? ¡No hay que creerse! Yo, que estoy en el secreto, puedo asegurar que mentía...

* * *

Tal ocurrió en Esciros, la luminosa Esciros, hace un montón de olimpíadas.

CAPRICHO

La Senda Bajo los Arboles

JENARO, el rústico, examinó por centésima vez, con todo disimulo, la sonrosada figulina que iba a su lado bajo los árboles, camino del remanso; y por centésima vez se encontró irremediablemente zafio y burdo con sus zapatones de becerro, con su vestido almidonado de dril de ínfima calidad, y su sombrero de junco que un tiempo fuera blanco y ahora reproduce con rara fidelidad el color indeciso de la carretera.

Observó, con el rabillo del ojo, las manos de la "señorita", tan blancas, tan limpias, como jamás había visto otras iguales; manos que, más de una vez, en los pasos difíciles, se han apoyado en su hombro con descúidada naturalidad, inconscientes, o acaso indiferentes, ante el deleitoso estremecimiento que el leve contacto despertaba en todo su ser; y trató de ocultar, sin saber dónde, las manazas callosas de negras uñas resquebrajadas.

Aspiró con íntimo arrobamiento el perfume que exhalaba aquella delicada personita, recibiendo en pleno rostro el

aliento que le echaba encima, al parecer con intención desenvuelta, provocativa, cruel; y trató de apartarse un tanto para no herirla con la tufarada de sudor y de polvo.

¡Pobre Jenaro! Con dolor recordaba que, tiempos antes (pues la nena acostumbraba venir todos los años con su familia, para la temporada de café), se trataban casi de igual a igual. Ella le hablaba de la ciudad, de los escaparates de las tiendas, de la *misa de nueve* en Catedral, de las procesiones de Semana Santa. El, le decía de cosas del campo: el nombre de los árboles, el nombre de los pájaros; le explicaba el mecanismo de las trampas para cazar taltuzas, y de mil otras cosas, sin pizca de timidez... ¡Y ahora, sus veinte años sanos y robustos, se sentían extrañamente cohibidos y torpes en presencia de las diez y ocho frágiles primaveras de la refinada muchachita de la capital!

Ahora, obedeciendo a un capricho de la niña, se encaminaban ambos al remanso que adormecía sus aguas quietas bajo las frondas agrestes, a pocas cuadras del caserón de la finca. Iba ella a bañarse. El, para llevarle sus ropas de baño, su cámara fotográfica dentro del estuche de cuero negro, y para librarla de importunos todo el tiempo que quisiera juguetear, como una maravillosa ondina vestida de *maillot*, entre las transparentes ondas.

Ensueño

Cuando llegaron, el sol no había subido lo bastante para besar la superficie del agua, que reflejaba los sombríos ramajes con la pureza de un cristal azogado.

Allí lo despidió la niña.

—Espérame bajo el amate —díjole.

Mudo y obediente, le entregó el lío de ropa, y con la

cámara en bandolera, retrocedió hasta el sitio designado, fuera de la vista del remanso.

Tomó asiento en las raíces del árbol, y a falta de mejor ocupación, se puso a escuchar las voces de la selva; el crujir de las hojas secas arrastradas por la alegre brisa matinal, la música de los cantores alados, el chirriar de una carreta lejana. Se entretuvo largo rato en seguir con la vista una apretada fila de hormigas que se perdía a trechos bajo las yerbas. Al fin se cansó de esta observación, porque su pensamiento estaba ausente. Echándose hacia atrás, buscó arrimo en el tronco del árbol, y así casi acostado, con las manos por almohada, cerró los ojos y se puso a soñar...

Ahogado, a veces, por el estrépito de las ondas quebradas en sonoros chapuceos; confundido en los múltiples rumores de la selva, el reír de la doncella que se bañaba, subía por los aires como un gorjeo más...

La Visión del Remanso

Se hizo, al cabo, un prolongado silencio en el remanso. Calculando él que su amita se habría ido a vestir, se puso en pie. Con ademanes reposados se quitó de los hombros la correa del estuche que lo estaba incomodando, y avanzó algunos pasos para desentumirse. De pronto sintió que su corazón paralizaba sus latidos. La sorpresa casi lo hizo tambalearse. La cámara se le escapó de la mano y allá se fue rodando cuesta abajo, hasta quedar detenida en una raíz, ya casi para caer en el agua. Bien pudo haberse ido al fondo, que el feliz Jenaro no tenía ojos más que para el estanque: sobre el burbujeo de las inquietas ondas, desnuda como una verdadera ondina, flotaba de espaldas la muchacha, inmóvil, blanca, simétrica, cerrados los ojos y retratando en la expre-

sión de su rostro el placer que le causaba el contacto frío del agua sobre la piel de seda. Su boca estaba entreabierta, como en la espera del beso, y su seno de alabastro se alzaba más o menos a flor de espuma, siguiendo el ritmo de la respiración jadeante. Apenas si se notaba el ligero movimiento de los brazos que la mantenía a flote.

Jenaro tenía la boca seca y se oprimía el pecho con ambas manos para contener sus latidos precipitados. Se sentía como clavado en el suelo, y por nada en el mundo habría interrumpido aquella visión paradisíaca. Un momento, sí, estuvo a punto de retirarse con repentino sobresalto, creyendo advertir que los ojos de la ondina no estaban perfectamente cerrados. Tuvo la sensación de que por entre los párpados mal unidos lo iban a ver las pupilas asustadas; pero no. Fue sin duda una ilusión, y allí se quedó maravillado, tembloroso, ante el divino espectáculo.

Después de un tiempo que no le pareció del todo largo, vio cómo la doncella invertía, ondulante, la posición de su cuerpo y nadaba con facilidad hacia la escarpada margen de piedra. La vio escalar trabajosamente, ayudándose de pies y manos, el áspero ribazo y, ya de pie sobre el césped húmedo de rocío, inclinando el cuerpo hacia adelante, exprimirse con ambas manos los mechones dorados. Enderezarse luego, echar la cabeza hacia atrás, e imprimiéndose rápidas sacudidas laterales, apartar de la frente las guedejas mojadas...

Con toda claridad pudo ver cómo el gracioso movimiento lanzaba en todas direcciones innumerables gotitas que se irisaban a los rayos del sol.

¡Ah!... si aquel rústico hubiera sido un erudito... ¡Qué momento para evocaciones paganas! ¡Oh, Anadiómene! ¡Oh, inmortal Calípige!...

Cuando la muchacha llegó bajo el amate, allí encontró al gañán, como si no se hubiera movido una línea. Estaba, acaso, un poco pálido. Tal vez le temblaba un poco la voz, y nada más. A su lado, dentro del estuche de cuero, la cámara estaba cuidadosamente colocada sobre una piedra, reluciente de puro limpia.

Emprendieron el regreso, ella decidora y alegre como siempre, él más torpe y más sombrío que nunca. A las preguntas que ella multiplicaba como de propósito, casi no respondía, por timidez o porque no se daba cuenta de ellas. Aquel camino, aquellos árboles, aquellas cosas, le parecía verlos por primera vez.

Ya en el portal del caserón, al tiempo que la niña tomaba su cámara de las trémulas manos del campesino, le dijo mirándolo al fondo de los ojos, con una sonrisa de indefinible picardía:

—No volveré a confiarte mi *kodak,* Jenaro... ¡Por nada me la mandas hoy al fondo del estanque!

Y Jenaro, viva estatua del estupor, ahí quedó boquiabierto, contemplando cómo se perdía a todo correr en las sombras de la casa, aquel perfumado torbellino de encajes blancos y traviesas carcajadas...

MUÑECAS

PROLOGO

El cómo y el porqué de haber llegado a mis manos el manuscrito, es una historia muy larga que acaso algún día me resuelva a contar. Por hoy, sólo quiero entresacar algunos fragmentos que, reunidos, forman un todo bastante homogéneo. En el primero, escrito por una niña de nueve años, hay no pocas enmendaturas mías, que sólo afectan la forma. Los demás, están copiados al pie de la letra. Leed:

1908

Es Nochebuena. En la pobre y vetusta sala de mi casa, sobre la mesa cubierta por un antiquísimo tapete desteñido por los ángulos, arde un quinqué de petróleo que, aunque en honor de la fecha prodiga sus mejores destellos, más que ahuyentar las tinieblas, parece hacerlas resaltar con medrosas movilidades en los ángulos más apartados.

En derredor de la mesa estamos todos esperando las doce para ir a la misa del gallo. Todos, es decir, papá y mamá; Luis, amigo de la casa a quien tuteo y quiero como un her-

mano mayor, y que acaba de recibir su título de abogado, y una servidora de ustedes, la señorita Gloria, que ha visto pasar la Nochebuena, nada menos que nueve veces...

Mientras las personas mayores me olvidan charlando de cosas que no entiendo, yo, abstraída, divago. Sueño despierta mil cosas agradables y, naturalmente, mi pensamiento viene a caer sobre el asunto que tanto me ha preocupado estos últimos días. Se trata de una hermosísima muñeca que he visto en el escaparate de una tienda. Es tan grande que creo me llegará al hombro. Vestida de raso blanco, cubre su cabeza un sombrero de paja adornado con plumas, y lleva en la mano una sombrilla también blanca. Entreabre su boquita roja en una sonrisa que deja al descubierto los dientes, blancos y pequeños como perlas; y con los ojazos azules y reidores, parece decir a quien se acerca... "Llévame". Una muñeca que es un verdadero prodigio por lo hermosa y por lo rica. Un juguete nunca visto que me ha sorbido el seso por completo.

¡Qué feliz fuera yo si pudiera llamarme su dueña! La deseo con tal vehemencia, como nunca deseé nada en mi vida. Dormida y despierta vivo soñando con ella, y no han sido pocas las veces que he escapado corriendo de casa para pasarme las horas muertas contemplándola embebecida.

Una de tantas veces (todavía lo recuerdo con espanto) al llegar frente a la vitrina, tengo una dolorosa sorpresa que me hace desfallecer. Y con razón. *¡Mi* muñeca ha desaparecido de su lugar acostumbrado! Nunca había pensado en la posibilidad de que fuera vendida, y he aquí que la triste realidad viene a herirme en pleno ensueño.

Pero la ingrata pesadumbre no dura más que un momento. Recobrada de mi primera emoción, advierto que no

sólo el objeto de mis ansias, sino todos los demás juguetes que antes contenía el escaparate, se han ido para ceder su lugar a otros. Tal vez no sea más que un cambio de exhibición, y es muy posible que la muñeca esté todavía en el almacén. No vacilo un momento. Penetro anhelante, casi febril, y al primer empleado que veo le pregunto por ella. Obsequioso y llamándome "señorita", cosa que me halaga enormemente, me guía por entre un laberinto de cajas y mercaderías. Haciendo mil recodos atravesamos diagonalmente el almacén, y allá en el fondo, sobre un pequeño zócalo de donde arranca la estantería, hay una larga caja de cartón. Mi conductor la abre, y una alegría inmensa, la felicidad que por un momento creí perdida, inunda mi corazón. Allí esté mi tesoro. Como está acostada, y siendo, como debe ser, una niña juiciosa, la encantadora se ha dormido. Me acerco de puntillas para no despertarla y la devoro con los ojos. Así, de cerca, la encuentro todavía más hermosa. Tímidamente, con la punta de un dedo, me atrevo a tocar la punta de uno de sus zapatos de gamuza, y asustada de mi temeridad, vuelvo los ojos al empleado temiendo su indignación. Mas no. Ahí está, muy serio, es cierto, pero no adusto. Al contrario, se inclina hacia mí en actitud de solícita deferencia, y con la mirada me interroga presto a servirme, tal como si yo fuera una persona formal. Esto me da ánimos y con desparpajo le pregunto:

—¿Cuánto vale?

Me responde enunciando una cifra que me deja pasmada. ¡Dios mío! No sabía yo que una muñeca pudiera valer tanto dinero. Se me oprime el pecho dolorosamente y con un suspiro de resignación me dispongo a salir; pero antes quisiera probar fortuna, y no sin cierto embarazo, ofrezco a aquel hombre por su muñeca otra suma mucho más pequeña que la que él

me ha pedido. El efecto es inmediato. La expresión obsequiosa que tanto me había halagado, se borra de su rostro como por encanto, para dar lugar a una risa franca e impertinente que le hace bailar las facciones... El miserable se burla de mí ¡qué duda cabe! y aturdida, desconcertada, con los ojos llenos de lágrimas, abandono aquella casa tan presto como me lo permiten mis pobres piernas temblorosas.

Voy con la muerte en el alma, considerando perdida para siempre mi cara muñeca, a menos que intente un esfuerzo desesperado para lograr su posesión inmediata y definitiva, antes que otra más afortunada se la lleve. Sí: ¿por qué no ensayar? Papá me quiere mucho, y acaso con algunas insinuaciones mías, resuelva pedir un adelanto de su sueldo para comprármela. Toda la tarde, presa de mortal incertidumbre, paso madurando mi plan y preparando mi discurso. Y por la noche, en la hora propicia de los cuentos de hadas, me decido. Luis, el asiduo concurrente de mi casa, está con nosotros. Yo, primero tímidamente, luego con más bríos, hablo de la muñeca con toda la elocuencia de que soy capaz; trato de describirla, me entusiasmo... y Luis no me deja concluir:

—Lo que es esa muñeca —me dice—, te la voy a regalar yo, en premio de tu buen comportamiento en la escuela.

La ironía me hiere en lo más vivo. Siento un nudo en la garganta y bajo la cabeza, avergonzada. Ardientes lágrimas resbalan por mis mejillas, pero mi orgullo me hace ocultarlas. Paso de monos toda la velada, y es en vano que mi ofensor me siento en sus rodillas y me bese cosquilleándome con el bigote para obligarme a reír. No hay reconciliación posible. Yo, a este Luis, lo quiero mucho casi siempre; pero a veces se pone tonto y entonces siento que no lo quiero ni pizca.

Todos estos recuerdos, recientísimos aún, acuden a mi memoria en esta Nochebuena que debía ser tan alegre y que, en cambio, es tan triste porque me tortura ese anhelo no alcanzado. Y en medio de mi quebranto, mi cabecita de nueve años hilvana mil enredos a cual más absurdos. Dicen que esta noche, a los niños ricos, los Reyes Magos les llevan juguetes y golosinas... ¿por qué ahora alguno de ellos no había de tener el capricho de visitar una casa pobre? ¿Por qué esa casa no había de ser la mía? ¿Y si en el momento menos pensado uno de esos reyes, que deben ser muy buenos, porque tienen la barba muy blanca, llamara a la puerta y me trajera mi muñeca?... Y en fuerza de pensar en ello, me va pareciendo la cosa más natural del mundo y por momentos espero que aparezca el hermoso anciano.

Y ¿quién lo creyera? El prodigio se cumple. Suenan en la puerta tres golpes. Yo, regocijada, no me muevo, y río de pensar en la sorpresa que se van a llevar todos. Papá deja su asiento, va a la puerta y la abre. En el umbral aparece Gaspar. Yo nunca lo he visto, pero lo reconozco en el acto. Es Gaspar, vestido con un resplandeciente manto de oro, luciendo una corona relumbrante de pedrería y con una venerable barba de nieve que le cubre el pecho por entero. Lleva bajo un brazo una larga caja de cartón y oigo su voz, una dulcemente cascada voz de viejo, que pregunta por mí. Papá, sin hablar palabra, se inclina reverente y con la mano hace un ademán que me designa.

El rey avanza lleno de majestad. Y a medida que se acerca voy sintiendo miedo, un miedo terrible y absurdo que me deja como clavada en la silla y hace inútiles mis esfuerzos desesperados por levantarme y correr. Por fin el terrífico visitante está a la vera de mi silla. Es más grande que papá,

más grande que Luis, más grande que ningún hombre de los que yo conozco. Quisiera llamar pidiendo socorro; pero mi garganta es incapaz de articular un sonido; y aun es probable que nadie acudiera a mi clamor, porque no veo a nadie en la sala. ¡Estoy sola con el terrible Gaspar, que al ofrecerme la caja abierta con mi muñeca sonriente, apoya una mano sobre mi hombro! Es una mano que pesa como una montaña y yo, en el colmo del terror, consigo al fin lanzar un grito despavorido.

—Ea, tontuela, no te asustes. Aquí está tu muñeca, tómala.

Es la voz afectuosa y grata de mi amigo Luis. Allí donde una extraña ilusión me hizo ver un viejo rey de leyenda, no hay más que un joven abogado del siglo veinte, que con una mano me acaricia levemente el hombro, presentándome con la otra mi hermosa, mi querida muñeca, que desde el fondo de su caja de cartón me tiende los bracitos y me dice: "¡Aquí estoy!" con sus ojazos azules.

Apenas doy crédito a mis ojos. Medio adormilada aún, me acerco a mi tesoro. La realidad acaba por imponerse a mis sentidos, y ya completamente despierta, salto al cuello de mi amigo.

—¡Oh, Luis —exlamo apretujándolo— qué bueno eres!

Vuelvo a la muñeca, la palpo, la examino por todos lados y río y lloro de contenta. La encantadora tiene una cuerda azul para decir *mamá* y otra roja para decir *papá;* cierra y abre los ojos, tiene sedas y blondas y cabellos de verdad. Es sencillamente maravillosa.

Ahora sí, quiero de veras a mi amigo Luis, y así se lo hago saber.

—Oye, Luis —le digo— yo te quiero mucho ¿sabes?

y un día, cuando sea grande, te he de regalar algo que te guste mucho, mucho.

—Bueno, nena —responde—; pero para que tú seas grande falta todavía mucho tiempo... ¿Quieres darme un beso como adelanto?

No me hago repetir la demanda. Me cuelgo otra vez de sus hombros y le estampo dos sonoros besos en las mejillas.

—¡Mi Luis querido! —grito llena de júbilo—. ¡Qué feliz me haces!

Mi regocijo, por lo visto, es contagioso. Todos ríen conmigo, felices de verme tan feliz.

A lo lejos, en el seno de la noche constelada, se oye el plácido clamor de las campanas llamando a los fieles para la misa del gallo...

1918

Nochebuena. Noche arrobadora, noche única ¿Qué músicas inefables vagan sobre la solemnidad de tu silencio? ¿Qué idioma de ensueño hablas con la luz de tus constelaciones? ¿Qué encanto inexplicable encierras en tu atmósfera? ¿Qué misterioso poder hay en ti? ¿Qué tienes, para hacerte inconfundible entre todas las noches de la eternidad? Te nos metes corazón adentro cuando, niños aún, alienta nuestros pechos un alma con alas, alas locas para volar por países de ensueños mágicos, por regiones de maravilla cuyo camino olvida el hombre... y tu hechizo no nos deja nunca más. Es en vano que los años pasen: cada vez que vibra tu nota alegre en el concierto de nuestra vida, hay en ella un milagroso resurgimiento de cosas que fueron, y es como si volviéramos un poco a ser los niños de ayer.

Hoy estás hermosa cual ninguna. Luces tus pedrerías

de las noches de fiesta. Orión, en el cenit, brilla esplendoroso como nunca; en Occidente, casi toca en el horizonte Casiopea, mientras que en Oriente se adivinan los siete diamantes de la Osa. Hay un derroche de luces inusitado en la morada infinita de Dios; pero oye: Más hermoso, mucho más hermoso que ese cielo tuyo incomparable, es el cielo que llevo dentro de mí. Soy feliz. Voy, bajo las estrellas, del brazo de mi novio, cuyo pecho noble y fuerte siento palpitar junto al mío; oigo a poca distancia los pasos de mis padres que nos siguen; tengo diecinueve años, estoy sana de cuerpo y de espíritu y paso por ser muy hermosa. ¿Qué más quiero? ¿Qué más pudieras darme tú, Nochebuena, cuando yo tengo el amor?

Dicen que mi novio es viejo para mí... yo sólo sé que mi Luis tiene y tendrá siempre para quererme un corazón de niño. Es veinte años mayor que yo, pero su alma no es más vieja que la mía. Es guapo y es bueno, y yo lo adoro; cuando voy a su lado, le doy infinitas gracias a Dios por esta mi debilidad de mujer que me hace necesitar el amparo de su brazo fuerte.

Una presión acentuada de mi mano sobre este brazo, le va diciendo, como de chiquilla le dije en una noche inolvidable:

—¡Oh, mi Luis, qué feliz me haces y cuánto te quiero!

Sus ojos me contestan; pero ¡ah! en sus miradas hay tantas cosas, que prefiero no escribirlas...

1920

Es noche avanzada. Reina en la estancia una discreta claridad que hace aparecer los objetos con indecisos contornos. Me embarga una impresión extraña de vacío, de anestesia

general, que me hace ignorar mis miembros entre las ropas de la cama. Es una agradable postración, una dulce debilidad rayana en la beatitud, algo como si no persistiera de mí otra cosa que mi pensamiento, y aun ese pensamiento se desmadeja perezoso en una rara somnolencia. Hay, sin embargo, entre el maremágnum de mis ideas incoherentes, una que se precisa con más firmes lineamientos, que me colma de felicidad y arrulla mis ensueños imprecisos. Es la certidumbre de una presencia nueva en mi casa y en mi vida; es el pensamiento de mi hija que acaba de nacer. La adivino dormida y primorosa en su cunita blanca al lado de mi cama, y no puedo pensar en otra cosa: para todo lo demás, mi cerebro permanece profundamente entorpecido.

Poco a poco mis ideas se van haciendo más claras. Oigo voces masculinas en la pieza contigua. La una es de mi marido y la otra debe de ser la del doctor que da sus últimas instrucciones antes de marcharse. Las voces se alejan hasta perderse en la distancia, y suceden luego momentos de silencio que se me antojan siglos. Por fin una puerta se abre sin ruido y Luis entra avanzando hacia mí tan silencioso como una sombra. Fatigada por la espera cierro los ojos; pero sonrío para que vea que no duermo. Se sienta en el borde de la cama y aprisiona entre sus manos una de las mías. Así pasan largos minutos. Soy completamente feliz...

De pronto me doy cuenta de que cantan a lo lejos las campanas. Sus voces me llegan muy amortiguadas, pero bastan para despertar en mi alma recuerdos que dormían, un mundo de recuerdos tan caros para mi corazón, como lo es cuanto se relaciona con el hombre que está cerca de mí. ¡Imborrable historia de unos amores que empezaron cuando yo era una niña, y que morirán cuando yo muera!

Necesito coordinar mis ideas. Puerilmente pregunto, y mi voz suena apagada, sin timbre:

—¿Qué fecha es hoy?

—Veinticuatro —responde.

La coincidencia me hace sonreír, complacida.

—Veinticuatro de diciembre —exclamo—. ¡Nochebuena!

—Sí, Gloria —me dice su voz adorada—. Nochebuena; pero no hables, que te hace mal. Procura dormir. Yo estaré cerca de ti...

—No, si ya no hablaré; pero oye: ¿Te acuerdas de Luisa? (así había bautizado, con el nombre de él, a mi antigua muñeca). En una noche como ésta me la llevaste a casa... Pues bien, allí está la tuya ¡tómala! Muñeca por muñeca...

Extiendo lentamente el brazo señalando a nuestra hija.

Mi Luis no me responde. Se inclina hacia mí y me besa dulce y largamente la mano, después la frente. Sus ojos están húmedos de felicidad, y sus besos me saben a mieles.

A lo lejos, el jubiloso clamor de las campanas está llamando a los fieles para la misa del gallo...

CUENTO DE HADAS

Es de noche. En la quietud de la sala, alrededor de la mesa iluminada por una lámpara con pantalla crema, los abuelos conversan a ratos, a ratos meditan abstraídos. La nieta, una señorita de diez años, lee un libro de cuentos.

Después de un largo silencio, suena la voz de la abuela, suave, dulce, cascada:

—Ya es tarde, hija mía. ¿No te quieres acostar?

—Aguarda un momento, abuelita. Déjame terminar esto.

Y luego, el abuelo:

—¿Qué lees?

—Un cuento de hadas.

—Lo acabarás mañana, niña —dice la anciana.

—Déjala, mujer... ¿No ves que es un cuento de hadas?

Hay otro prolongado silencio. Por fin, la pequeña lectora cierra el libro.

—¿Y por qué ya no hay hadas, abuelito?

—¿Quién te ha dicho que no las hay?

—Yo nunca las he visto. Por eso creía...

—Pues existen, no lo dudes. Pregúntaselo, si no, a tu abuelita.

—¿Es verdad, abuelita?

—Es verdad —dice la abuela, soñadora—. Yo he visto una...

En los ojos de la nena se pinta el asombro más profundo.

—¡Tú! ¿Cuándo? ¿Cómo fue?

—Algún día te lo he de contar...

—Cuéntamelo ahora. ¿Quieres? ¡Cuéntamelo!

Sonríe la anciana, complaciente. Su voz adquiere inflexiones casi juveniles:

—Hace muchos, muchísimos años. Era yo una niña casi de tu misma edad, tal vez un poco menor. Porque yo, aunque no lo parezca, también he sido niña una vez como tú, con tus mismos ensueños y tus mismas aficiones. Yo también deliraba por los cuentos de hadas.

—Son muy lindos ¿verdad, abuelita?

—Mucho. Leyendo uno estaba cierta noche, mientras mi madre cosía. Y yo, como tú hace un momento, le pregunté:

—Mamá, ¿por qué ya no hay hadas?

—Sí, las hay, me respondió mi madre.

—¡Yo quisiera ver una!

—No es difícil —me dijo ella.— Cuando las niñas son buenas, a veces se dejan ver.

Yo, entonces, me hice el propósito de ser muy buena para conseguir que un hada se dejara ver. No es que fuera yo una niña mala, no; pero quise ser mejor. Y para mejor concentrar mi voluntad, para hacer más intenso mi propósito, cerré los ojos y cerré el libro. Y mira tú lo que valen las buenas intenciones, si se tiene la firme voluntad de cumplirlas: mi deseo se realizó. Unas voces se oyeron afuera, que se iban acercando; y resonaron unos golpes en la puerta, haciéndome sobresaltar.

—¿Y quién era, abuelita?

—Aguarda. Mi madre me mandó abrir. ¡Cómo me palpitaba el corazón; cómo temblaba, sobrecogida, cuando fui a quitar el cerrojo! ¿Sabes quién había llamado? ¿No adivinas a quién vi a dos pasos del umbral cuando abrí la puerta?

—¿Era el hada?

—El hada misma. ¡Y qué linda era! La envolvía desde los hombros una amplia capa de armiño que ella, con una mano cuajada de diamantes, mantenía cerrada sobre el pecho. Tal estupor me invadió al verla, que mi corazón dejó de palpitar por un momento y sentí quedarme a obscuras. Creí que me iba a caer.

¿Y el hada qué hizo?

—Cuando pude recobrarme, la vi en mitad de la sala, hablando con mi madre, que se había levantado para recibirla. La capa, ya entreabierta, dejaba al descubierto un vestido, blanco también, tan vaporoso, que parecía hecho de espuma. Adornaba su cabeza un gorro muy alto y puntiagudo, y en la mano llevaba una varita mágica de oro.

—¿Y a ti, no te habló?

—Sí. Mientras me acariciaba los cabellos con su mano enjoyada, me dijo algo que no pude comprender. Yo permanecía embobada. Tanto, que al principio no me di cuenta de que alguien había entrado con ella.

—¿Quién la acompañaba?

—El Príncipe Encantador...

—¡El Príncipe Encantador!

—¿Verdad que había motivo para perder la cabeza? El príncipe vestía de terciopelo negro: casaca con botones de plata, pantalón corto y medias de seda. Le caía hasta la cintura una capa de raso ocre. Llevaba espadín y un gorrito negro adornado con una pluma ocre. Era un principito imberbe, muy joven y muy guapo. Parecía una damisela vestida de hombre.

La abuela, mientras habla, mira al anciano que sonríe con expresión lejana, como acariciado por quién sabe qué recuerdos muy dulces.

—Pero bien —pregunta la niña, impaciente—. ¿Qué querían contigo? ¿A qué llegaban a tu casa?

—Viajaban juntos por el bosque en un hermoso carruaje. (Olvidaba decirte que mi casa estaba en medio del bosque). Una avería cualquiera, una rotura de los arneses, los había obligado a interrumpir su marcha y a pedirnos una corta hospitalidad mientras sus lacayos reparaban el desperfecto. No duró mucho la operación, de manera que nuestros visitantes se despidieron bastante más pronto de lo que yo hubiera querido. Y mucho tiempo después de que el estrépido y las luces de su carruaje se habían perdido a lo lejos, yo, como clavada por una extraña fascinación, aún permanecía a la puerta, queriendo descifrar con los ojos el misterio de las tinieblas. Otro coche, y otro, y otros después, pasaron a todo correr por la carretera, y hasta mí llegaban las risas y las voces de sus ocupantes.

—¿Otras hadas, tal vez?

—No. Gentes felices, invitados que acudían a un baile de máscaras que daba un señor muy rico en su palacio de las cercanías.

¿Y nunca más volviste a ver al hada?

—Nunca más...

Callan los tres, ensimismados. Los viejos se pierden en el maravilloso país de sus recuerdos. La niña sonríe, acariciada por la ilusión.

—Y tú, abuelito —dice de pronto— ¿has visto hadas también?

—No sólo las he visto, hija mía, sino que alguna vez he andado con ellas.

—¡Tú!

—¡Yo mismo! Pero ya es hora de dormir. Otro día te he de contar esa bella historia.

Hora de dormir, sí; pero la nena no tiene sueño. Antes de irse a la cama, quiere soñar un poquito...

LA NINFA

Era un jardín que parecía un bosque. Arriba, dibujando sobre el fondo azul del cielo su mosaico verde, se entrelazaban las ramazones, inmóviles y solemnes, como las arcadas de un templo en ruinas. La tonante voz de la ciudad no llegaba hasta el seno de aquella naturaleza mitad inculta, mitad civilizada, donde sólo se oía la música de las aves entre las hojas o el correr de las alimañas a ocultarse en la misteriosa grieta de algún muro. Hilos brillantes y casi invisibles flotaban en el aire quieto, y sobre la humedad de los callados senderos podía acaso descubrirse, aquí y allá, la huella de una pezuña hendida, como si el dios Pan hubiera pasado por ahí momentos antes. Y el alma alucinada, soñando estar muy lejos de la vida artificiosa de los hombres, casi esperaba encontrar de pronto al dios caprípede, apoyado sobre alguna carcomida raigambre, con la flauta de Syringa entre los labios.

Nada faltaba a aquel jardín para ser un bosque; ni esa mezcla de mil rumores inexplicables que es la voz de

la Naturaleza, ¡ni siquiera los habitantes mitológicos con que quiso poblarlos la fantasía helena! Porque a la largo de los tortuosos senderos cargados de sombras... ¿lo recuerdas?... corrían una ninfa y un fauno que se perseguían.

¿Era acaso una ninfa divinamente impúdica, que exponía a los besos del aura el nácar luminoso de su torso desnudo? ¿Arrastraba tras de sí, como una dorada clámide, su abundante y ensortijada cabellera rubia? Nada de eso: aquella ninfa usaba melenita sacrílegamente recortada por modernísimas tijeras, y vestía falda corta de *georgette*, a la última moda de París, ni más ni menos como cualquier damita elegante; y el fauno, para no ser menos, llevaba con la mayor frescura del mundo, su correspondiente traje de corte ultramoderno.

Huía la ninfa, pero a las claras se veía que no le causaba mucho temor la eventualidad de ser atrapada, ya que no parecía desarrollar toda la energía de sus ágiles piernas, ni en su rostro se traslucía el pavor, sino más bien una rara mezcla de regocijo y picardía, al par que de su garganta se escapaba el armonioso encanto de su risa provocadora.

El feroz perseguidor, por su parte, no demostraba tener gran prisa por alcanzarla. ¿Cómo explicar, si no, que su carrera no fuese todo lo rápida que se lo hubieran podido permitir sus músculos, que se adivinaban ágiles y fuertes? ¿Cómo poder comprender, de otro modo, que su expresión no mostrara la ansiedad del que está inseguro del triunfo, antes bien la sonrisa tranquila del que sabe que la presa ya es suya antes de tocarla?

Y así era, en efecto. A poco, la rusticidad del sendero que seguían se vio interrumpida por la presencia de una romántica glorieta cuajada de enredaderas.

Y fue en aquel abrigo encubridor y propicio... ¿Te acuerdas?... donde las bocas de ambos se juntaron en besos y más besos interminables.

Yo no sé si la ninfa detuvo al fin su marcha, o si el fauno se decidió a acelerar la suya. Sólo sé que allí, bajo el florido toldo, la risa de ella se apagó, como si hubieran cerrado el surtidor de una fuente.

Allí fue también donde el fauno inconforme se sintió invadido por un doloroso estupor ante la deslumbradora realidad de aquellos besos tan intensos, tan hondos, tan sabios; porque la niña contaba tan sólo dieciséis años y él hubiera deseado encontrar en sus arranques algo más de rubor y un poquitín menos de entusiasmo. El pobre se sintió como desencantado.

Pero su desencanto no le impedía saborear los labios jugosos como un fruto que hubiera concentrado sus mieles para los dioses. Y besaba y se dejaba besar mientras sentía el alma torturada por la duda cruel...

¿Quién —pensaba— le habrá enseñado a besar así? Mas su voz no llegó a formular cuestión tan indiscreta, porque temió quebrar el encanto, ¡y aquellas caricias, al fin y al cabo, embargaban todo su ser con emoción nunca sentida!

¿Duró el festín horas o minutos? ¡Quién pudiera saberlo!

Después de la sabrosa orgía de besos, el mísero fauno quedó inmensamente triste, repitiéndose a cada momento su mental pregunta:

—¿Quién le habrá enseñado a besar así?

En vano trataba de consolarse, de engañarse:

—¡Necio! —se decía—. ¿Acaso no sé yo que el besar

ha sido ciencia infusa para las ninfas, desde que el mundo es mundo?

Sin atender razones, la duda volvía a la carga. Era un dolor tan hondo, que casi le producía malestar físico. Y él se defendía, quería arrojarla lejos de sí. Cínicamente, se decía:

—Y, después de todo... ¿qué más da? Me dio el placer con sus besos... un placer que, de tan grande, no sé cómo me cupo dentro. ¿Qué importa lo demás?

Pero el cuitado jamás logró convencerse; y tengo para mí que todavía estará cavilando sobre quién sería el que enseñó a besar a aquella hermosa ninfa que tuvo estremecida entre sus brazos, bajo la glorieta enjoyada de flores, allá en el fondo del inmenso jardín que parecía un bosque mitológico...

ROMANCE

Su primer encuentro ocurrió cierto día como a las diez de la mañana. Fastidiada por el chirriar de la desgranadora y el cacarear de las gallinas, había salido Alicia sin rumbo fijo. Iba sin sombrero y sin medias, con los cabellos anudados de cualquier modo.

Cortando aquí un fruto silvestre, haciéndose allá un desgarrón en la falda, había llegado al río y, por la margen de éste, hasta el remanso. Allí estaba el tal, sentado en una silla de lona, embadurnando de colores la tela colocada sobre un caballete.

Hizo, al verlo, un gesto de desagrado. ¿Es que hubiera tenido que renunciar a su baño, por culpa del intruso, dado el caso que se le hubiera antojado zambullirse en la poza, como tantas veces acontecía?

Se le fue aproximando sin ruido, de suerte que él no advirtió su presencia, sino cuando la tuvo a su lado. No lo saludó. Para ella, el artista no contaba. Se limitó a examinar

la obra, adelantando o retrocediendo un paso, ladeando la cabeza o entornando los ojos para juzgar el efecto.

Después de un prolijo examen, con movimientos afirmativos de cabeza, dio a entender que la pintura obtenía su aprobación.

El la dejaba hacer y seguía trabajando. Parecía haberla olvidado. Por fin, como para dar indicios de su existencia, preguntó:

—¿Son dulces las moras de por acá?

Hizo ella por limpiarse la boca con el dorso de la mano, comprendiendo la alusión.

—Ricas —dijo, con tono de absoluto convencimiento. Y siguió mirándolo trabajar.

Ahora es ella quien pregunta:

—¿Tardará mucho en terminar ese cuadro?

—Tres o cuatro sesiones más.

—¿Y no pudiera, mejor, venir por la tarde?

—De ninguna manera. Tengo que venir a la misma hora. Cuestión de luz.

Nuevo silencio bastante largo.

Y él:

—¿Hay algún inconveniente?

—¿En qué?

—En que venga por la mañana.

—Sucede que es la hora en que acostumbro bañarme aquí, en la poza.

—¡Oh! ¿Venía usted hoy a bañarse?

—Ahora no; pero mañana, o cualquier otro día...

—Entonces, no se preocupe. Cuando tal ocurra, no tiene más que avisarme, y me retiraré.

Y no hubo más, por entonces.

* * *

Al día siguiente, apenas instalado el pintor, apareció Alicia. Pudiera creerse que había estado al acecho, y se notaba mayor cuidado en su persona. Llevaba medias, y los rubios cabellos muy bien asentados. Nada de rasgaduras en el vestido, ni de manchas de mora en los labios.

Además, dio los buenos días.

La conversación fue mucho más animada que la víspera. Y como en el curso de ella manifestara el artista su halago por tener tan amable testigo de su labor:

—Me gusta verlo pintar —expresó ella—. Me gusta verlo mezclar los colores, y ver cómo van surgiendo las figuras, los follajes, los reflejos sobre el agua, a medida que van cayendo las pinceladas, impresas como al descuido.

—Me figuro que el espectáculo la interesa por la novedad —comentó él—, pues aquí en el campo, deben abundar los motivos de recreo para sus ojos.

—No lo crea. ¡Todo esto me lo sé de memoria!

—¿Vive usted aquí?

—¡Dios me libre! Me moriría de tedio. Estoy solamente de temporada, acompañando a una tía en su hacienda.

—Siendo así, debiera estar encantada de la vida rural.

—¡Mal haya con la vida rural! No sabe usted lo que es no tener con quién cambiar una palabra.

—Los campesinos suelen ser gente muy pintoresca. ¿No acostumbra conversar con ellos?

—¿Qué otro camino me queda? Pero, a la postre, me fastidian. Mi tía, no sabe más que gruñir. Y los forasteros, no vaya a creer que todos son sociables como usted. El doctor Ruiz, por ejemplo...

—¿El doctor Ruiz?

—Sí. Un mediquillo que anda por aquí asistiendo al dueño de una propiedad vecina a la de mi tía, que está enfermo.

—¿Y qué ha hecho el doctorcito ese?

—Nada de particular, fuera de no dejarse ver el pelo. El muy badulaque se habrá imaginado que por acá no hay personas dignas de codearse con él.

—¿De suerte que usted no lo ha llegado a conocer?

—¡Ni ganas! —contestó la chica al par que hacía un gesto revelador del más profundo desprecio hacia el presumido matasanos.

Durante una pausa, parecieron abstraerse cada uno en sus pensamientos.

—Por nada en el mundo —aseveró el pintor— quisiera encontrarme en el pellejo de ese pobre doctor que ha tenido la desgracia de incurrir en su desagrado.

Por toda contestación, Alicia lanzó un estridente silbido que podía significar la mar de cosas.

* * *

Dos días después, el cuadro estaba terminado y el artista lo firmó con caracteres rojos: R. *Van Dyn.*

Mientras guardaba tubos y pinceles, Alicia, que primero habría dejado de desayunarse que de asistir a las sesiones, contemplaba la obra con visible complacencia.

—¿Cómo se llamará este lindo paisaje? —preguntó.

—No sé... no he pensado en ello. Creo que no ha de tener nombre, a menos que usted quiera ser la madrina.

—¿Por qué no? Le llamaremos *El Espejo Encantado.* ¿Le conviene?

—A las mil maravillas. A mí no se me hubiera ocurrido nada mejor.

Se continuaron viendo a la misma hora por varios días, durante los cuales se fue poco a poco perfilando un nuevo cuadro que se llamó sencillamente *Hada.* En él aparecía, vistiendo un vaporoso traje blanco y apoyada en el añoso tronco de un árbol, una mujer que se parecía extraordinariamente a Alicia.

Decididamente, la chica había llegado a preferir la ducha entre cuatro paredes para su baño, pues ni una sola vez fue asunto de chapuzones en la poza.

Llegaron a ser los mejores camaradas del mundo. Las sesiones de pintura transcurrían como en un sueño, entre sabrosas pláticas matizadas por la risa cantarina de la muchacha.

Era el romance que se iniciaba... y que estuvo a punto de zozobrar apenas nacido. Cierto día dijo ella:

—Le cuento que mañana, casi seguramente, conoceré por fin a ese misterioso doctor Ruiz.

No obtuvo de momento ninguna respuesta, de tal manera parecía Van Dyn absorto en su trabajo. Creyendo que no la había oído, estaba a punto de repetir la noticia, cuando él preguntó con sencillez:

—¿Cómo así?

—Mi tía está enferma, y piensa llamarlo.

—Lo siento por su tía... y deseo que usted no sufra un desencanto cuando vea al galeno.

—¿Por qué un desencanto? —inquirió, amoscada.

—Porque... ¡yo qué sé!... porque, a lo mejor, va a resultar que es algún viejo cascarrabias.

—Aunque tuviera noventa y nueve años, a mí ¿qué

había de importarme?... Pero no. Es joven... y guapo. Estoy documentada.

Nuevo silencio interminable.

—¿No me dice nada más? —murmuró Alicia al cabo.

—¡Ah, sí! Deseo que no sea de cuidado.

—No me refería a la enfermedad de mi tía.

—¿A qué, entonces?

—A nada... No sé por qué le hablo de cosas que no tienen el menor interés.

—Se equivoca usted, Alicia. La llegada del médico a su casa, me afecta más de lo que se figura.

—No creía que se preocupara tanto por la salud de mi tía.

—No es precisamente por eso...

—¿No?

—Deseo de corazón que sus prejuicios para con el doctor Ruiz desaparezcan con el conocimiento.

No contestó la chica, pero lanzó uno de aquellos silbidos de que echaba mano cuando tenía muchas cosas qué decir y no encontraba por dónde empezar.

* * *

Desde mucho antes de la hora en que se esperaba al médico, estaba Alicia cómodamente sentada a dos metros del suelo, medio oculta por el follaje, en las ramas de un árbol de los que sombreaban la corta avenida que conducía de la carretera al portal de la casa. Otra rama le servía de espaldar, y sus pies se balanceaban libremente en el aire.

Era su sofá de lectura predilecto; pero ahora, el libro que sostenía en las manos, acaso no fuera más que un pretexto para engañar la espera.

Desde la víspera se encontraba en un estado de ánimo difícil de describir, mezcla de expectación y despecho. Despecho por la indiferencia con que Van Dyn le había destrozado no sabía qué imprecisos anhelos dentro del alma. Expectación por la inminente llegada del doctor Ruiz, ente casi fabuloso que había condescendido a bajar de su olimpo para mostrarse a los ojos de los simples mortales.

De pronto, vio llegar por la carretera al que esperaba. Lo vio introducir un brazo por entre los hierros de la puerta, para descorrer el pasador... y quedó paralizada por la sorpresa.

Porque el médico, es decir, el hombre que se encaminaba rápidamente a la casa; aquel hombre que pasaba a su lado sin verla, si no era un hermano gemelo del pintor Van Dyn, era él mismo, en carne y hueso.

—¡Ah traidor! —pensó entre amohinada y jubilosa—. ¿Con que eras tú?

Estaba desconcertada. Se sentía en ridículo a causa de aquel malhadado *quid pro quo*. No sabía si indignarse o tomarlo a risa. ¿Qué diría al culpable cuando lo encontrara? ¿Qué talante asumiría?

Media hora después, cuando Ruiz reapareció saliendo de la casa, todavía no se había movido de su rama, ni había adoptado ninguna línea de conducta.

Ya el culpable estaba cerca. Tan a su alcance pasó, que con sólo extender el brazo lo hubiera podido coger de una oreja. Tuvo la intención pero se contuvo. Lo dejó adelantar unos pasos, y entonces lo llamó resueltamente:

—¡Doctor Ruiz!

Se volvió él, sorprendido.

—¡Oh!... ¿Qué hace usted ahí?

—¿Conque es usted? ¡Usted!

—Sí, señorita. ¡Soy yo!

Sintió casi ira al verlo reír con aquella risa franca que le era ya tan familiar.

—¿Qué significa esta comedia?

—¿Comedia?

—¡A ver cómo se va usted a justificar?

—Como mejor pueda; pero, ante todo, si no quiere que pille un tortícolis, bájese de ahí.

—Está bien. Bajaré, si se vuelve usted para otro lado. Porque al saltar, voy a enseñar las piernas.

* * *

Ahora van los dos lado a lado, lentamente, a lo largo de la avenida cuajada de sombras.

—Hable usted, señor doctor. ¡Lo exijo!

—¿Qué quiere que le diga?

—Se lo estoy preguntando hace un rato largo. ¿A qué obedece esta comedia? ¿Por qué se me ha presentado con un nombre supuesto?

—Perdón. Yo no he hecho tal cosa. Creo que usted ni siquiera me ha preguntado cómo me llamo.

—Claro que no; pero con mis propios ojos lo he visto firmar sus cuadros con un nombre que no es el suyo.

—Bueno, sí. Ese no es mi verdadero nombre. Es sólo mi pseudónimo de artista. ¿Hay algo de malo en ello?

—Es usted muy dueño. No lo vamos a discutir; pero, cuando le hablé del doctor Ruiz ¿por qué no me sacó de mi error? Era lo natural. Más aún: estaba usted obligado a ello. ¿Por qué no lo hizo?

—¡Toma! Porque usted se expresaba de mi humilde

persona con demasiada animosidad y, francamente... tuve mis recelos... ¡vamos!... ¡que no me atreví!

—En el primer momento, pase. ¿Pero después? ¿No nos hemos tratado luego con alguna confianza, con demasiada confianza, tal vez, para ser amigos tan recientes?

—No sé que escrúpulos me detenían. El mismo encanto en que me sentía envuelto poco a poco, me cerraba la boca. Temía quebrar el ensueño...

Se mordió ella los labios desarmada. Todo su resquemor se iba diluyendo en una plácida languidez.

Y Ruiz, en una actitud absolutamente fuera de tono —pues habló con gran naturalidad, sin temblores en la voz ni caída de ojos contritos, como es de estilo en casos semejantes— imploró:

—¿Me perdona?

—Pues bien, sí. Lo perdono, con una condición.

—¿Y es?

—Que si encuentra usted por ahí a un tal Van Dyn, le diga de parte mía que es un pintamonas detestable.

Por toda contestación, la tomó él por las manos y la atrajo a sí suavemente.

Pero ella leyó la intención en los ojos risueños y bajó, súbito, la cabeza.

Y el beso que acechaba los labios de guinda, murió enredado en la maraña de los cabellos dorados...

UN CASO

(*Cuento fantástico*)

La cosa empezó sin saber cómo ni cuándo, con una sensación extraña, intermitente, casi imperceptible, en el corazón. Con el paso de los días aquello fue aumentando de frecuencia y de intensidad; pero de manera tan insidiosa que, cuando me vine a dar cuenta, era un estado permanente.

Podía olvidarlo a veces embargado por una lectura, una conversación o cualquier otra actividad de la misma naturaleza; pero tan pronto como la tensión espiritual desaparecía o amenguaba, descubría que aún estaba ahí como si tal cosa.

Cuando me despertaba durante la noche, la sensación era más clara y más honda.

No tenía nada de desagradable, sin embargo. Era algo de naturaleza tan imprecisa que no lo sabría describir y, para dar una idea, siquiera lejana, de lo que sentía y siento, lo único que se me ocurre es compararlo con un aleteo. Con un aleteo a la vez agradable y angustioso.

Parece haber en esto un contrasentido, mas no lo hay,

porque mi aleteo era agradable físicamente, mientras que la angustia era tan sólo un estado psicológico originado por mis cavilaciones.

Pensando y meditando con mucha frecuencia sobre el fenómeno como era natural que sucediera, observaba que antes, a menos de poseerme alguna emoción violenta, yo ignoraba mi corazón al grado de que si alguien me hubiera asegurado bajo su palabra de honor, que son puras patrañas eso de que llevamos en el tórax un órgano musculoso en perpetuo va y ven, me hubiera sentido inclinado a creérselo.

Mas ahora, esta sensación de aleteo ininterrumpida...

Y de tantas vueltas que le di, vine a sacar en conclusión que estaba gravemente enfermo y que había que consultar al médico sin demora.

No lo pensé mucho y un día de tantos me presenté en la clínica del doctor.

Era éste un médico viejo y un viejo amigo de casa quien, siempre que acudí a él, me recibió en carácter más amigable que doctoral.

Sentados frente a frente, él en una silla, yo en un banquillo giratorio, me dejó exponerle mi caso sin interrumpirme una sola vez, escuchando atentamente con los ojos entrecerrados y asintiendo de vez en cuando con un movimiento de cabeza.

Así que hube terminado, la emprendió con una interminable serie de preguntas que contesté lo mejor que pude. Luego me tomó el pulso, me tiró hacia abajo el párpado inferior, me inspeccionó la lengua y me hizo desnudar el tórax.

Tomó una especie de trompetilla de madera, uno de cuyos extremos me aplicó al pecho pegando al otro su oreja

izquierda, y así se estuvo oyendo un largo rato en tres o cuatro puntos determinados.

Yo, mientras tanto, me entretuve en examinar la sala, que me sabía de memoria. Había una calavera sucia de polvo sobre una vitrina con instrumentos que me parecía mentira hubieran sido niquelados, alguna vez. Una mesa de operaciones con libros apilados encima cubiertos de telarañas. Suspendido de un clavo en la pared, un diploma amarillento dentro de un marco dorado. También podía ver de reojo el cogote del viejo doctor, un cogote rojizo y arrugado bajo la mal rapada pelambre gris.

Mi galeno había auscultado de preferencia cierto lugar cercano al esternón, al cual volvía repetidas veces después de examinar otros. Por último se dedicó a él exclusivamente concentrando su atención. Dejaba escapar, a ratos, palabras ininteligibles en alternancia con nerviosos resoplidos. Una vez se enderezó con brusquedad, se limpió con la manga el sudor de la frente, me miró a la cara con una mirada ausente llena de estupor, y dijo en un tono de absoluto convencimiento:

—¡Es imposible!... ¡No!... ¡No puede ser!...

Yo empezaba a inquietarme de verdad.

—¿Qué es ello, doctor? —tartamudeé.

No me respondió y volvió a la carga con su trompetilla.

—¡No es posible! —repetía—. ¡No es posible!

Se volvió a enderezar para mirarme una vez más, desconcertado. Lanzó sin miramiento alguno la trompetilla sobre una mesa y reanudó el examen directamente con la sola interposición de un cuadrado de tela blanca, parecida a un pañuelo grande, que sacó de una gaveta.

—¡Increíble! —decía—. ¡Fantástico! ¡Desconcertante!

Ya no negaba la realidad de algún hecho que, a mi entender, juzgaba fuera de lo inteligible. Apechugaba con él muy a su pesar, endilgándole los más variados calificativos.

Yo estaba sudando helado. Con voz temblorosa pregunté.

—Por Dios, doctor, ¿qué oye usted?

Hube de repetir varias veces mi pregunta para lograr que me respondiera como hablando consigo mismo, sin interrumpir el examen:

—Oigo ruidos extraños... sonidos inverosímiles... como articulados...

—¡Sonidos articulados!

—Articulados... sí. Casi... casi se oye... como si pronunciaran...

—¡Qué dice usted!

—Una palabra... un nombre... ¡Sí!... ¡No!... ¡No es un nombre!... ¡No!... ¡Sí!... es un diminutivo...

Repentinamente comencé a ver claro, con lo cual yo mismo me sentí invadido por un estupor tan grande como el de mi viejo médico.

—¿Un diminutivo? —insistí.

—Sí, un diminutivo.

—¿Dos sílabas, doctor?

—Dos sílabas, sí.

Inmediatamente después de esta contestación tan automática como las anteriores, vuelta a erguirse como impulsado por un resorte y, mirándome fijamente a los ojos:

—¿Cómo lo sabes? —inquirió suspicaz.

Temí haberme vendido. Por suerte, se me ocurrió una explicación bastante plausible.

—No es que lo sepa —mentí—. Es una conjetura por aquello del diástole y el... no sé qué.

Conforme, al parecer, volvió a su tarea incansablemente. Yo, dueño ya de mí, lo dejé hacer todo el tiempo que quiso.

Al cabo se levantó de su asiento y dio algunos pasos visiblemente trastornado. Se paró a medio cuarto y se puso a mirar los ladrillos con honda concentración.

—Mira, hijo, lo mejor es que vuelvas mañana —dijo por último—. Podría ahora recetarte algo por guardar las apariencias. Algo anodino, se entiende; pero no quiero ni puedo. Tú no eres como los demás clientes. Necesito estudiar tu caso. ¿Quieres volver mañana a la misma hora?

—Con mucho gusto, doctor —dije—. Y aproveché el momento en que tenía la cabeza dentro de la camisa para reír de *mi caso* silenciosamente. Me hice a ciegas el nudo de la corbata, me calé la americana y me despedí de él.

No me contestó. Ni siquiera me oyó. Estaba mirando de hito en hito la pata de una mesa.

Salí sin ruido y cerré la puerta tras de mí.

Ya en la calle no pude reprimir un acceso de risa morbosa al figurarme al pobre viejo consultando librotes de patología en busca del síntoma despampanante.

Y encarándome con mi corazón, lo increpé, tratando, tal vez en vano, de fingir severidad:

—Parlanchín del demonio —exclamé—. ¿Te parece bonita la jugarreta que acabamos de hacer al señor doctor?

NADERIAS

CIERTO aire de elegante severidad, tal vez un poco exagerado, se advierte en el despacho del señor Director, a causa de los sillones de caoba, guarnecidos de cuero, macizos y cuadrados; gracias al escritorio plano, inmenso, atiborrado de papelotes en aparente desorden; por obra de la tapicería sobria, de colores discretos: y, muy en especial, por culpa del señor Director mismo, sentado a la sazón ante su escritorio, de espaldas a la ventana cuyos vidrios no se han abierto en mucho tiempo.

El señor Director es un hombre de media vida, delgado, miope, nervioso, completamente afeitado, que ojea con suma atención una factura. Tanto, que parecé no advertir que la señorita Secretaria ha entrado hace un momento. Bien es verdad que las bisagras automáticas de la puerta de cristales esmerilados apenas si han dejado oír un imperceptible chirrido al ceder.

La señorita Secretaria, sobre ser muy joven, es maravillosamente bella, pese a cuanto pueda intentar en contrario

su sencillísimo traje de oficinista; blusa de lino blanco y falda crema de franela.

Los sillones guarnecidos de cuero no se inmutan con la presencia de la muchacha, porque son unos míseros sillones. Empero, se diría que al verla con los cien ojos de sus tachones dorados, se preguntan curiosos por la milésima vez, por qué no anda correteando los campos aquella flor primaveral; por qué no anda correteando por las praderas soleadas y bañándose desnuda en los arroyos aquella zagala ingenua, en vez de estar por acá presumiendo de señorita. Porque eso, más bien, parece la niña adorable: flor de gayos colores, pastorcilla de leyenda, pájaro parlero; que no oficinista mecanizada.

Y, no obstante, ahí viene con un haz de cartas comerciales para la firma. El señor Director, al cabo, deja a un lado la factura, bajo un pisapapel. Coloca las cartas ante sí, y las va firmando después de someterlas, una tras otra, a un examen rápido pero minucioso. Las va firmando, una, dos, cuatro... y de súbito hace un movimiento de impaciencia. El corazón de la señorita Secretaria da un vuelco.

—¡Señorita Secretaria!

—Señor Director...

Los ojos duros del hombre se han clavado en el rostro tímido de la muchacha. Los espejuelos despiden relámpagos que a ella se le antojan trágicos.

—¡Otra vez hay un borrón, señorita!

—Señor Director... ¡si casi no se ve!

—¡Se ve perfectamente, a menos de estar ciego!

—Haré una nueva copia.

—Y le quedará peor, señorita. ¡No perdamos tiempo!

Cae la pluma, agresiva, sobre el papel, y la firma queda estampada más nerviosa, más rápida que nunca.

Siguen pasando cartas... siete, ocho, diez, quince. Pasa, en fin, la última, sin más contratiempo. Las recoge la doncella con un suspiro de alivio y se dispone a salir; pero la voz implacable del amo la detiene:

—¡Señorita Secretaria!

—Señor Director...

—¿En qué tono debo advertirle que no me gusta que mis empleadas se pinten?

—No me he pintado, señor Director.

El señor Director está a punto de estallar ante la flagrante contradicción; pero a tiempo nota que la tez de durazno ha palidecido intensamente. Imposible continuar por esa vía. Hay que ensayar otra.

—¡Y ese perfume! ¿Qué perfume usa usted, señorita?

Las manos trémulas se han cruzado sobre el seno virginal, en instintivo gesto de defensa.

—Reseda, señor Director.

—¡Reseda! ¿Acaso no sabe usted que su reseda me marea?

Es verdad. El señor Director se marea cada vez que la señorita Secretaria entra en su despacho; pero no es precisamente por la reseda.

—Señor Director... yo no sabía...

—¡Pues ya lo sabe usted!

—Está bien, señor Director.

—Puede retirarse.

La muchacha escapa como gacela asustada. Las bisagras automáticas ponen en su chirrido un acento burlón.

El señor Director deja su asiento bruscamente. Se pasea

a grandes trancos por el despacho. Se acerca a la ventana y tamborilea con rara nerviosidad en los cristales. Allá abajo, sobre el asfalto que arde, un hormiguero de gente se afana en todas direcciones. Se ven las capotas de los automóviles que pasan aplastados como cucarachas.

Los ojos duros tienen tras los espejuelos un brillo inusitado. Un brillo como de lágrimas.

¿Estará llorando el señor Director?

Puede que sí...

Razón de sobra hay para ello, cuando se llevan a rastras cincuenta años que pesan como planchas de plomo. ¡Cuando no se puede dar alas al corazón con ansias de volar!

EL PRIMER AMOR DE JUAN PEREZ

—¡AMELIA! —gritó mi amigo Juan Pérez echándose hacia atrás sobre su asiento—. Que agreguen otro par de huevos a la tortilla. Francisco se queda a cenar con nosotros.

—¡Qué bueno! Con tal que sepa dispensar...—contestó su mujer desde el corredor. Y luego, asomándose a la puerta: —Ya se está poniendo oscuro. ¿Les enciendo el quinqué?

—Déjanos así mujer, que está muy grata esta penumbra. ¿No te parece? —concluyó el amigo, recabando mi opinión.

Y fue entonces, mientras esperábamos a que la tortilla estuviera de punto; en aquella sala pueblerina de paredes encaladas; sentados frente a frente cerca de una ventana; con el tablero entre ambos, conservando la posición del último mate, cuando me contó Juan Pérez la lejana historia de su primer amor.

—Yo tenía entonces diez años —comenzó—. Ella tenía veinticinco y se llamaba María Teresa.

Tú sabes que soy originario de un Estado mexicano fronterizo con los Estados Unidos. Allá, en una altiplanicie que interrumpe la escarpada vertiente oriental de una cordillera, está el pueblo donde nací y crecí. Yo asistía a la escuela pública. María Teresa, que era la maestra, vivía en el pueblo, acompañada de una mujer anciana, solamente durante los períodos laborables. Durante las vacaciones se marchaba, según creo, a la capital del Estado.

¿Era bella María Teresa? Creo que sí. Al menos, la serena expresión de su rostro un poco triste, la gracilidad elástica de su cuerpo, la graciosa naturalidad de sus movimientos, la armonía de su voz, la mirada profunda de sus ojos negros, producían en mí un deleitoso arrobamiento.

Yo no sentí nacer aquel amor. Cuando me di cuenta, crecía, hasta llegar a embargar avasalladoramente todas las facultades de mi pequeño corazón.

Es forzoso admitir —sin caer en las exageraciones de algunos psicólogos modernos— que la sexualidad despierta en nosotros desde mucho antes que sobrevenga la crisis puberal. Por lo que a mí toca, en mis sentimientos por María Teresa había un atisbo sensual que los exaltaba sublimándolos, por un fenómeno muy afín de aquel tan conocido de los perfumistas, quienes a las más delicadas esencias, asocian en sus preparados una pizca de determinadas sustancias de olor intensamente acre y desagradable que, diluyéndose en los demás, los intensifica y los define, produciendo exquisitos aromas.

Claro que yo, entonces, ignoraba mi sensualidad. La he conocido después, analizando los recuerdos de tan remota época, evocados con tanta frecuencia... ¡y con tan íntimo placer!

Para mí no había recreo igual a la contemplación de María Teresa. Su voz aterciopelada, su sonrisa idealizada por un leve tinte de melancolía, me halagaban como caricias. El roce fortuito de su mano me hacía estremecer de felicidad. La inclinación de mis compañeros a hacer novillos, me parecía algo completamente fuera de lo normal. ¿Cómo explicar que alguien encontrara en merodeos y escapatorias mayor satisfacción que yendo a la escuela?

Las horas de clase se hacían cortas para mi sed de ver a María Teresa, y pronto adquirí la costumbre de quedarme a su lado por las tardes ayudándole a regar sus tiestos de flores, a limpiar de hierbas los arriates, o a podar el seto vivo que limitaba el jardín por el lado de la calle.

Ella, sin duda atribuyendo mi asiduidad a diligencia, aceptaba mi ayuda de buen agrado. Y, trabajando, entablábamos gratísimas charlas sobre los temas que puedes figurarte considerando la diferencia de edad y condición de ambos interlocutores.

¡Oh! ¡Aquellas horas a solas con la dueña de mi albedrío, no las hubiera cambiado yo por nada en el mundo!

Por desgracia, el niño que yo era, carecía de la astucia que hubiera sido menester para conservar mi tesoro. Tenía que llegar, y llegó, el día en que María Teresa sospechara lo que pasaba por mí. Algún indicio, supongo, la pondría alerta. Observaría entonces con mayor atención y la sospecha convertiríase en certidumbre. ¡Qué sé yo!

El caso es que me cortó las alas. Suavemente, pero también inflexiblemente, sin el recurso de una indelicada prohibición expresa —lo que te dará la medida de su tacto y discreción— fue aboliendo aquella costumbre que había llegado a constituir para mí una necesidad. De nada sirvieron

las tretas y artimañas que puse por obra para prevenirlo; y hubo un momento en que el acceso a la escuela me estuvo vedado en absoluto en horas desusadas.

El golpe me dolió como la carne viva. Cuando llegaba la hora de salir, no sabía adónde dirigirme ni qué hacer para sobreponerme a la ansiedad abrumadora que me oprimía el pecho.

Los días de asueto mi tormento era mayor. Mis pasos me llevaban inconscientemente a vagar como cuerpo sin alma por los alrededores de la escuela que me atraía como un imán; pero muy raras veces conseguía ver de lejos a María Teresa, con lo cual más bien se exacerbaba mi pena.

Me hice huraño y taciturno, afecto a buscar el silencio y la soledad, y hasta mi salud física creo que se resintió alguna vez. Estoy convencido de que tan aciagos días marcaron en mi espíritu un estigma indeleble, y que a ellos se debe el fondo desapacible que hay en mi temperamento.

Pasaron días y semanas. Vino la época de los exámenes y de las consiguientes vacaciones. Mi dolor se había ido atenuando poco a poco; no porque amenguaran sus motivos, sino porque mi alma se avezaba.

María Teresa, terminadas sus faenas anuales, estaría ya preparando su marcha a la capital del Estado, cuando en la mañana de un domingo se recibió en casa una carta. Algo de su contenido debe de haber sido de interés para María Teresa, porque mi madre, luego de leerla, me mandó a que se la llevara.

La alegría dio alas a mis pies. ¡Ver una vez más a María Teresa, cuando ya estaba resignado a que se marchara sin despedirla! Saltando y cantando hice el camino de la escuela, y entré por la puerta del seto vivo sintiéndome ligero

como el aire. ¡Qué claro estaba el día! ¡Cómo brillaba el cielo de tan azul, y con qué melodiosa estridencia cantaban los clarineros!

¿Por qué no fui directamente a llamar a la puerta, como era lo natural? Puede que algún secreto deseo de ver a María Teresa un momento a hurtadillas me haya impulsado a doblar a la derecha para ir a atisbar, empinándome, al interior de la pequeña sala por una ventana.

Lo que vi, sólo pude verlo unos segundos, porque los ojos se me enturbiaron por las lágrimas. María Teresa estaba a solas con un hombre, ambos de pie junto al sofá, como si acabaran de dejar el asiento, y tan estrechamente abrazados, que el pecho de ella perdía su graciosa comba contra la solapa oscura de él. María Teresa tenía la cabeza echada hacia atrás y el cuello tendido para alcanzar los labios que se aplastaban ansiosos sobre los suyos en un beso inacabable.

Me subió a la cabeza una oleada caliente. Me dolió el corazón como si estuviera a punto de estallar, y luego me pareció que paralizaba sus latidos.

No sé qué tiempo hubo de transcurrir hasta no ver que la puerta se abría y que el hombre se marchaba sin advertir mi presencia. Me enteré entonces de que era un desconocido que desde hacía unas semanas andaba de uno a otro lado por los alrededores del pueblo en compañía de tres o cuatro peones que cargaban con herramientas, aparatos de metal brillante sobre trípodes de madera y largas pértigas pintadas a trechos blancos y rojos.

Gran trabajo me costó serenarme. Cuando de nuevo me sentí dueño de mis acciones, venciendo una casi invencible repugnancia, con la muerte en el alma fui a llamar a la puerta.

Abrió la propia María Teresa. El inusitado brillo de los ojos; una sonrisa tan luminosa como antes nunca se la había visto, le daban tal expresión de intensa felicidad, que me lastimó, aumentando mi desconcierto. Me invitó a entrar, pero no le obedecí. Leyó ahí misma la carta con la respiración un poco anhelante. Me la devolvió diciéndome para mi madre algo que se me antojó de una efusividad exagerada, y luego, como si derramara sobre mí el exceso de lo que llevaba dentro y que a ojos vistas se le desbordaba, se inclinó presionándome en los hombros con las manos y me dio un beso en la mejilla.

Escapé a todo correr, pugnando por reprimir el llanto. Al pasar por la plaza me acerqué a una fuente, en apariencia para beber agua del caño. En realidad, para refrescarme una placa ardorosa que me estaba abrasando la mejilla.

Y así terminó mi infantil romance. Así saboreé el primer gran dolor de mi vida.

María Teresa no volvió jamás al pueblo. Una nueva maestra llegó en su lugar al año siguiente.

Juan Pérez, pensativo, guardó silencio.

—¿No supiste de ella después? —pregunté por decir algo—. ¿No la volviste a ver?

—Nunca, y más vale así —dijo con sencillez—. Al encontrarla de nuevo, tal vez se hubiera roto el encanto. No haberla vuelto a ver, significa haber podido conservarla siempre joven en mis recuerdos. ¡Con aquella juventud radiosa con que la contemplaron por última vez mis ojos llenos de lágrimas una clara mañana de domingo!

¡Infortunado amigo! ¡Tener semejantes visos románticos y haber de andarse llamando Juan Pérez!

La oscuridad de la sala se había hecho casi completa.

Por sobre el tejado de una casa vecina, una pálida estrella titilaba. Y, contemplándola distraídamente, pensé que mi amigo tenía razón.

¿Acaso yo mismo no estaba sintiendo un principio de adoración por una maestrita de escuela, melancólica y sentimental que empezaba a tomar cuerpo dentro de mí?

LA CLAVE

I

El jardín era pequeño, silencioso, limpio. Tenía en el centro una fuente circular cuyo caño estaba siempre goteando, como si quisiera impedir que el agua se durmiera bajo los lirios acuáticos de tallos bulbosos y flores lila.

Al pie de la fuente como centro, y más anchas que ella, se cortaban en cruz las dos callejas del jardín, de tierra apisonada y negra, delimitando cuatro minúsculos arriates cuadrados que, además de las filas de jacintos que corrían a lo largo de sus bordes, mostraban plantas diversas. En los tres que daban a los corredores había un jazmín de parra, dos o tres jazmines del Cabo, málvas reales, barbas de rey, un crotón de hojas rojas atirabuzonadas. En el cuarto y último, que se refugiaba en el ángulo formado por dos paredes medianeras sin repello, únicamente había un árbol de naranjo. Un añoso árbol de naranjo de corteza rugosa, con la base del tronco rodeado por un amontonamiento de piedras sueltas en cuya cima, con arrimo a la

corteza sembrada de líquenes cenicientos, podía verse, embrocada, una regadera de hojalata tomada de orín.

II

Era, como se ve, un jardín vulgarísimo pero muy bien cuidado, sin zompopos, sin hojas secas. Su exigüidad hacía que las paredes de la casa, con todo y no ser mayores que lo común y corriente, parecieran altísimas. En lo más alto de una de ellas, dominando la copa del naranjo que le quedaba frente por frente, se abría un ventanuco del desván. Y sobre la tabla descolorida y agrietada por el sol, que coronaba lo que hubiera podido llamarse antepecho, si no fuera por su humildad y sordidez, descansaban dos macetas con flores. Una de petunia, la otra de margaritas.

III

Todo cuanto de amable hay en la vida se resumía para Joaquín en aquellas dos macetas de flores.

Por las tardes, cuando volvía de un trabajo agotador y se tiraba descaecido sobre su camastro, había siempre, para atraer sus miradas, una pincelada de luz embrujadora que interrumpía la triste penumbra del desván: aquel ventanuco encuadrando un pedazo de cielo; y, proyectándose sobre éste, sus margaritas y sus petunias.

Y en un estado que no era sueño ni era vigilia, por aquel cuadrado de luz el espíritu se le escapaba en busca del maravilloso mundo de sus ilusiones y de sus ensueños.

IV

Joaquín quería a sus flores con cariño de padre, de novio, de hermano. Todas las noches llenaba un jarro de agua en la fuente del patio. Les regaba la mitad antes de acostarse y la otra mitad al día siguiente tan luego como se vestía. Luego procedía a acicalarlas quitando las hojas secas o las flores mustias, igualando la tierra removida por el riego...

Las margaritas, sin dejar de ser coquetas, eran irreprochablemente juiciosas y formales. Siempre andaban erguidas sobre sus pedúnculos rectos. Los pétalos blancos con la base gris perla irradiaban siempre atesados, como acabados de planchar, alrededor de un hemisferoide amarillo que parecía repujado en oro viejo. Cuando alguna gota de agua se prendía en aquel lugar, quebraba los rayos de luz como lo hacen los lentes de verdad, para que él pudiera ver cómo el dorado corazón de sus margaritas estaba formado por una aglomeración de corolas liliputienses.

Las petunias, en cambio, eran caprichosas y desordenadas. Alzaban sus tallos vellosos o los arrastraban a la buena de Dios. El blanco y el morado se repartían las corolas a su antojo formando sectores y jaspeaduras sin norma ni concierto. Nunca había dos flores iguales.

Pero esta disparidad de índole no hacía diferencia para el amor de Joaquín. Quería por igual a margaritas y petunias como lo único grato y propicio que para él existía en el mundo.

V

¡Y no tendría más allá de los treinta años! ¿Acaso no conocía el amor? ¿Por ventura tenía el alma conformada de otro modo que los demás?

No tal. Joaquín era un hombre como todos los hombres, con pasiones y vehemencias, con bajos apetitos y nobles aspiraciones. Poseía una exquisita sensibilidad que lo ca-

pacitaba para amar intensamente. Y había amado en su primera juventud, no una, sino muchas veces. Había amado a ciegas, por instinto, sin finalidad concreta, únicamente por el placer que sentía al contemplarse en unos ojos glaucos o en unos ojos negros y estrechar entre las suyas unas manos trémulas y adorables. Y supo del dulzor de los besos y del torturante aguijón de los celos.

Pero eso ocurría mucho tiempo atrás, cuando para él no existían inquietudes ni problemas.

Vino después un golpe de la suerte que lo dejó solo y desamparado frente a la vida. Y entonces supo también de hambres y privaciones. Comprendió que el tiempo de reír había pasado y llamó a cuentas a su corazón.

Ignoro bajo qué luz se vieron las cosas o desde qué ángulo fueron consideradas. Soló sabré decir que el debate fue largo y violento y que de él salió Joaquín completamente transformado. De alegre y decidor que era tornóse hosco y ensimismado. Sus días de ocio los cambió por días de trabajo en un centro industrial, no sé si fábrica de tejidos o de papel.

Y se encerró en su torre de marfil que, en lo material, estaba constituida por el desván de la ventana florida que conocemos, compartido con ratas y muebles de desecho. Sus magros emolumentos no le permitieron aspirar a más; pero ¿qué importa? dormir por las noches y soñar despierto son cosas que se hacen en cualquier parte.

Porque él no había renunciado a soñar, y soñaba con una mujer. No era ninguna de las que antes había amado, sino otra, una desconocida a quien jamás había visto. Una mujer que tenía que existir en alguna parte para un día

llegar hasta él inexorablemente, como algo dispuesto así desde el principio de las edades.

No importa cual fuera su nombre, era *la que tenía que llegar.*

VI

Una mañana, mientras regaba sus macetas, recordó un sueño que había tenido durante la noche. No había en él nada de extraordinario, pero llamó su atención el hecho de que ya lo había tenido antes una vez.

Ocurre a veces que nuestros sueños nos dan la engañosa impresión de repetirse. En realidad, no es más que una falsa sensación de *lo ya visto,* que adquirimos a la par con las imágenes de lo soñado; pero ahora no se trataba de eso. Claramente recordaba que unos días antes —no hubiera sabido decir cuántos— mientras bajaba a tientas la desvencijada escalera del desván, le había venido a la memoria, acaso por contraste, su sueño de aquella noche, según el cual iba él a pie por un camino cubierto de grava que crujía bajo sus pasos. A su derecha había un seto vivo recién podado formado por unas plantas de hojas pequeñas y lustrosas. Y eso era todo.

Ahora las imágenes se habían repetido. El mismo seto recién podado, la misma grava crujiente, más un detalle nuevo: una puerta de rejas de hierro que aparecía a la distancia interrumpiendo la continuidad del seto.

Interesado, no por el sueño en sí, sino por su curiosa duplicación, dio fin a su tarea, se acabó de vestir y bajó a tomar su desayuno.

VII

Y no volvió a pensar más en ello. La aridez y monoto-

nía de su trabajo, el ir y venir incesante de los obreros, el tráfago ensordecedor de las máquinas, lo aturdieron y sofocaron durante el día como todos los días del año, hasta que la campanada de las cinco lo echó a la calle, derrengado pero libre.

Libre para tirarse en su yacija, inmóvil, mientras se llegaba la hora de la cena.

VIII

Pasaron cinco o seis días y en la noche de un sábado tuvo otro sueño. Se creyó vagando por las avenidas enarenadas de un jardín muy grande en busca de no sabía quién. Anduvo mucho tiempo. Las calles solitarias se sucedían interminablemente en un verdadero laberinto. Comenzó a sentir angustia. Buscaba siempre; pero ya no a una persona sino una salida para escapar de aquel dédalo misterioso que parecía no tener límites. Finalmente descubrió una puerta de hierro y se encontró de pronto en el camino ya conocido, recorriéndolo en sentido contrario que las dos veces anteriores. Y mirando hacia la izquierda por encima del seto vio algo que antes no había visto.

En el centro del jardín había una plazoleta con una casa en forma de chalet suizo que parecía deshabitada.

IX

Entonces su interés subió de punto por lo insólito del caso. Poco trabajo le costó dar con una explicación muy aceptable del fenómeno, diciéndose que aquellos lugares debían tener una existencia real; que él los había visto en su niñez, una o varias veces y que ahora, borrados ya de su memoria consciente, aún podía evocarlos durante el sueño.

Todo esto era muy lógico y muy plausible; pero no lo satisfizo porque, si bien daba razón de lo soñado, no la daba de la repetición del sueño mismo. Esta era otra fase del problema, tal vez la más interesante, y es aquí donde se estrellaron todas sus especulaciones y conjeturas.

Y convencido de que era inútil devanarse los sesos sin una base firme de dónde partir, decidióse a esperar la luz de nuevos indicios.

Porque tenía por seguro que el sueño volvería a presentarse.

Esperó mucho tiempo, casi un año. Acabó por creer que todo había sido obra de la casualidad y olvidó sus especulaciones.

X

Y una noche, por fin, se encontró de improviso vagando de nuevo por las arenosas calles del jardín.

Pero esta vez no estaba solo. Había a su lado una mujer, una muchacha vestida de blanco que reía volviendo el rostro para mirarlo.

Despertó cuando se iban a sentar en un banco de piedra.

Y no consiguió recordar las facciones de su compañera ni el timbre de su voz ni el tema de su conversación. Tan sólo supo que reía y que su traje erá blanco y vaporoso como la espuma.

XI

Entonces se sintió poseído de una sensación confusa, mezcla imprecisa de júbilo y sobrecogimiento. La certidumbre de que aquella casa existía real y verdaderamente en alguna parte, se reafirmó en su espíritu con más fuerza

que nunca. Y, como consecuencia, aquella mujer, aquella niña cuya imagen se le escapaba, no era, no podía ser una creación de su fantasía onírica. Era un ser vivo y real, de una realidad tan efectiva como la suya propia. Es a ella a quien buscaba en su sueño de hacía un año... ¡y por fin la había encontrado! ¿Qué mente superhumana habría dispuesto revelarle su existencia por medio de los sueños? ¿Qué relación preexistiría entre él y la desconocida? Para su alma sedienta de amor, tales preguntas y muchas otras que se le atropellaban en el pensamiento, no podían menos que ser una fuente inagotable de ansiedad y desconcierto.

Durante todo aquel día le fue imposible reconcentrarse en su trabajo y cometió errores tan crasos, que en cualesquiera otras circunstancias lo hubieran hecho enrojecer de vergüenza.

¿Dónde, en qué lugar, cerca o lejos, se ubicaba la casa misteriosa con su gentil moradora? ¿Qué hacer para encontrarla?

XII

Con impaciencia febril quedó en espera de su próximo sueño. Porque tan seguro estaba de que los sueños continuarían, como si lo hubiera pactado así con el espíritu superior que estaba disponiendo la sucesión de las cosas.

Sus esperanzas se vieron fallidas por muchos días a causa de que su misma excitación morbosa le impedía conciliar el sueño. Probó a provocarlo con hipnóticos y consiguió dormir, en efecto; pero ninguna imagen lo visitó en su letargo.

Tan sólo cuando la excitación fue paulatinamente cediendo el campo a una relativa calma, se presentó de nuevo

el fenómeno, repitiéndose a intervalos irregulares e informándolo poco a poco sobre la vida y las cosas de la casa y su jardín.

Pudo comprobar que allá, haciendo caso omiso de la imprecisión con que se percibían imágenes y sensaciones, todo era congruente y lógico.

La muchacha se llamaba Liliana. Era esbelta, grácil, risueña. Casi siempre vestía de blanco y solía sentarse para leer en los bancos de piedra del jardín. Era extraordinariamente bella y adorable; mas nunca pudo él, en estado de vigilia, evocar sus facciones ni el color de los ojos o del cabello, así como le era imposible recordar lo que se decían enlazadas las manos y mirándose al fondo de los ojos.

Había un viejo jardinero que siempre aparecía a la distancia y que era fácil de reconocer por el sombrero de anchas alas. Había un hermoso San Bernardo llamado Leal, que gustaba de acompañarlos en sus paseos y de echarse mansamente a sus pies cuando tomaban asiento. La primera vez que lo vio estaba él con Liliana, ambos descansando en el banco circular de una glorieta. Sintió que ella le ponía una mano sobre el hombro, a la vez que pronunciaba una sola palabra:

—¡Amigo!

El perro entonces, con gesto amistoso pero sin ningún miramiento, le había dejado caer sobre la rodilla una de sus manazas sucias de tierra.

XIII

Los días se arrastraban para Joaquín con lentitud exasperante. Entregado a su trabajo maquinal esperaba la noche con ansia y se iba a la cama como quien acude a una cita.

La mayor parte de las veces no ocurría nada y sufría un desencanto; pero no se descorazonaba, sabiendo que tarde o temprano tenía que ocurrir. Y entonces encontraría una larga compensación para su larga espera.

Y así era realmente, porque su felicidad al estar con ella se prolongaba al despertar en una especie de mirífica beatitud.

Pero sus relaciones con Liliana no podían continuar indefinidamente en un mundo tan falto de consistencia como es el mundo de los sueños. Tenía que encontrarla en la vida real. De ello dependía no sólo su tranquilidad, sino su misma vida.

Pensó que tal vez entre sus compañeros de trabajo podría descubrir algún indicio. A la hora del almuerzo gran número de los empleados y obreros de la fábrica se reunían en un restorán de las inmediaciones, donde no era raro que la conversación se generalizara de unas mesas a otras.

Esa fue la circunstancia que aprovechó un día para preguntar si alguno de ellos, por azar, conocía alguna mujer que se llamara Liliana. Explicó: la noche anterior, en la calle, se le había acercado un borracho para ofrecerle en venta por casi nada un pequeño libro, un devocionario que tenía como única indicación de su procedencia, aquel nombre de pila: Liliana. Dando por seguro que fuera robado, había comprado el libro con el propósito de devolvérselo a su dueña. Y a eso obedecía su interés...

No. Nadie la conocía. Casi todos oían el tal nombre por primera vez. Apenas si hubo uno que dijo haberlo encontrado muchos años antes en una novela.

Fallido aquel recurso ensayó otro algunos días después. Dirigió hábilmente la conversación en forma que su pregunta resultara naturalísima e incapaz de provocar suspicacias ¿Era conocida en la región alguna casa de campo en el estilo de esos lindos chalets característicos de los Alpes? Y describió lo mejor que pudo su borrosa imagen de la casa que sabemos.

Tampoco. Nadie recordaba haber visto una casa así.

En vista de lo cual se avino a seguir otra vía rechazada antes por juzgarla inconducente y que consistía en buscar sobre el terreno la casa de sus sueños, recorriendo todas las carreteras posibles durante excursiones que llevaría a cabo todos sus días libres.

Pero no pasó de la intención porque se interpuso la muerte.

XIV

Los sueños habían continuado sucediéndose con la misma irregular incidencia señalada antes y, en cierta forma, habían evolucionado. Imágenes y sensaciones habían ido adquiriendo progresivamente mayor limpidez y precisión, aunque sin llegar a perder por completo su carácter borroso propio de los sueños.

Inútilmente intentó en repetidas ocasiones influenciarlos por la voluntad. Le hubiera interesado, por ejemplo, conocer el interior de la casa, y se hacía el firme propósito de insinuárselo a Liliana, pensando intensamente en ello antes de dormirse, para obtener una especie de autosugestión. En realidad, nunca tuvo, en ninguno de sus sueños, el menor recuerdo que se refiriera a sus horas de vigilia. Puede decirse que su vida real no existía en absoluto para su personalidad onírica.

Por otra parte, en la vida real, sus percepciones se iban embotando. Todo se le aparecía confuso, como esfumi-

nado, tal como ocurre en los sueños. Y llegó un día en que se desinteresó completamente por cuanto existiera —personas y cosas— en su medio ambiente habitual.

Y así fue como a nadie sorprendió la forma en que perdió la vida. Una tarde, al cruzar la calle sin precauciones, lo arrolló un automóvil que, en el espacio de echar los frenos, lo machacó buen trecho sobre los adoquines.

De ahí fue levantado sin conocimiento y murió dos horas después, sin haberlo recobrado, en una sala de hospital.

XV

—¡Arriba, dormilón! ¡Despierta!

Abrió Joaquín los ojos con sobresalto. Se encontraba sentado en uno de los bancos del jardín. Liliana, inclinada hacia él, lo sacudía suavemente por un brazo.

El movimiento lo obligó a soltar un libro que tenía en las manos. Lo recogió por un impulso inconsciente y vio que era el libro predilecto de Liliana.

Pensó que lo habría encontrado en aquel lugar olvidado por su amiga, y que se había dormido leyendo mientras la esperaba.

Así la mente suele desviarse a pensar en cosas intrascendentes como para escapar momentáneamente a la tensión que le impone algún estado de honda emotividad.

Liliana no pudo menos de reír viendo el estupor que traslucía su gesto.

—¡Pobrecito mío —lamentó chancera— te he asustado! ¡He sido demasiado brusca!

Contestó él, haciendo por reprimir un ligero temblor:

—No, Liliana, no es por ti. Es por un sueño que acabo de tener.

—¿Y por un sueño te afliges como un niño?

—Fue un sueño horrible... y horriblemente lúcido.

—Será todo lo que quieras; pero no es motivo suficiente para que te alteres así.

Se había sentado a su lado y le enjugaba la frente con su pañuelo de encajes. Continuó.

—Veamos qué es lo que soñaste. Cuenta.

Y contó él:

—Entraba, viniendo de la calle, en una casa desconocida que era, sin embargo, mi propia casa. Había ahí mucha gente, personas que me parecieron amigas; pero desconocidas... ¿puedes comprender este absurdo? En la sala de recibo había un ataúd con cuatro cirios ardiendo y algunas flores. Mujeres enlutadas oraban de rodillas. Pregunté quién había muerto y me respondieron pronunciando mi nombre. Pensé que se equivocaban y fui a ver por mí mismo. Me acerqué al ataúd, levanté la tapa de la mirilla y a través del vidrio vi que, en efecto, ahí adentro estaba mi cadáver con la cabeza envuelta en vendajes manchados de sangre...

Como él hiciera una pausa, preguntó Liliana:

—¿Y qué más?

—Nada más. Me despertaste cuando subía una ruinosa escalera que conducía al desván, donde estaba mi dormitorio.

Los dos quedaron en silencio, ensimismados. Liliana dijo:

—Es, en realidad, un sueño espantoso... ¡pero es un sueño!

Joaquín estaba como aturdido.

—¡Absurdo! —dijo—. A pesar de que no alcancé a llegar al desván, te lo podría describir con todos sus detalles.

—Tú lo has dicho —asintió Liliana—. ¡Absurdo!... Bueno, no pensemos más en ello y vamos a casa. Mi madre quiere verte y nos espera.

Se había levantado de su asiento y, tomándole una mano, lo instaba a que la siguiera.

Se levantó él a su vez y dio algunos pasos a su lado; pero tuvo que detenerse porque temió caer. No tenía conciencia de sus miembros. Sus movimientos eran torpes, incoordinados.

Viéndolo vacilar, acudió Liliana, ya visiblemente alarmada, a sostenerlo, diciendo con fingida jovialidad:

—¡Anímese mi señor y dueño! ¿Acaso no sabe que soñar con la propia muerte es de buen agüero?

Oyendo estas palabras advirtió un cambio notable en la voz de su compañera. Era algo difícil de explicar. Era como si el timbre hubiera de pronto adquirido mayor sonoridad. Como si las sílabas fueran pronunciadas con mayor limpieza y precisión.

La miró sorprendido y le pareció que su presencia nunca había sido tan real como entonces. Vio el óvalo perfecto del rostro que se volvía hacia él lleno de ansiedad. Los ojos inmensos eran de un matiz ambiguo, entre el gris y el azul. Los cabellos, peinados con sencillez, eran de un rubio bronceado. Los labios pálidos, entreabiertos, dejaban ver la blancura nacarada de los dientes.

Giró en torno los ojos y vio que todas las cosas se perfilaban como bañadas por una claridad nueva. Le pareció como si hasta en aquel momento hubiera logrado un completo despertar.

A cien pasos de distancia aparecía la casa. En el porche, al cual se subía por tres o cuatro escalones, había una

mujer con traje oscuro que se inclinaba por sobre la balaustrada para recibir unas flores que, desde abajo, le ofrecía el viejo jardinero. Sobre un árbol cercano, que agobiaba sus ramas al dorado peso de sus naranjas, había una legión de pájaros en algazara. Un surtidor echaba a lo alto su airosa campánula de cristal. Flotaba en el ambiente un olor a tierra removida, a hierba recién arrancada. Era una mañana deslumbradora y el sol regaba diamantes sobre la arena oscura de las avenidas.

¡Jamás había él vivido una hora tan propicia! ¡Jamás había visto un día tan claro, un cielo tan azul, un mundo tan feliz!

Miró otra vez a Liliana. El color había vuelto a los labios que sonreían. La cabeza adorada, bañada de lleno por el sol, parecía irradiar luz.

Tomó entre las suyas una de las manos tan parecidas a la flor cuyo nombre llevaba su dueña y se la llevó a los labios y se acarició la mejilla con el dorso sedeño.

—Vamos allá —dijo.

Y sin soltar la mano leve, echó a andar en dirección a la casa.

Ya no era conducido. Era él, quien conducía a Liliana.

Y su paso era desenvuelto y firme, porque acababa de comprender que había encontrado la clave de la felicidad.

ANA

(*Novela Mínima*)

I

Allá por los años del 97 al 900, viviendo yo en una gran ciudad, gustaba de visitar con frecuencia a cierto pintor de mucho talento y pocos cuartos para conversar con él viéndolo trabajar, cosa que me agradaba sobremanera.

Entre los lienzos que adornaban su estudio, había uno que me atraía de un modo particular. Una cabeza de mujer, indiscutiblemente bella, pero con una expresión de ansiedad dolorosa tan profunda, que la hacía casi desagradable. Tan ilógica resultaba aquella mezcla de repulsión y gracia atractiva, que me sentía intrigado a mi pesar.

Cierto día que con más detenimiento examinaba el cuadro, se llegó a mí el pintor y me habló así:

II

No es usted, amigo mío, el primero que se desconcierta por lo que de extraño hay en ese cuadro. Yo fui el primero en sorprenderme cuando lo pinté. Porque los rasgos, las

facciones, pertenecen a una persona a quien he querido mucho; pero la expresión es mía. ¿No me comprende? Bueno. Yo se lo explicaré. Y para ello, le voy a contar una historia. Escuche.

III

Cuando la conocí, tendría esta mujer a lo sumo, unos veinte años. Poseía una gracia natural que la hacía encantadora. Ostentaba la gracilidad de la *Baigneuse* de Falconet, y la serena belleza de una madonna rafaeliana. El día que nos cruzamos por primera vez, pasó a mi lado sin verme, perdida en ignotas lejanías la mirada imprecisa de sus ojos verdes. Irradiaba toda ella no sé qué innata elegancia, no sé qué dulzura melancólica, que subyugaba. Mis ojos fascinados se fueron tras ella, y mucho tiempo después de haber desaparecido de mi vista, la seguía viendo mi alma con una turbación nunca sentida.

IV

Sucedía esto la primera tarde que pasé en cierto caserón sombrío y vetusto, adonde la suerte me llevaba para vivir entre otros cien inquilinos desconocidos. Salía yo del tabuco que acababa de alquilar, al tiempo que se abría la puerta contigua y aparecía ella, vestida con un sencillo traje gris. Daba el brazo a un hombre de unos sesenta años con barba desaliñada y aspecto de militar retirado. Permaneció éste de pie en medio del pasillo, inclinada la cabeza y bajos los párpados en espera de que la muchacha se volviera a cerrar la puerta. Luego, nuevamente enlazados los brazos, bajaron la escalera. Los movimientos del viejo eran torpes, los pasos mesurados y lentos. Al bajar, su mano libre se apoyaba constantemente en el pasamanos.

Aquel hombre era ciego. Y ella... ¿quién sería ella?

V

Separaba nuestras habitaciones un simple tabique de madera. Ella se llamaba Ana y el hombre no era su padre, como en un principio creí. Todas las tardes acostumbraban dar un paseo de una hora por las calles cercanas. El resto del día lo pasaba el viejo encerrado. La muchacha salía de vez en vez ya sea por el interior de la casa misma, ya a las tiendas vecinas. Cuando nos encontrábamos por casualidad en los pasillos o en la escalera, la saludaba yo, y ella me respondía con una leve inclinación de cabeza. No pasamos a mayor intimidad durante muchas semanas.

VI

No eran vecinos incómodos.

Apenas si hablaban durante todo el día. Sus voces me llegaban amortiguadas y jamás pude entender lo que decían. La de él era ronca, con inflexiones bruscas y desagradables. La de ella, dulce y blanda como un arrullo.

A veces, por la noche, se oían rumores insólitos. El golpe de algún mueble que caía. Algún grito sofocado del viejo. Algún sollozo de la muchacha.

VII

¿Quiénes eran? Nadie lo sabía. Vivían en la casa desde tres meses atrás, sin que en todo ese tiempo hubieran trabado

relaciones con nadie. Seguramente disfrutaban de alguna renta exigua que les permitía vivir, aunque con estrechez.

Todo aquello me tenía perplejo. Hubiera dado cualquier cosa por penetrar el misterio de aquella vida. Porque en la rutina de sus costumbres se ocultaba algo que a mí se me antojaba tenebroso.

VIII

Por la noche, cuando quedaba a obscuras, solía haber un punto luminoso que denunciaba un agujero a media altura en el tabique de madera. Aquella estrellita amarillenta me obsesionaba. Con sólo acercar una silla, hubiera podido llegar a ella.

Mucho tiempo resistí a la tentación; pero al fin cedí.

IX

Era un aposento miserable que no contenía más de tres o cuatro muebles. Desde mi observatorio sólo se alcanzaba a ver una cama sórdida y baja. En el centro de la habitación había una mesa de pino, y a ambos lados de ésta, mis dos personajes ocupaban sendas sillas desvencijadas. De espaldas a mí, el viejo estaba inmóvil, con el mentón hundido en el pecho. Se hubiera creído que dormía, de no ser porque con largos intervalos sus manos buscaban a tientas un pequeño vaso para servirse del contenido de una botella. Frente a él, Ana ocultaba la frente entre los brazos enlazados sobre la mesa. Una bujía a medio consumir iluminaba la triste escena, y yo bajé de la silla con el pecho oprimido por un dolor inexplicable y desconocido.

X

Una vez estuve enfermo y me vi obligado a guardar cama. Una vecina que se dolió de mi tristeza, me cuidaba lo mejor que sus ocupaciones se lo permitían, llegando sólo por momentos, que yo aprovechaba para pedirle agua, pues me sentía devorado por la sed.

Así estuve varios días consumido por la fiebre y por la falta de alimentos, abandonado y triste. Hasta que una tarde mi puerta se abrió sin ruido, y Ana entró en el cuarto.

—¿Estás enfermo? —me preguntó—. ¿Qué tienes?

Así empezaron nuestras relaciones.

XI

Ana había quedado huérfana a la edad de cinco años, y una hermana de su madre, la esposa del viejo, se la había llevado consigo. En su nueva casa creció la niña. Y cuando, años después, murió su tía, continuó viviendo con el viudo, que trabajaba en una fábrica de hilados.

Pasó el tiempo. Un día volvío el hombre de su trabajo en una ambulancia y con la cabeza cubierta de vendas, víctima de un accidente. El médico lo visitaba todos los días. Cuando al cabo de cuatro semanas le quitó definitivamente los vendajes, el infeliz estaba ciego.

XII

Entonces comenzó la caída fatal hacia la miseria. El hombre aprendió a embriagarse. El menguado subsidio que le proporcionó su accidente, era invertido en alcohol, casi

en su totalidad. Y empezaron a salir cosas para el Montepío, de donde no regresaban jamás. Se vieron obligados a dejar la casa por otra más chica. Y así pasaron otros años.

Y una noche de tantas, a viva fuerza, el ciego, enloquecido por el alcohol, cometió el crimen infame.

Ana contaba solamente dieciséis años.

XIII

Llegaron luego días más duros. Tuvieron otra vez que cambiar de alojamiento para venir a guarecerse al cuchitril que ahora habitaban. El ciego, acaso por un resto de pudor, se embriagaba únicamente por la noche. Ya borracho, se volvía brusco y hasta grosero. Ana veía con espanto llegar las sombras de la noche. En un principio, la pobre niña intentó evitar por todos los medios a su alcance, que el viejo bebiera; pero éste reaccionaba de modo tan violento a su tierna solicitud, que hubo de renunciar, buscando en las lágrimas un mísero consuelo.

XIV

A tal punto habían llegado las cosas cuando mi enfermedad llevó a mi lecho a la muchacha. Me pareció que, con su presencia, aquel frío desván y mi vida entera se inundaban de luz. Sin otra medicina que la mirada de aquellos ojos verdes y la armonía de aquella voz, recuperé la salud rápidamente.

Sus visitas se repitieron todas las noches. Llegaba a mí tan pronto como el ciego caía en su sopor alcohólico. ¡Con qué febril impaciencia esperaba yo aquel momento bendito!

¡Con qué suspiro de inefable deleite veía abrirse calladamente mi puerta!

XV

Yo no vivía más que para aquellas horas felices. Ella, por su parte, parecía sentir cierta íntima complacencia en mi compañía. Pronto hubo en sus ojos un fulgor desconocido, y en sus risas contenidas —contenidas para no despertar al viejo— júbilos insospechados. ¡Cuántas veces, en mitad de una conversación que inadvertidamente se iba haciendo demasiado viva, su índice tembloroso puesto sobre los labios sonrientes, me recordaba que ahí no más, tras una débil tabla, estaba la bestia aletargada! Entonces nuestras voces se apagaban, y el amoroso diálogo continuaba más con los ojos que con las palabras.

XVI

Muchas veces la insté para que huyésemos juntos. Yo caría un alojamiento en un barrio lejano. Esperaríamos una noche a que el hombre cayera vencido por el alcohol, y entonces nos alejaríamos para ir a ocultar nuestra felicidad donde nadie nos conociera. Ella me escuchaba suspirando, pero no se decidía. ¿Qué sería del ciego, tan viejo y tan solo, el día que ella lo abandonara?

Mis súplicas tentadoras no la pudieron convencer; pero un suceso inesperado vino en mi ayuda.

XVII

Una noche no llegó a mi cuarto como de costumbre. Largas horas la esperé, abrumado por una ansiedad inena-

rrable. Quise ver por el agujero, mas en el otro cuarto no había luz. Renuncio a describir la pena que me embargó durante aquellas horas interminables. Muy tarde, en la madrugada, me eché sobre la cama vestido y aún creo que por un momento me venció el sueño.

Durante todo el día siguiente, tampoco la pude ver. Pero en la noche, a la hora acostumbrada, llegó. En sus mejillas había huellas de lágrimas y uno de sus ojos, estaba encerrado en un círculo violáceo.

XVIII

Llorando me contó lo que había pasado. El ciego, la noche anterior se había bebido el último resto de aguardiente que quedaba en el fondo de la botella, y pidió más. Ana no tenía dinero para comprar, y así se lo dijo. Insistió él, creyendo que la muchacha lo contrariaba intencionalmente. La insultó con palabrotas y acabó por arrojarle a la cabeza el primer objeto que encontró a mano, una banqueta de madera, acertando a golpearla en el hombro y el pómulo derechos. El choque fue tan rudo, que la hizo caer sin sentido.

En los pocos minutos que duró la doliente relación, yo viví siglos de indignación y de odio. Aquella misma noche concertamos la fuga.

XIX

Dos días tuve que correr de un lado para otro, antes de encontrar un refugio que, estando en consonancia con mis flacos haberes, no fuera indigno de la adorada. Por fin lo encontré, en casa de una honrada familia de artesanos en un barrio apartado, casi a orillas del río. Era una casita

blanca, pequeña pero muy limpia, con unos cuantos tiestos de flores y un corral lleno de gallinas y palomas. Alquilé la pieza más clara, hice trasladar a ella mis cosas, y henchido de felicidad volví al antiguo caserón. Por debajo de la puerta del ciego introduje un papel para Ana, me encerré por última vez en mi cuarto y esperé.

XX

Mucho más pronto de lo que yo hubiera creído —no serían más allá de las nueve de la noche— sonaron en el tabique dos discretos golpecitos. Era la señal convenida. Sin perder un segundo tomé un maletín que contenía mis últimos efectos y salí al pasillo. A poco salió también ella y cerró la puerta con infinitas precauciones.

Un saludo rápido. Un beso silencioso. Y sin pronunciar una palabra, asidos de las manos, comenzamos a descender los escalones, que crujían de un modo inquietante bajo nuestras pisadas.

Y en medio del silencio de la noche, resonó de pronto allá arriba la voz del ciego en un grito ronco:

—¡Ana!

Permanecimos inmóviles a media escalera, conteniendo la respiración. Y el grito partió de nuevo más estridente todavía, llenándonos de pávido temblor:

—¡Ana!

Adiviné en ella, más que sentí, un intento de retroceder. La detuve con suave energía. Transcurrieron unos segundos que me parecieron siglos, antes de que el clamor se repitiera, cada vez más apremiante, desgarrador casi:

—¡Ana!

Ana sollozaba muy quedo, hundiéndome las uñas en la carne.

Por fin se abrió la puerta, y destacándose en el cuadro luminoso, apareció la desconcertante silueta del ciego en pechos de camisa y con los cabellos en desorden.

Y una cosa muy sencilla me sacudió de espanto, no sé por qué: el ciego llevaba abiertos, desmesuradamente abiertos, los horribles ojos sin luz.

XXI

Ya no gritaba. En voz queda y casi dulce, repetía una y otra vez el nombre de Ana, como si de todo su vocabulario no le quedaran más que aquellas dos sílabas.

Yo estaba petrificado. Ana se agarraba a mí cada vez con más fuerza.

Y el viejo avanzaba tambaleándose. Avanzaba hacia la escalera, hacia nosotros, con el pecho jadeante y tanteando el aire con las manos tendidas.

Al llegar al primer escalón puso el pie en falso y giró rápidamente sobre sí mismo. Con estruendo espantoso rodó escaleras abajo, golpeándonos al paso y dejando manchas de sangre en la madera carcomida, hasta yacer exánime boca abajo sobre los ladrillos del piso.

XXII

En pocos momentos afluyó una muchedumbre de curiosos. Por las palabras sueltas que oí, sin que en aquel trance hicieran impresión alguna en mi espíritu, pero que luego he recordado con maravillosa lucidez, sé que los habitantes del caserón se dieron inmediata cuenta de lo que ocurría. Los extraños, en cambio, no sabían qué pensar de aquella mujer que lloraba desoladamente sobre el cuerpo de un hombre inanimado, ni de aquel jovenzuelo que con cara de loco los miraba desde lo alto de la escalera, agarrado al pasamanos con dolorosa crispadura.

XXIII

Y eso fue todo. Nunca más la volví a ver. Muerto el ciego, huyó ella de mí, trastornada por el hecho inaudito que habíamos provocado sin pensarlo. Con una carta de cuatro líneas se despidió de mí, suplicándome que no la buscara. Comprendí sus escrúpulos, pero no obedecí a su ruego.

La busqué por mucho tiempo, descorazonado a las veces, a las veces lleno de esperanzas. Todo fue inútil. No la volví a ver más.

De aquellos días de búsqueda febril data este retrato. De tal manera la tenía grabada en la mente, que estoy seguro de haberla copiado con la fidelidad de una placa sensible; pero la expresión no es suya. Yo jamás vi en su rostro ese gesto. La expresión no es más que un reflejo del estado de ánimo en que me dejó su fuga irremediable.

XXIV

Así terminó su relato mi amigo el pintor, al caer de la tarde.

¿Por qué caprichoso juego de luz me pareció que los ojos del retrato estaban llenos de lágrimas?

EL ULTIMO AMOR DE JUAN PEREZ

Dieciocho años hacen un largo tiempo, sin duda alguna. Después de dieciocho años sin vernos le quise hacer una visita de sorpresa; pero no fue precisamente Juan Pérez el más sorprendido.

Más o menos a las dos de la tarde llegué frente a la casa y llamé con tres discretos aldabonazos. Tras corta espera se oyó en el interior un ligero taconeo femenil y la puerta se abrió. Yo habría creído que me tenía que abrir un criado, y en cambio estaba ahí una mujer joven pulcramente vestida de blanco, toda atención en los ojos, en espera de que yo le indicara el motivo de mi llamada. Por un momento temí haber tomado una puerta por otra; pero no. La duda no era posible. Pregunté, todavía con algún titubeo:

—¿Vive aquí el señor Juan Pérez?

—Sí, señor. Pase usted.

Dijo, y se hizo a un lado para franquearme la entrada.

El patio, árido y desnudo en otro tiempo, se había convertido en un hermoso jardín con profusión de rosales

floridos y una fuente circular en el centro. En los corredores, que formaban un ángulo recto, había numerosas macetas con begonias, con palmeras enanas... Los pilares estaban revestidos de enredaderas. Todo aquello daba una deliciosa sensación de acogedora frescura.

La mujer me condujo a la sala y me hizo tomar asiento.

—Espere usted un momento —dijo. —Voy a avisar al señor.

¿Un momento? Este no era el lenguaje de una criada. Una criada hubiera dicho, por ejemplo "aguárdese tantito". Sin embargo, aquel vestido blanco, ¿no sería un distintivo de servidumbre, algo así como una librea pueblerina? ¿Qué clase de mujer sería aquella?

La sala era la misma de antaño, de paredes encaladas; pero también aquí había un cambio favorable. Colgaban de las paredes algunos cuadros, y en la mesa del centro exhalaba su fragancia un florero con rosas.

Sí. La casa era la misma ¡pero qué diferente! ¿Habría ocurrido, sin yo saberlo, algún suceso trascendental en la vida de Juan Pérez?

—¡Francisco! ¿Eres tú?

Me volví rápidamente hacia donde sonaba la voz. Mi amigo Juan Pérez —hombros cargados, cabellos grises— venía hacia mí con los brazos abiertos. Salté hacia él y nos confundimos en un abrazo formidable.

—¡Qué sorpresa, hombre, qué sorpresa! Pero ven, siéntate, sentémonos y cuenta qué es de tu vida.

* * *

Después de separación tan prolongada, los temas de conversación no escasearon. Fumando y charlando se nos fue

casi toda la tarde. Por ahora sólo me propongo recordar lo que Juan Pérez me dijo sobre lo que él llama su último amor.

Aprovechando un momento en que la mujer vestida de blanco trajo otro florero con rosas a cambio del que estaba sobre la mesa, rogó, que no ordenó:

—Casilda, hija mía, haz el favor de traernos algo para refrescar.

Asintió ella con un movimiento de cabeza y poco después regresaba trayendo un azafate con una jarra de limonada y dos vasos de fino cristal.

La tal Casilda, sin ser una belleza, tampoco era fea, y lo que no logró en perfecciones físicas lo superaba con largueza en simpatía. Tenía hermosos ojos pardos, voz cristalina, sonrisa fácil y una gracia natural en sus actitudes y movimientos que la hacían en extremo atractiva.

Notando que yo la miraba más de la cuenta, mi amigo se creyó obligado a explicar una vez que estuvimos solos:

—Ella es quien ahora gobierna la casa.

—La gobierna y la embellece —apunté yo, aludiendo no sólo a su afición por la floricultura, sino también y principalmente, a su presencia misma.

—¡Ah! —dijo Juan Pérez, sin alcanzar del todo mi intención—. La pobre Amelia jamás pudó ocuparse en cosas superfluas. Todo su tiempo se le iba —y se le hacía corto— en lo necesario y esencial. Con todo, fue una buena esposa que me dio muchos años de vida tranquila. Fue algo así como un interregno entre mis dos amores imposibles.

Yo, que ya estaba pensando mal del amigo, no entendí mucho aquello de los amores imposibles: mas él continuaba:

—El primero, ya tú lo conoces. Fue mi amor de niño por mi maestra de escuela allá en mi lejano pueblo nativo. El último, que conocerás ahora, por mi segunda María Teresa...

—¿Se llamaba también María Teresa? —interrumpí.

—No. En realidad tenía un nombre bíblico. Se llamaba —recalcó— Raquel. A veces tenía yo el capricho de darle el nombre de la otra, por la manifiesta similitud que descubría entre ambos caracteres. Y ese fue, tal vez, uno de los muchos motivos que tuve para amarla tan intensamente como la amé.

Al enviudar sin que mi mujer me hubiera dado hijos, quedé solo en el mundo y, para aliviar mi pena, dispuse volver al ejercicio de mi profesión, casi en abandono por entonces. Cabalmente, para atender asuntos profesionales, cinco o seis años después de muerta Amelia, tuve necesidad de ir por lapso de tres meses y medio, a una población de tercer orden en el occidente de la República. Ahí corrí la suerte de todo forastero en las localidades pequeñas donde el hotel no existe, y conseguí alojamiento en el domicilio de una familia compuesta de tres mujeres, madre e hijas. La pequeña, Raquel —mi segunda María Teresa— diecisiete años a lo sumo. Lía, la mayor con sus treinta bien repicados, y la madre, Ester.

Mi amor por Raquel no fue, ni con mucho, el consabido flechazo. Muy por el contrario, nació —como había nacido el primero— sin yo sentirlo, y fue aumentando de día en día por la convivencia con aquella criatura angelical, convivencia que me hacía descubrir a cada paso nuevos motivos de adoración, hasta embargar todas mis facultades. Era fatal que así sucediera porque, con las palabras de un poeta

paisano mío, "todo en ella encantaba, todo en ella atraía, su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...".

Cualquier descripción que intentara hacerte de ella resultaría una imagen descolorida, incapaz de darte una idea de cómo era, en verdad, aquella niña privilegiada. Era fina y grácil como una orquídea, toda ella de una euritmia perfecta, la armonía hecha mujer. Por la elástica facilidad de su paso daba la sensación de ser ingrávida. De temperamento apacible e ingenuo, había en la expresión habitual de su rostro cierto dejo de melancolía tal vez aparente que me hacía recordar a María Teresa y darle su nombre. Tenía una sonrisa luminosa. Todo su rostro parecía irradiar cuando sonreía, y la mirada de sus grandes ojos glaucos era como una caricia.

Mi convicción de estar total e irremediablemente enamorado de Raquel, me anonadó como si hubiera sido un golpe físico, porque yo no había perdido el sentido de las proporciones y comprendía que mi pasión por un imposible, alimentada en secreto, era un desvarío, y de manifestarse en cualquier forma, voluntaria o involuntaria, rayaría en lo ridículo.

Aquel amor, considerado desde un ángulo puramente egoísta, era un amor con todos sus desasosiegos y sus congojas, y sin sus alegrías ni sus deleites ni sus deliquios. Yo lo había dejado crecer conscientemente, casi deliberadamente, y ahora me encontraba en la necesidad de reprimirlo de cualquier modo, por doloroso que fuera.

¿A qué medio acudir? No había más que uno: la fuga. Huir, y cuanto más pronto, mejor, de aquella casa y de mi dulce tormento. Oculté a los ojos de todo el mundo la tem-

pestad que fustigaba mi corazón desgarrado, y adelanté la fecha de mi partida.

El día señalado para ello, estaba yo en mi cuarto alistando mi equipaje. Tenía sobre la cama la valija abierta y estaba agachado sobre ella metiendo cosas como cayeran, cuando una sombra en la puerta me indicó que alguien acababa de entrar sin ruido.

Era Raquel.

En repetidas ocasiones había hecho lo mismo, obligada por los cuidados de mi hospedaje. Y siempre lo hizo con tan pueril simplicidad, que a las claras traslucía su total desconocimiento de la maldad de los hombres.

Aquel día inolvidable comenzó por reír de mi torpeza en el arreglo. Luego, medio en serio, medio en broma, me hizo apartar a un lado. Sacó sobre la cama todo lo que yo había metido y procedió a reacondicionarlo en debida forma.

—¿Ya ve? —me dijo sonriendo. —Tal como usted lo hacía, la mitad se hubiera quedado afuera.

Y así terminamos la operación, pasándole yo mis efectos y acondicionándolos ella con natural habilidad.

Durante la faena, más de una vez nuestras manos se rozaron sin intención, y el fugaz contacto me producía un deleite inefable. Mi espíritu estaba tenso como un arco pronto a disparar, y algo se alzó dentro de mí más fuerte que mi voluntad. Tomé entre las mías una de sus manos, que ella abandonó sin resistencia y con naturalidad.

—Se tiene por cierto —dije con apagada voz— que la felicidad no es posible sobre la tierra. ¡Cuán engañados están los que tal piensan! La felicidad existe. Lo sé, lo siento, porque la he tenido a mi lado. ¡Con veinte años menos en mi vida, yo la habría sabido retener!

El asombro que se pintó en su mirada se fue acentuando a medida que yo hablaba. Sus ojos adorados se fueron llenando de lágrimas y, cuando la primera estuvo a punto de rodar sobre sus pestañas, agachó súbitamente la cabeza, libertó su mano de un tirón y escapó corriendo.

Si para ella fue el asombro, para mí fue el estupor, porque aquella inesperada actitud de mi segunda María Teresa, sólo tenía una explicación posible.

Brilló dentro de mí una luz tan viva, que casi llegó al ofuscamiento al producir un amago de lucha interior. El corazón clamaba por sus derechos, tentándome con el señuelo de venturosos espejismos; pero la cabeza se impuso con la cruda voz de la realidad. El estado emocional, afectivo, de Raquel, por halagador que fuera, ya para mí carecía de sentido. Y entonces, más que nunca, comprendí la necesidad en que estaba de alejarme de aquel ambiente.

Con el alma en lágrimas ultimé los preparativos de mi marcha. Poco después, fingiendo serenidad a duras penas y pugnando por no traicionarme en el último instante, me despedí de su madre y de su hermana. De ella se me dijo que estaba indispuesta y que no podía salir de su alcoba.

Al mozo que cabalgaba a mi lado llevando mi equipaje, le debe haber chocado mi aire taciturno y mi obstinado mutismo en todo el trayecto hasta la estación más próxima del ferrocarril.

Ya instalado en el vagón me bajé el sombrero sobre los ojos y aparenté dormir. Así quise ir, a solas con mi dolor.

Así terminó, querido Francisco mi último amor. ¡Mas no! que el amor vive todavía... y todavía me duele....

* * *

Terminado que hubo su relato, Juan Pérez guardó silencio. Yo intenté hacer algún comentario, pero lo único que se me ocurrió decir, me pareció un tanto rebuscado y preferí callar a mi vez, dando por terminada mi visita.

Yendo por el corredor hacia la puerta de calle vimos a Casilda inclinada sobre una maceta con geranios. A nuestro paso se irguió con juvenil gallardía; con un rápido girar de la cabeza apartó los cabellos que le habían caído sobre la frente y, alejando las manos terrosas de su vestido blanco, me despidió con una sonrisa subrayada por la blancura de los dientes, a la cual correspondí con otra muy significativa.

Me alejé bajo el embrujo de la última impresión recibida: la de aquella enigmática mujer que sonreía.

Acaso por eso, con un dejo que si no era de envidia se le parecía mucho, iba yo pensando a trompicones por las mal empedradas calles del pueblo:

¡Que me aspen si el último amor de Juan Pérez no se llama Casilda!

JUAN GAITAN

Era la hora del almuerzo y de la siesta consiguiente. Pantaleón desunció los animales para que pacieran en libertad y fue a tomar asiento a pocos pasos del camino real, sobre las raíces del amate, donde el zacapín, unos momentos antes, le había dejado su yantar de costumbre: un rimero de guarepas, un batidor con frijoles salcochados, un jarro de boca estrecha casi lleno de café negro y un puñado de sal envuelto en papel de periódico.

Ya estaba para rematar el condumio cuando una sombra que sintió —más bien que verla— le hizo levantar la vista.

Un desconocido, que se apoyaba con aire de fatiga en uno de los postes del portillo del cerco, lo estaba mirando con extraña fijeza. Era un campesino ni joven ni viejo de poca estatura y pocas carnes. Vestía de dril barato y llevaba inclinado hacia el occipucio un sombrero de fieltro que pudo haber sido negro en algún tiempo y que dejaba escapar unos mechones lacios color de costal con mugre.

Lo calificó desde luego como un mudo solicitante a participar en el banquete.

Aún le quedaba una tortilla casi entera, cuatro o cinco docenas de frijoles en el fondo del batidor y un charquito de café en el jarro. Y como ya estaba satisfecho, se sintió magnánimo.

—¿Quiere dar un bocado? —ofreció.

—Que aproveche —dijo el otro—. Ya almorcé en el pueblo.

Pantaleón dio un bocado más, y entrelazando los dedos de ambas manos sobre el cogote, se echó de espaldas quedando casi acostado sobre las raíces.

El hombre continuaba en el mismo lugar y en la misma actitud. ¿Qué demonios andaría buscando?

—Siéntese, pues, y descanse —le dijo.

El desconocido pareció no enterarse de la invitación. Tenía, en verdad, algo extraño, y aquella mirada fija comenzaba a producirle cierta incomodidad.

Dijo, por decir algo:

—Usted no es de por aquí ¿no?

—No —dijo el otro simplemente—. Soy de lejos...

E hizo con la mano un ademán que no señalaba hacia ninguna parte.

—Y... ¿va lejos?

—Hasta aquí no más voy a llegar. De aquí me regreso.

Pantaleón calló, no sabiendo más qué decir.

Tras una pausa resonó, clara y distinta, la voz del raro personaje:

—He venido en busca de un hijo de... tantas para exprimirle los hígados—. Y repitió: —De aquí me regreso.

Pantaleón rió para sus adentros. ¿Exprimir hígados? ¡Pues no era nada presuntuoso el hombrecito!

—¿Y ya dio con ese pobre hombre? —preguntó con algo de mofa.

Su interlocutor, antes de responder, se desprendió un puñal que llevaba al cinto y, con todo y vaina, lo arrojó lejos de sí.

—Ya lo encontré —dijo con la misma entonación pausada—. Yo soy Juan Gaitán.

Pantaleón se estremeció imperceptiblemente al oír aquel nombre y perdió de súbito las ganas de reír.

Como hipnotizado vio que Juan Gaitán, intensamente pálido, crispados los puños, fijos los ojos en los suyos, se le iba aproximando con lentitud desesperante.

La sorpresa, el temor, lo habían inmovilizado por un momento. Luego, buscó a tientas el corvo que había dejado en el suelo mientras almorzaba. Lo empuñó convulsivamente y esperó unos segundos más, todos los músculos en tensión como resortes oprimidos hasta el máximum.

Sus movimientos fueron precisos y bien calculados. En el instante oportuno, de un solo salto se puso en pie. Brilló el machete como un relámpago sobre la cabeza de Juan Gaitán y cayó con indecible violencia.

Pero cayó en el vacío. Juan Gaitán había esquivado el golpe con sutilísimo quite, y sus dos manos, como garras de acero, hicieron presa en la muñeca de su enemigo.

Los forcejeos de Pantaleón por desasirse, tan sólo consiguieron que la presión fuera creciendo hasta producirle un dolor intolerable.

Ahora aquellas manos inmisericordes estaban impri-

miendo a su brazo dolorido un movimiento de torsión bárbaro y lento que le hizo soltar el arma.

Un copioso sudor de angustia empezaba a bañarle el rostro crispado.

Y el torcimiento seguía implacable, obligándolo a volverse de espaldas inclinando el cuerpo hacia adelante.

Y un brusco empellón lo hizo entonces caer de bruces.

Intentó levantarse; pero sólo fue para caer de nuevo, esta vez de espaldas.

Juan Gaitán se echó con todo su peso como una araña monstruosa sobre aquel cuerpo desmadejado. Agarró el cuello con ambas manos y con la misma lentitud estudiada de antes, como si quisiera prolongar el suplicio hasta lo último, comenzó a oprimir, a oprimir cada vez más.

Pantaleón, mientras hacía esfuerzos desesperados por libertarse, percibía con rara lucidez la faz contraída del asesino. Veía los ojos brillantes, siempre con la mirada fija en los suyos. Oía la respiración ruidosa y entrecortada.

Luego, la imagen se hizo confusa y tuvo la sensación de chispazos multicolores que cruzaban en todos sentidos, y oyó ruidos extraños como de voces, de silbatos, de corrientes de agua. Sentía cómo su tórax se convulsionaba en un vano intento de expandirse.

Después, nada. Sombras, silencio, inmovilidad. Era la muerte por la cual ya no sentía ningún temor.

¿Por qué, pues, la última resistencia? El no supo cómo fue; pero en el umbral del trance supremo se encontró libre y sintió cómo rodaba por el suelo Juan Gaitán rechazado a corta distancia.

Se levantó de un salto y corrió a ciegas, sin saber por dónde, poseído de un terror que lo enloquecía.

Dando tumbos y encontronazos corría anhelante. Todo su ser se concentraba en una sola idea: huir. Huir de aquel lugar fatídico, huir del terrible Juan Gaitán que corría tras él.

No supo cuánto tiempo corrió. Sangraban sus carnes desgarradas en mil obstáculos por entre la maleza y por momentos creía desfallecer; pero cobraba nuevos ánimos acicateado por el correr de su perseguidor que sonaba distintamente a sus espaldas.

Después de un tiempo que le pareció de siglos tuvo una evidencia que reavivó sus energías ya cercanas del agotamiento: Juan Gaitán perdía terreno. El ruido de sus pisadas le llegaba ahora menos distinto.

Sin la menor duda posible Juan Gaitán se iba quedando atrás. Ya se había quedado muy atrás.

Todavía siguió adelante por un tiempo imposible de precisar, hasta el momento en que no llegó a percibir otras pisadas que las suyas propias.

Se detuvo y escuchó. Todo estaba en calma. Todo bajo un silencio profundo y trágico.

Cuando intentó reanudar la marcha, las piernas se le doblaron al peso y se desplomó casi exánime.

Se arrastró penosamente en busca de un abrigo; y fue así como se dio cuenta de que la mano derecha le dolía de un modo atroz porque tenía los huesos fracturados arriba de la muñeca.

Apenas había llegado a ocultarse bajo unas malezas perdió el conocimiento.

No debe de haber sido por mucho tiempo, pues cuando volvió en sí, no parecía haber avanzado la tarde.

Volvió a sentir el dolor de la muñeca. Ahora sentía, además, dolor en el cuello. Se palpó la piel lacerada despertando un dolor más profundo de músculos magullados.

Y la imagen de Juan Gaitán reavivó el horror que lo poseía.

El no lo había visto jamás, antes de aquella tarde.

Había oído, sí, hablar mucho de él, porque la Francisca, que trabajaba en la cocina de la hacienda, no desperdiciaba ocasión de referirse a su marido, siempre en términos de encomio y admiración. De tomar en serio sus decires, el tal sobresalía mucho del nivel común de los mortales.

También la Merche —que hasta hacía poco no pasaba de ser una mocosa— solía recordar bastante a su "tata" aunque no con la insistencia ni el tono de la mujer.

Y así, de tanto oír sobre Juan Gaitán sin jamás haberlo visto, casi lo había llegado a considerar como un ser mítico y legendario, algo así como un Cadejo o un Cipitió.

Pero aquel día había llegado a palpar la realidad. ¡Y en qué forma!

Juan Gaitán existía. Era un hombre de carne y hueso que en aquellos precisos instantes, tal vez, lo andaría buscando con odio de muerte.

Al solo pensamiento de esa eventualidad se sintió temblar empavorecido.

Todo había sido a causa de la Merche.

Con ella acostumbraban mandarle el almuerzo de vez en vez, al propio lugar de su trabajo, cuando no estaba a la mano algún zacapín.

Así fue como aquella niña se convirtió en mujer bajo sus miradas, primero indiferentes, llenas de sórdidos apetitos después.

Supo resistir a la tentación en un principio; pero un día de tantos, en una de aquellas ocasiones en que el diablo los juntaba a solas, con un pretexto cualquiera la mandó al río.

Y sin ser sentido por ella se le fue detrás.

* * *

Si bien salió del lance lleno de inquietud y recelos, con el pasar de los días se fue tranquilizando.

La vida parecía seguir su curso normal en la hacienda. Seguramente la Merche, atemorizada por sus amenazas, no había dicho una palabra del asunto. Si no fuera así, la Francisca hubiera armado el gran escándalo o por lo menos algo hubiera visto él en su actitud, que lo habría puesto sobre aviso. Pero no. No había nada de eso. Nada se notaba en ella que fuera extraño a su habitual modo de ser.

Podía, pues, estar sin cuidado. Y tanto lo estuvo, que no dio la menor importancia al hecho de que unos tres meses después de su hazaña, madre e hija se largaran de la hacienda sin despedirse.

Si no hubiera estado él tan confiado, con aquello hubiera tenido de sobra para escapar por su lado sin pensarlo mucho.

Y ahora, como resultado de semejante imprevisión, tenía la vida pendiente de un hilo.

No podía permanecer en la hacienda un día más. Tan pronto como cerrara la noche dejaría su escondrijo para marcharse tan lejos como le fuera posible. Iría a buscar trabajo en el rincón más apartado en donde nadie lo conociera. Se cambiaría el nombre. Se dejaría crecer la barba.

Todas las precauciones serían pocas para burlar a aquel terrible Juan Gaitán que lo buscaría —estaba seguro de ello— hasta debajo de las piedras.

Tan pronto como cerrara la noche...

* * *

Juan Gaitán soltó el cuello de su víctima y se puso de pie, jadeando. ¡Qué trabajo le había costado arrancarle la vida a aquel miserable! En un principio se debatía como un condenado por escapar a su venganza. Después se presentaron las convulsiones que lo sacudían con mayor violencia. Varias veces se le había escurrido de entre las manos el cuello viscoso de sudor y de grasa y hubo un momento en que deploró haber arrojado el puñal.

Pero ahora estaba muerto y bien muerto. Para comprobarlo rechazó el cuerpo inmóvil con el pie y vio que tenía la flacidez de un pelele de trapo.

Por ahí cerca estaba el machete con que había intentado defenderse. El jarro de café había rodado a pocos pasos sin quebrarse; pero el batidor de los frijoles se había hecho añicos. Para completar los vestigios de la lucha, los sombreros de ambos yacían también por el suelo.

Se limpió con la manga el sudor de la frente.

Tomó el cadáver por un brazo y lo arrastró hasta donde no estuviera tan a la vista de quienes pasaran por el camino.

Fue a ocultar asimismo el sombrero de palma y el machete. Lanzó a lo lejos, por entre las ramas, el jarro, que se fue dando vueltas y esparciendo en espirales de gotas el último resto de café.

Pensó hacer desaparecer también los pedazos del batidor; pero desistió considerando que sería una pérdida de tiempo aventurada.

Buscó su puñal en donde lo había visto caer y se lo colocó en el cinto.

Recogió su sombrero, se dio con él en el muslo para quitarle el polvo y se lo caló hasta las cejas.

Y con el paso indolente de quien no lleva ninguna prisa, se alejó por la carretera reverberante de sol...

AL RAYAR EL DIA

DESPUÉS de recibir su salario aquel sábado por la tarde, Tanis hubo de esperar en el *beneficio* a que pagaran al último peón para recibir los pocos centavos que correspondían a su mujer, quien mucho antes se había visto obligada a regresar al rancho castañeteando los dientes por el frío de la calentura.

Con mil reiteradas recomendaciones la Antonia le había dejado a Lupe, el crío, un indiezuelo de cinco años, vestido como persona mayor, con camisa y pantalones de manta y sombrero de palma. Tres prendas que eran una sola mugre.

Al salir a la calle con el *pisto* en el nudo del pañuelo y el cipote agarrado a su índice calloso, se encontró con Marcial y Vicente, dos compañeros de trabajo. A fuer de buenos camaradas, lo habían esperado para hacer en su compañía buena parte del camino y con la perspectiva —que ni ellos mismos se confesaban— de tomar unos tragos en el estanco que se encontraba a la vuelta del primer recodo, a la vera de la calle.

Desde antes de llegar allá comenzaron a oír ruido de francachela, risas, voces destempladas, cantos más destemplados todavía, con acompañamiento de guitarras. Cada uno de ellos esperaba de cualquiera de los otros dos, la ansiada invitación; pero ninguno se atrevía.

—¡Qué alegres están esos, oyó! —dijo Vicente al pasar frente a la cantina.

Marcial la agarró en el aire:

—¿Y por qué no entramos nosotros a echarnos unos mameyazos?

Vicente asintió sin más. Tanis, para guardar las formas, objetó débilmente:

—La fregada es que ando con este mono.

Y con un movimiento de cabeza designaba a Lupe, que trotaba a su lado, acezando y agarrándose desesperadamente a su índice rugoso.

—¡Achís! —dijo Marcial— dejémosle aquí afuera. No le va a pasar nada con un ratito que se quede solo.

Tanis, que había aceptado de antemano cualquier solución, no tuvo nada que objetar, y tomando al chico por debajo de los brazos, lo sentó en lo alto de una piedra, calle de por medio con la casa.

—No te movás de aquí, ¿aloista? —le dijo—. Ya voy a venir.

El crío no contestó. Los tres compinches entraron al estanco.

Lupe se estuvo ahí mucho tiempo sin moverse, tal como se lo ordenaron, con la boca abierta, como alelado. De vez en vez pasaba algún indio en una u otra dirección, sin reparar en él. Unos perros llegaron a la carrera persiguiéndose,

y se pusieron a retozar haciendo polvo. Con largos intervalos entraban o salían parroquianos del estanco.

Lupe lo miraba todo sin dejar de atender ansiosamente a la puerta. A través de ella podía ver algunos consumidores gritones y gesticulantes; un extremo del mostrador cargado con garrafas; un tramo de estantería atestado de gaseosas, paquetes de cigarrillos y multicolores latas de conservas.

Comenzaba a oscurecer. Lupe tenía hambre. Empezaba a sentir miedo. —¡Amonós, taita! —dijo con una vocecita temblorosa que nadie oyó. Salió de la cantina un borracho que tomó rumbo al pueblo dando trompicones en lo limpio y clamando a gritos que él era muy hombre. A pocos pasos cayó de bruces pesadamente, y casi en seguidas se dio a roncar como una tercera de violón. Luego se puso a vomitar metiendo mucho ruido y arqueando el espinazo con cada esfuerzo expulsivo.

Transcurrió un rato largo. Cantaban los grillos. Unas pocas estrellitas se insinuaban tímidamente en el cielo. Lupe, sobrecogido por una vaga inquietud, lloraba en silencio.

—¡Amonós, taita! —repitió.

Ya era casi noche cerrada cuando reaparecieron los tres amigos dando traspiés, enlazados los brazos para prestarse mutuo apoyo. Sin acordarse del chico tomaron carretera adelante hablando todos a una con voz pastosa. Lupe, súbitamente tranquilizado, se echó de la piedra abajo y corrió tras ellos arrastrando el sombrero con una mano y descubriéndose la barriga tensa de lombrices al limpiarse los mocos con la falda de la camisa.

No parecían tener prisa los borrachos. Su marcha, ya de suyo lenta y difícil, era interrumpida por frecuentes pa-

radas durante las cuales, siempre apoyados unos en otros, se balanceaban peligrosamente en el calor de la conversación.

El mocoso, intimidado, procuraba no aproximárseles mucho, deteniéndose cuando se detenían y siguiéndolos cuando ellos reanudaban la marcha.

Era una noche sin luna. El rapaz percibía horrorosamente las sombras bamboleantes que lo precedían. Las voces le llegaban cada vez más acaloradas aumentando su inquietud. Se sentía cansado y hambriento y le volvían los impulsos de llorar.

Una de tantas paradas le pareció más larga que las otras. El trío tambaleante se corría de un lado a otro del camino sin avanzar. Vociferaban todos a la vez sin entenderse. Lupe lloraba a lágrima viva.

Por fin, el grupo se desintegró. Uno de los hombres aparecía tendido en el suelo al pie de un cerco de piedra. Lupe no supo si era que se había acostado o si se había caído. Los otros dos siguieron por algún espacio discutiendo cerca de él en voz baja y luego se alejaron en zig-zag.

Lupe, por las voces, entendió que era su taita el que se quedaba. Y tan pronto como perdió de vista a los otros, se le acercó.

—¡Amonós, taita! —rogó.

No obtuvo contestación; pero él ya estaba tranquilo. Al lado de su taita ¿qué podía temer?

Sintiéndose cada vez más cansado, se sentó en el polvo con las piernas tendidas, muy cerca del cuerpo inmóvil. Su taita estaba cansado también y se había acostado para descansar. Cuando ambos hubieran descansado un poco, aquél se levantaría ofreciéndole su dedo maravilloso para conducirlo al rancho.

Y para matar el tiempo se puso a canturrear y a darse sombrerazos sobre las piernas. Cantaban los grillos con estridencia y las estrellas brillaban sobre el fondo negro del cielo. No pasaba un alma.

Lupe, aburrido de los sombrerazos, buscó yerbas a tientas para arrancar hojitas, pero no encontró ninguna. Tenía cada vez más sueño. Le pareció que su taita se llevaba demasiado tiempo en descansar. Ensayó de nuevo su insistente "amonós" sin resultado. Intentó volver al juego de los sombrerazos, pero el sueño lo vencía. Daba repetidas cabezadas y acabó por dejarse ir de costado apoyando la frente sobre el muslo de Tanis...

* * *

Al rayar el día, un carretero que pasaba por ahí oyó rasgar el silencio una acongojada voz infantil. Un tanto sorprendido, dejó que se adelantaran los bueyes, se acercó al sitio de donde le parecía venir la queja e inclinó el cuerpo hacia adelante para examinar unos bultos informes que descubrió.

Y casi de inmediato se alzó súbitamente y retrocedió algunos pasos sacudido por un estremecimiento de indecible angustia; no por el puñal que aquel hombre muerto tenía clavado en el pecho, sino por la criatura desamparada, tiritante de frío, que repetía una y otra vez, monótonamente su clamor inútil:

—¡Amonós, taita!...

INDICE

	PAGINA
Nota Editorial	5
Prólogo	7
El secreto del tabanco	17
Gato escaldado	23
Quien no se arriesga	31
Amigo servicial	39
Inocente cordero	47
La estupenda aventura	55
Mi primo Basilio	67
Los caminos de Dios	77
El hombre de la carta franqueada	87
Historia de un cedazo	99
Una noche de insomnio	107
El albur	117
La cuarta dimensión	125
Hatajo de mulos	137
Capítulo que se le olvidó a Montalvo	147

PAGINA

Llovido del cielo 155
Ultramodernismo 165
Salomé Arévalo 173
Prócer 179
Ardid 185
Capricho 191
Muñecas 197
Cuento de hadas 207
La ninfa 213
Romance 217
Un caso 227
Naderías 233
El primer amor de Juan Pérez 237
La clave 245
Ana 261
El último amor de Juan Pérez 273
Juan Gaitán 281
Al rayar el día 291

Esta edición consta de 3,000 ejemplares. Se terminó de imprimir el 29 de marzo de 1977, en los Talleres de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación, San Salvador, El Salvador, C. A.

EVA M

"Me monto en un potro..." de Alberto Rivas Bonilla, es una colección de cuentos impregnados de colorido y sabor salvadoreños, que reflejan nuestro diario vivir e idiosincrasia, con las características propias de la literatura costumbrista.

"Me monto en un potro..." llega, en esta oportunidad, a su cuarta edición, enriquecida con nuevas correcciones del autor.

"Me monto en un potro..." de Alberto Rivas Bonilla, es una colección de cuentos impregnados de colorido y sabor salvadoreños, que reflejan nuestro diario vivir e idiosincrasia, con las características propias de la literatura costumbrista.

"Me monto en un potro..." llega, en esta oportunidad, a su cuarta edición, enriquecida con nuevas correcciones del autor.

ME MONTO EN UN POTRO... Alberto Rivas Bonilla

ME MONTO EN UN POTRO...

Alberto Rivas Bonilla